LOS DESERTORES

En Tortosa el octubre de mil seis cientos cuarenta, los tercios acampan en las afueras de la villa, unos mil aproximadamente, que tienen por objetivo reducir el flanco este de la península ante el avance de las tropas francesas.

Tortosa con unos cinco mil habitantes vivían tranquilamente a orillas del rio Ebro, no se podían imaginar que en un periodo corto de tiempo en el este del pueblo acamparan unos mil soldados, muchos iban a misa al convento de los capuchinos y otros al de los carmelitas que acogían a los soldados como si fueran ciudadanos del pueblo, incluso cambiaron de lengua para que pudiesen entender bien la misa.

El siete de junio del mismo año en Barcelona una revuelta protagonizada por los "segadors", campesinos de toda Cataluña, entran en Barcelona con el pretexto de realizar un alzamiento contra los tercios, por un supuesto incendio en la iglesia de Sant Andreu de Palomar, pero en su revuelta amenazaron al lugarteniente y pusieron en libertad al diputado militar Francesc de Tamarit, acusado de no actuar con convicción sobre las protestas de la población para pedir la retirada de los tercios que se encontraban en tierras catalanas, fue ese mismo siete de junio que un incidente fortuito avivó las protestas de la población que en unos quinientos quemaron y saquearon las casas de los funcionarios reales, así tuvieron bajo su control la ciudad hasta el día 11 de junio.

En Tortosa Cayetano y Goyo, dos tercios del Ejercito Real están sentados encima de una piedra que utilizan como banco, entre ellos y en voz baja se cuestionan el objetivo de la misión militar en esas tierras, tienen dudas sobre el abuso de poder de los soldados sobre la población civil, según lo que están viviendo en el campamento el último mes.

*

-Nos dijeron que teníamos que defendernos de los franceses y por el contrario estamos aquí en el sur, abusando de la población civil.

-Si Cayetano, tienes razón, pero hubo una revuelta en Barcelona y seguro que nos harán actuar.

-Yo creía que el paso por tierras catalanas era para defender el flanco este y evitar que los franceses tuvieran paso libre para ir donde quisieran.

Dijo Cayetano mientras limpiaba con un trapo de lino enjuagado en aceite su mosquetón.

En ese momento sonó una corneta que daba paso al comedor, unas tiendas de campaña servían para tal fin. El menú estaba formado por verduras y hortalizas en puchero, con un poco de suerte se encontraba un trozo de liebre guisada en el mismo caldo.

Mientras todos saboreaban y se terminaban los restos que quedaban en el cuenco de acero ninguno de los dos abrió la boca, sabían que algunos de sus compañeros ahí sentados, en las tardes libres se dirigían a las zonas rurales y bajo amenaza de mosquetón en mano pedían al dueño que les pusieran algo de comer, y con los bolsillos llenos y el estómago saciado se enfrentaban a ese cuenco de sopa al anochecer.

Cayetano y Goyo sabían también que algunos, en su mayoría jóvenes aprovechaban si había en la casa alguna joven para llevársela a la alcoba, sin su permiso y mucho menos el de los padres. Era una práctica habitual por allí donde iban pasando los tercios, pero nadie lo denunciaba a las autoridades, cómplices del Virrey, y mucho menos se contaba a los conocidos por miedo a perder la honradez de su hija, preparando un motivo para explicar al zagal que pidiera por esposa a la hija la causa de esa deshonra, la excusa era casi siempre la misma en todas las familias de campesinos.

La niña con catorce años cayó desde lo alto de la mula de regreso a casa después de trabajar durante todo el día la tierra.

Goyo, sentado en la larga mesa iba mirando a un lado y a otro a todos los presentes mientras comía tranquilamente, le venían arcadas pensando en estos episodios, que muy bien disimulaba con una tos provocada.

Tenía en mente a su hija y a su señora, que tranquilas y ajenas a estas prácticas vivían acomodadas en el centro de Toledo, tocando al barrio judío, y como los vecinos las trataban con una excelente educación.

A su lado y con el plato ya vacío, al igual que sus tripas, Cayetano lo observaba de reojo, sabía de sobras lo que le pasaba por su mente, era su amigo desde la infancia.

Un tema que cuando se encontraban a solas habían comentado ampliamente, y estaban los dos de acuerdo, en lo que a la comida respecta, si no tenían suficiente con el racionamiento que les ofrecía Pepe, por la tarde acudían a ver al cocinero y con unos modales exquisitos le pedían un mendrugo para llegar a la noche sin sentir sus angustiados intestinos quejarse.

*

El cocinero, que de familia no se le conocía, solo a una hermana de su padre, que desde bien jovencita entró en el convento de las Clarisas de Soria, con vocación de ayudar a los más necesitados y orar por ellos.

Los padres de José, Pepe para los conocidos, dejaron este mundo cuando él era jovencito, debido a las fiebres, él también las padeció, pero Nuestro Señor lo quería en esas tierras, y le concedió el gran don de tener en sus manos y cabeza una gran virtud para cocinar.

Pepe, que anduvo hasta los catorce años por el convento, siempre encerrado en la cocina y como alcoba se mecía al lado del hogar, se encargaba que siempre estuviera encendido en los largos meses de invierno.

Cada noche, antes de la oración nocturna, la Madre Superiora lo encerraba con llave para que el zagal, como le gustaba llamarle, no pudiera andar libremente por el convento.

Todas las novicias, a excepción de su tía que ingresó en el convento por la llamada de Dios, habían entrado por las suplicas de las madres, unas por que no podían alimentarlas, otras por fruto del vicio y mala cabeza del padre o hermano ya no podían ocultar a la gente del pueblo su barriga.

La Madre superiora que con sus cuarenta y dos años ya había visto y oído de todo, observaba con que miradas algunas recibían el plato de Pepe y puso remedio a este asunto, Dios no quiera que a alguna se le olvidara donde se encontraba y a quién debían rendir pleitesía, y ese no era Pepe ni mucho menos

Al cumplir los catorce años la Madre Superiora le comunicó que ya no podía permanecer más tiempo en el convento de las Clarisas, en el Barrio de las Casas las habladurías sobre él iban en aumento, y el cura de la Iglesia de San Bartolomé Apóstol, el Padre Damián, le había recriminado que todavía lo mantuviese en el convento.

-Sor Lucía, dijo Pepe, no tengo donde ir, mi vida está entre las cuatro paredes de la cocina del convento.

Sor Lucía vestía un atuendo típico de las clarisas, miembro del segundo orden franciscano, fundado por Santa Clara de Asís en mil doscientos doce y como reglas seguían las de San Francisco de Asís.

-Pepe, argumentó, aquí no te puedes quedar hijo, te conozco muy bien y se de tu correcta actitud con todas nosotras, pero el convento no es lugar para hombres, y tú ya no eres un niño.

-Lo se Madre, pero que será de mí, no conozco a nadie que me pueda dar trabajo ni cobijo.

Sor Lucia que lo tenía todo previsto lo calmó.

-No te preocupes Pepe, llevo días hablando con José Martín, el molinero de Cuadra Antares sobre tu situación. Él no tiene suficiente faena como para acogerte, pero se ha atrevido a poner dos mesas y cuatro bancos en la entrada de la cuadra, justo antes de entrar en su casa, es un lugar fresco en verano y es el camino por donde la gente de Garray y Tardesillas van o vienen de Soria, es un lugar muy concurrido, los carreteros y caminantes podrían parar a tomar un poco de agua fresca o vino, y comer lo que tú los puedas preparar.

Pepe, que escuchaba con mucha atención empezó a abrir los ojos como dos soles, la cara de alegría no la podía disimular. La Madre Superiora observó que sus gestiones estaban siendo del agrado de Pepe, y en ese momento se sintió feliz y emocionada a la vez, quería a ese muchacho.

Habían pasado ocho años desde que lo acogieron, seis añitos tenían la criatura que Dios les bendijo con su compañía y así pudieron criarlo, con modales y educación exquisita, digno de las grandes casas.

-El Señor Martín sólo ha puesto dos condiciones, la primera es que, si no paran los viajeros a comer, tú tampoco comerás.

- ¿Y la segunda hermana? Preguntó entusiasmado Pepe.

-Que dormirás en la cocina, por la mañana deberás recoger la manta, azotarla bien para que no se acumulen pulgas, ni el polvo, y la cocina siempre bien limpia.

-Eso no es problema Hermana, dígale usted misma como de reluciente la tenemos en el convento y como están alimentadas las otras Hermanas.

-Todo eso ya se lo he explicado, y es por tal motivo que se ha atrevido a pedir al carpintero que le construya las mesas y los bancos de madera de nogal, está convencido que vendrán gente a probar tus guisos, que tanto renombre tienen en la comarca.

Ese mismo día Pepe se reunió con su tía en el claustro y le estuvo comentando la situación, su tía era conocedora de las gestiones de Sor Lucía y estaba apenada. Lo había criado como a un hijo, en ese momento le dio un beso en la frente y le dijo:

-Pepe, hijo mío, seguro que Dios guiará tu camino, tú se prudente y buena persona, la Madre Superiora me ha comentado que el Señor Martín es muy noble, los molineros siempre se han caracterizado por ser gente de palabra, no tengo ninguna duda que hará por ti todo lo que él pueda y donde no llegue seguro que llegará el Padre Damián, todas las personas de los alrededores te conocen y tienen en buena estima.

Pepe pensaba en todas esas cosas mientras observaba como masticaban el pan Cayetano y Goyo, ensimismados como si no hubiese ningún otro problema en el mundo que esa hambre que los devoraba por dentro.

-Gracias Pepe, muchas gracias, dijo Goyo al ser el primero en terminar el mendrugo.

-Dios te bendiga Pepe, dijo Cayetano, sin ti la hora de la cena se haría muy larga.

Les dijo que mientras estuviese al mando de la cocina nunca les faltaría un trozo de pan, y pensaba como eran de honrados los dos, cada noche escuchaba en boca de otros haciendo alardes una multitud de aberraciones que no iban con su manera de ser.

*

Sabía bien de lo que hablaba, por las tardes a medida que iban llegando los tercios al campamento se jaleaban de lo bien que se lo habían pasado haciendo reconocimiento del terreno.

Entraban en las casas rurales y a golpe de bastón y empuñando el arma saqueaban todos los enseres de valor que encontraban, hijas y mujeres incluidas, si alguien intentaba impedirlo lo ejecutaban en la puerta de la casa y el cadáver permanecía allí hasta que los tercios se iban.

Pepe vio como salían de la cocina y sabía que ellos dos eran diferentes, se debían al ejército, eran soldados nobles a su patria y a su cometido, al menos de momento, y no entendían como su gobierno les había podido abandonar de esa manera, con pocos alimentos y sin objetivo militar definido, o eso pensaban en aquel entonces. Si debían defender España de los franceses, que hacían tan lejos de la frontera, se preguntaban.

*

Cayetano Jiménez era nacido en Toledo el año 1621, hijo de Isabel y Jimeno, en el trono de España acababa de morir el Rey Felipe III y le sucedía en el trono Felipe IV que gobernaría hasta el año 1655, su infancia la pasó en su casa, primero jugando entre vasijas y más tarde ayudando a su padre a hornear todos los productos de barro que fabricaba, su casa estaba al lado de un terraplén de arcilla de donde sacaban la materia prima para elaborar sus productos, su padre a igual que su abuelo eran artesanos de toda la vida, Cayetano no veía con buenos ojos tener que continuar con la labor que siempre se había realizado en su casa, así que decidió alistarse en el ejército.

Goyo Fernández también era nacido en Toledo, de padre albañil y madre de ama de casa, a él tampoco le gustaba seguir con el trabajo de su padre, pasando frío en invierno y mucho calor en

verano, así que al igual que Cayetano se alistó en el ejército al servicio del Conde Duque de Olivares y los dos juntos se forjaron un futuro castrense.

*

Ese día y después de cenar Cayetano y Goyo se dirigieron a su tienda para dormir, la noche se presentó fría para estar a mediados de octubre, pero tenían una buena manta que les protegía, durante el día con las maniobras y el sol no tenían frío, pero al caer el día las bajas temperaturas hacían que por mucha manta que tuviesen el frío les apretaba, y era por la mañana después de tomar una taza de caldo bien caliente que entraban en calor otra vez.

El día fue como los otros, una rutina que llevaban días realizando, levantarse, tomar la taza de caldo que Pepe ya tenía hervida, maniobras hasta la hora de comer y por la tarde tiempo libre para ir donde quisieran.

En Tortosa la población no aceptaba la presencia de los tercios, desconocían lo mal que lo pasaban, abandonados a su suerte, pero algunos soldados y sus abusos habían conseguido la reputación que los acompañaban, así que los dos tercios por la tarde se quedaban en el campamento limpiando las armas y las botas.

*

En el convento de las Clarisas la Madre Superiora cuidaba con suma paciencia a la tía de pepe, no es que fuera muy mayor la monja, pero una repentina enfermedad la dejó encamada, y entre oraciones y tisanas su cuerpo iba de camino a una muerte segura.

La tía de Pepe no le tenía miedo a la muerte, la concebía como un paso más para encontrar al Señor, lo que si le dolía era el hecho de no poder despedirse de su Pepe, y entre oraciones y tisanas se

encontró con el Señor, en el cementerio de las Clarisas de Soria descansa aun su cuerpo.

*

Pepe todavía recordaba lo bien que lo trató el molinero de Cuadra Antares, el señor Martín era muy recto con todo el mundo pero con él era diferente, lo tenía como al hijo que nunca tuvo junto con una hija fruto del matrimonio con su señora y el día que le comunicó que quería alistarse al ejército la pena pudo más que otra cosa y no levantó cabeza en muchos meses, pero Pepe sabía muy bien que en esa casa no se podía comer todos los días así que se armó de valor y con sus conocimientos de cocina se enroló en una empresa mucho mayor, dar de comer a más de mil personas cada día, solo con la ayuda de cien ayudantes de cocina, pero Pepe tenía cabeza para dirigir esa intendencia y mucho más.

*

Esa noche, después de cenar les llegó la noticia que deberían quedarse otro mes más en Tortosa, y ya llevaban cinco meses en esas pésimas condiciones, la mayoría de los soldados acogieron la noticia con alegría, no tenían otro sitio donde ir y allí campaban a sus anchas, pero para Cayetano y Goyo esa noticia les hizo mucho daño, hacía meses que no podían mandar dinero a sus casas, viviendo en unas condiciones muy duras y con un cometido militar que no entendían, así que se plantearon desertar, dejar el arma en la tienda y cuando sus compañeros durmiesen coger la manta y huir a Toledo, ya estaban hartos y esa noticia les amargó la cena, otra noticia que les llegó es que don Pedro Zúñiga se había proclamado virrey de Cataluña, el Marqués de los Vélez y de Martorell llegaba a Tortosa con el ejército de veinticinco mil hombres más dispuesto a conquistar la zona, ellos que ya llevaban unos meses en el campamento no entendían esa posición contra la población civil, otra noticia que les llegó es que Xerta había sido conquistada por las tropas hispánicas y todas esas noticias no

tenían nada que ver con el avance de los franceses en el norte de Cataluña, si sabían de un grupo de soldados catalanes, unos ocho mil aproximadamente que luchaban contra el ejército de Castilla como represalia por no aceptar al Rey Felipe IV, pero para llegar al punto de someter a toda la población los dos tercios no lo encontraban justo, así que por la noche con sumo sigilo se dirigieron a la tienda de Pepe que al verlos entrar ya sospecho lo peor, le explicaron las razones de desertar y le invitaron a irse con ellos, Pepe no aceptó las suplicas de aquellos dos soldados, él estaba bien lejos del frente, tenía una vida acomodada y llena de reconocimiento por parte de sus superiores.

Intentó con todas sus razones que desistieran de su hazaña, les dijo que no llegarían muy lejos, que por lo que había oído toda Cataluña estaba cercada por los soldados y aunque no les gustase eran órdenes del Conde Duque de Olivares.

-Cayetano, tú que eres hombre de palabra como puedes seguir los pasos de Goyo, no llegaréis muy lejos, los hombres del Virrey os localizarán y arrestarán, y si no son los hombres del Virrey será la misma población civil la que os delatará.

-Pepe, la decisión está tomada, esta empresa no va con nuestros ideales de nación, no permitiremos que nuestras familias se sientan ofendidas por haber participado en una matanza sin sentido.

-Goyo, ¿eres consciente de que nunca más podrás ver a tu mujer e hija, que lo primero que cercaran será tu vivienda para arrestarte?

-Sí Pepe, soy consciente, pero nunca me perdonaría tener bajo mi consciencia una matanza semejante, tu tendrás la consciencia tranquila ya que solo preparas la comida para los soldados, pero nosotros deberemos disparar.

Por la noche, bien entrada la madrugada, cuando todo el campamento estaba dormido Cayetano y Goyo se levantaron sin hacer ruido, los dos sabían perfectamente lo que debían hacer sin hablar, salieron de la tienda de campaña y travesaron el campamento por la zona donde no había vigías y tenían perfectamente estudiado, la madrugada era fría pero gracias a la luna se podían guiar, salieron del campamento con el corazón latiendo a toda velocidad, eran conscientes que a partir de ese momento serían unos desertores, con la pena que eso comportaba, siempre habían sido fieles al servicio.

Cogieron un camino que los llevaría en paralelo por el rio Ebro hasta la población de Xerta, destino que se habían propuesto para pasar el día escondidos. Se estaba haciendo de día y creyeron que habían calculado mal ya que no vislumbraban la silueta del pueblo, esto los hacía sentir vulnerables por el hecho de conocer de primera mano la capitulación del pueblo en manos de los tercios, al final vieron unas chimeneas humeantes que les hizo presagiar que el primer objetivo lo tenían cerca.

Pasaron por delante de varias casas antes de decidirse a golpear la puerta de una de ellas, tenían miedo, miedo de ser delatados, miedo a ser descubiertos, desconocían si los habitantes de esa población al conocer su pasado avisarían a los jefes del ejército invasor a cambio de alguna contrapartida, sabían bien de que hablaban, era normal en todas las guerras que habían participado.

Al llegar a la primera calle del pueblo se decidieron llamar a la puerta de la primera casa, ya se había hecho de día y no podían permanecer en la calle con el uniforme militar, cuando se armaron de valor y estaban preparados para golpear una puerta salió de ella un hombre mayor, los cincuenta años ya los tenía y al verlos uniformados se puso a la defensiva.

-No se asuste buen hombre, no le haremos daño, dijo Goyo.

-Buenos días tengan ustedes, que necesitan si puedo ayudarles, respondió el propietario de la casa.

-Necesitamos cobijo, al menos durante este día, si usted fuera tan amable de dejarnos pasar.

El hombre muy receloso de aquellos dos soldados no tuvo otra opción, estaba desconcertado ya que observó que no llevaban fusiles y esto no era normal en ellos.

Al abrir la puerta de la casa entraron Cayetano y Goyo como si fuera la suya, no podían permanecer más tiempo en la calle, en ella ya empezaban a pasear tercios del Rey hispánico. A pesar del frio estaban sudando, sabían muy bien que no tardarían mucho en comunicar a los mandos su fuga y eso les suponía un ingreso en prisión bajo la acusación de desertores.

La casa era fría, pero al entrar en la cocina el calor del fuego se notaba, así como el olor a cocido que estaba humeando dentro de un puchero encima del fuego, la señora de la casa no dudo ni un instante en recriminar delante de ellos el porqué de su presencia.

-Que hacen en casa estos dos soldados, dijo la mujer a su marido en tono amenazador.

-Están buscando refugio para pasar el día e irse por la noche, respondió el marido.

-Aquí no quiero a nadie y mucho menos a quienes nos puedan traer problemas, que vuelvan por allí donde han venido.

-Mercedes, estoy convencido que son buena gente, me han dado su palabra de que no nos traerán problemas.

Los dos tercios habían sido muy explícitos al contar su situación a Manuel, campesino de la zona de Xerta, no buscaban problemas, solo refugio por un día, el hecho de no llevar armas acabó de convencer a Manuel, no así a su mujer.

-Hace poco tiempo ya enterramos a nuestro hijo Manuel, asesinado por los suyos por el hecho de no darles de comer y ahora los entras en casa como si nada hubiese ocurrido.

-Mercedes, repito, estoy convencido que son buena gente, déjales sentar en la mesa y que se expliquen mientras comen alguna cosa.

La mujer de Manuel accedió a regañadientes convencida que su marido se había vuelto loco.

El cocido que les pusieron en la mesa dentro de un cuenco de barro era lo mejor que habían probado en meses y se lo agradecieron a la señora con unos modales exquisitos. Una vez saciados del hambre fue Cayetano quien empezó a contar lo sucedido a los dos presentes, mientras Goyo iba asintiendo con la cabeza.

-Primero de todo agradecerles su postura, no podíamos permanecer más tiempo en la calle, seguro que hubiéramos levantado sospechas entre los soldados.

Y así fue como lentamente les fueron contando con todo tipo de detalles como habían llegado a Xerta después de dejar el campamento de Tortosa, sus caras indicaban cansancio y temor y fue en ese momento que Mercedes se relajó y empezó a escucharlos con atención.

La explicación debió de ser convincente ya que les sirvió otro plato de cocido ante el asombro de los tres hombres.

*

Los soldados de los Habsburgo, fieles a Felipe IV alojados en Cataluña luchaban con convicción ya que el 23 de enero de 1641 en pleno invierno Pau Claris decide nombrar al Rey de Francia Luis XIII de Borbón nuevo Conde de Barcelona, con lo que Cataluña pasa a estar bajo la autoridad del monarca francés, que ve en ello la única opción para continuar su lucha contra los Habsburgo.

Las batallas no cesaban, las tropas imperiales atacaron Barcelona por Montjuic, pero las tropas francesas escoltadas por las milicias gremiales de la ciudad consiguieron repeler el ataque, en aquellos días las dos fuerzas se habían posicionado, por un lado, Felipe IV con su mano derecha el Conde Duque de Olivares y por otro la corona francesa con Luis XIII y más tarde Luis XIV bajo la regencia del Cardenal Mazarino pues el monarca contaba con cinco años.

*

En Xerta los dos tercios ayudaban a Manuel en el campo, llevaban así dos meses, iban vestidos con las ropas de su hijo asesinado seis meses antes por los tercios. A Manuel esa mano de obra le venía como agua caída del cielo ya que seis brazos daban para mucho, en el pueblo los conocían como los primos de Manuel llegados de Toledo, como a ellos les gustaba decir.

Pasaban desapercibidos delante de los soldados y eso les era gratificante, solo en pensar en las consecuencias se les ponía la piel de gallina, les gustaba esa nueva vida, una vida dedicada al campo y a su nueva familia, se acordaban de Pepe y de cómo le debía ir con tanto trajín, habían escuchado comentarios que en Tortosa ya se acercaban a los veinticinco mil soldados, estaban convencidos que le habrían puesto muchos refuerzos, y con un poco de suerte habría llegado algo más de comida, lo cierto es que lo echaban de menos, habían hecho buenas migas y ahora a sus ojos eran unos desertores.

Llevaban una rutina diaria basada en madrugar para ir al campo, Mercedes les preparaba un buen desayuno con cerdo a la brasa y algo de pan y al levantarse el día ya estaban en el campo trabajando, tareas que Manuel les encargaba, no eran muy diestros pero si muy fuertes, lo que les permitía adelantar y mucho las labores, a media mañana Manuel sacaba de un capazo un pan redondo y en su interior estaba repleto de pimientos rojos, berenjenas y tomates a la brasa con arenques, todo bien sazonado

con aceite de oliva, y con un machete bien afilado y de grandes dimensiones cortaba el pan en tres trozos y lo acompañaban con un buen vino de la bota, nunca antes habían estado tan bien alimentados como en esa época y por la tarde al anochecer se dirigían a casa de Mercedes que ya les tenía preparado un buen cazo de cocido bien caliente.

La cosecha de olivas iba muy adelantada en comparación a otros campesinos así que un buen día uno se presentó a casa de Mercedes y Manuel pidiendo la ayuda de los dos primos para adelantar la recogida de las olivas.

Manuel expuso a Cayetano y Goyo las suplicas de ese campesino y accedieron a cambio de 50 maravedís a repartir entre los dos hombres, en los dos meses que llevaban en el pueblo ya tenían una faena, dura, pero en definitiva un trabajo pagado, y el trato con los habitantes del pueblo era bueno, no así con algún tercio que sabedor que ganaban dinero a cambio del trabajo les había amenazado con el arma que si no les entregaba el dinero ganado los mataría allí mismo.

Los dos tercios habían podido engañar a su antiguo compañero con la excusa de que no habían cobrado nada todavía, pero lo cierto es que todo lo que les habían pagado ya lo habían entregado a Mercedes, no se quedaron ni con un maravedí, lo entregaron todo y Mercedes estaba pletórica, ya que con ese dinero podía alimentar a los cuatro durante muchos meses sin pasar penurias.

El soldado que les había pedido el dinero se enfadó y de qué manera con ellos, y al recibir como respuesta la ausencia de cobro se ensancho con el campesino, Goyo que era el más tenaz de los dos corrió hasta la casa del campesino al saber de las intenciones del tercio, al llegar este a la casa el campesino no daba crédito a lo que veían sus ojos, Goyo defendiendo a capa al campesino y este suplicando clemencia al tercio enfadado. No hubo perdón y

el tercio armó su mosquetón y cuando estaba dispuesto a disparar Goyo se abalanzó sobre él yendo el disparo al techo de la casa del campesino, eso alarmo a los soldados que estaban pasando por la calle y entraron en gran cantidad, allí se encontraron al tercio en el suelo con Goyo encima de él, lo golpearon hasta que Goyo empezó a sangrar por la boca y la nariz, fue entonces cuando convencieron al tercio que los dejase tranquilos al darse cuenta de que no sacarían nada de dinero a esos dos campesinos. El tercio a regañadientes aceptó lo que le decían sus compañeros mientras miraba a Goyo con un cierto desconcierto, nunca se había encontrado con un campesino con unas cualidades para la lucha cuerpo a cuerpo tan definidas.

Goyo hizo lo propio mirando fijamente al tercio y con cara amenazante los echó de la casa, se fueron tal y como habían llegado, sin mediar palabra, pero había en el ambiente una cosa clara, ahí no se terminaba la historia pensaron los dos a la vez.

El campesino agradeció a Goyo su defensa delante del soldado, él no sabía nada de lo sucedido y no entendía el esfuerzo de Goyo para defenderlo, este no dijo nada y se marchó a casa de Mercedes no sin antes quedar con el campesino para el día de mañana a primera hora para cosechar las olivas.

- ¿Como te ha ido?

-Era un cadete, ni fuerza para luchar en el cuerpo a cuerpo.

- ¿No habrás levantado sospechas?

Goyo no se imaginaba que el joven soldado para no levantar las risas de sus compañeros no había dicho nada, Goyo esa noche no durmió.

-Tienes mala cara Goyo, crees que es un buen momento para irnos a otro sitio.

-Tengo dudas, no creo que el soldado diga nada, recuerdas como nos reímos de Felipe cuando nos contó como lo habían echado de esa masía en Tortosa, pues creo que ese muchacho es más inteligente.

-Como veas, si hay que partir nos despedimos y largamos, que nos va el pellejo.

-Vámonos al campo del señor José que ya es tarde.

*

Los hombres reclutados en Tarragona por Josep Margarit I de Biure estaban bajando hacia el sud llegando ya a Tivissa, para repeler los ataques de los tercios felipistas, eso hizo que los refuerzos que se encontraban en Xerta hubieran de partir hacia Tortosa debido a las noticias que les iban llegando

Así fue como en Xerta quedo un remanente de quinientos hombres para defender la retaguardia en ese paso estrecho entre el rio y las escarpadas montañas y el resto de los soldados con toda la intendencia pusieron rumbo hacia el sur, Tortosa era su destino.

Esa decisión dejaba a los dos soldados desertores con una pequeña ventaja si querían partir hacia el norte, lejos de las batallas y de los tercios.

-Hace días que me fijo en los soldados que han quedado en el pueblo y no veo a ese cadete, creo que podemos estar tranquilos Cayetano.

-Mejor, pero no debemos olvidar nuestro objetivo y ese es llegar lo más cerca posible de Toledo.

-No lo olvido Cayetano, pero ahora debemos terminar el trabajo iniciado, otros maravedíes nos irán bien, recuerda que en estos momentos sólo hemos saldado la cuenta con Mercedes y Manuel.

Para José, el campesino de los olivos esa mano de obra la podía pagar bien, ya que ese año hubo una buena cosecha y ya llevaba amortizado el salario de los dos primos de Manuel y tenía a buen recaudo el resto de dinero que el molinero le entregaba cada vez que llevaba olivas para aceite, les estaba muy agradecido ya que hombres tan fuertes para trabajar en el campo no se encontraban, los campesinos bastante faena tenían con sus tierras para ir a ayudar a José, que con la cantidad de olivos que tenía cada año debía dejar frutos en los árboles, ya que el molinero cerraba las puertas para la entrada de olivas para preparar la entrada de trigo para la harina.

Tenían justo tres meses para entrar toda la cosecha en el molino y trabajaban de sol a sol para no dejar frutos en los árboles.

Incluso con las suplicas de muchos campesinos el molinero no daba el brazo a torcer, sabía que tenía un mes de faena para limpiar bien las prensas, para que quedasen las piedras bien secas antes de que empezaran otros campesinos a traer el trigo, por ese motivo José no paraba de dar viajes con su carreta tirada de una mula hacia el molino.

El molinero que al principio no entendía nada le preguntó a que se debía esa avidez.

-José, ¿tienes gente que te ayuda este año?

-Si he tenido mucha suerte, dos primos de Manuel me están ayudando.

-Ahora entiendo porque Manuel termino los olivos a esa velocidad. ¿a él también le ayudaron?

-Si a los dos, ha sido una gran suerte.

- ¿De dónde vienen esos primos de Manuel?

- Me dijo que venían de lejos, de Castilla creo recordar.

-José, ten cuidado, el padre de Manuel no tenía hermanos, así que de primos poco hay.

- ¿y la madre?

-Tampoco

José no quería saber de donde habían salido esos dos hombres, desde que había fallecido su padre nunca había podido cosechar todos los olivos y gracias a esa gente este año ya casi lo tenían todo hecho y todavía faltaban unas semanas para cerrar el molino.

Al terminar el trabajo Goyo y Cayetano se dirigieron como de costumbre a casa de Mercedes en la calle Sant Rafael, en el centro de pueblo, entraron y se cobijaron en la cocina, al lado mismo del fuego, no levantaban sospechas, o eso es lo que creían.

*

Cuando llegaron a Tortosa los tercios acampados en Xerta se unieron a los ya existentes, unos mil que junto con los llegados ya alcanzaban la cifra de dos mil, allí se organizaron como pudieron para acampar todos en las afueras del pueblo, justo al lado de la Ermita de Nuestra Señora de la Providencia, unieron las tiendas de campaña que utilizarían de comedor para poder albergar a todos los soldados y pusieron a Pepe como jefe de cocina junto a casi cien personas a su cargo.

Durante la preparación de la comida se acercó a la cocina de campaña un oficial para hablar con Pepe.

-Pepe, usted conoció bien a Cayetano y Goyo, ¿le comentaron de sus intenciones?

-Si dijera que no le estaría engañando, sí que me ofrecieron ir con ellos, pero personalmente no tengo intención de dejar el ejército.

- ¿Le dijeron hacia donde querían dirigirse?

-No señor, ni a donde se dirigirían ni cuando se irían, solo Dios sabe que tenían en la cabeza para hacer semejante atrocidad.

El oficial se despidió del cocinero no sin antes agradecerle la labor que llevaba a cabo, y se dirigió a su tienda de intendencia.

Allí despacho con otros oficiales la situación actual en el frente, los soldados afines al imperio de Luis XIII de Borbón, se habían quedado al sud de Tarragona, lejos de Tortosa, a la espera que las tropas de Felipe IV remontaran la plaza de Cataluña por la costa para llegar a Barcelona, sabían que tenían tiempo para entrenar a la tropa antes que llegara la batalla, estaban tranquilos, tenían cubierto todos los flancos por un escuadrón de vigilancia, así que dedicaron un pequeño tiempo a hablar de los desertores, aunque eran pocos la disciplina del cuerpo no podía permitir esos actos ya que podrían levantar sospechas entre la tropa, y los oficiales no querían dar la imagen de que algo en la retaguardia se les escapaba de las manos, así que prepararon tres escamotes de diez personas cada uno para ir en busca de los desertores, uno hacia el norte dirección Tarragona, que tenían claro que por esa ruta nadie se había escapado dada la cercanía de las tropas de Josep Margarit, pero ese escamote también serviría y así tenían las ordenes de explorar como estaban de ánimos y donde estaban alojadas las tropas rebeldes. Otro escamote se dirigiría hacia el sud, dirección Castellón, por allí ya era más que probable que encontraran a alguien debido al buen clima de la costa y las tierras de naranjos donde los desertores podrían encontrar trabajo para poder sobrevivir, y el último escamote dirección norte hacia Lleida, los oficiales estaban convencidos que por esa ruta tampoco habría desertores ya que en Xerta los soldados estaban alertados de cualquier movimiento extraño de los hombres y la dificultad de poder traspasar las líneas allí establecidas, lo que no se podían imaginar es que dos de los desertores hacían vida en el mismo Xerta.

En la calle Sant Rafael Cayetano y Goyo no daban señales de vida, solo se movían de la casa para ir al campo a trabajar, conocían bien los asuntos castrenses y ese no lo pasarían por alto.

*

Cuando Pepe salió del convento de las Clarisas en Soria para dirigirse a Cuadra Antares no se imaginaba lo que le depararía el futuro, nunca se imaginó que terminaría en el ejército. Cuando llego a Cuadra Antares tenía catorce años y allí estuvo hasta los veinticuatro que fue el momento en que se alistó al ejército como cocinero.

Las cosas no le iban mal, la gente de Garray y Tardesillas cuando iban o volvían de Soria paraban a comer o a tomar un vaso de vino, José Martín, el molinero, estaba contento de tenerle en su casa, era un chico que no le traía problemas, muy educado con todo el mundo y José no tan solo hacía negocio con el molino si no que ahora tenía unos ingresos adicionales con la venta de vino y las comidas, que tan bien preparaba Pepe y ya eran famosas en toda la comarca. En Cuadra Antares tenían un horno de leña y la especialidad de Pepe era el cordero al horno y el cochinillo que algunas veces podía preparar, ya que los cerdos de la Cuadra estaban para hacerlos grandes y poder tener suficiente carne para comer.

Allí fue donde Pepe conoció a Elvira, la hija del molinero e hicieron buenas migas, por su cabeza nunca la vio como su novia, pero era cierto que se llevaban muy bien. Elvira era mayor que él, unos cinco años, pero eso no era motivo por el cual Elvira tuviese a Pepe como confesor, le contaba todas sus inquietudes, hasta el punto de explicarle como estaba de enamorada de un joven de Garray que paraba cada día cuando bajaba a Soria con sus verduras y hortalizas, y fue a medida que Elvira le iba contando sus

sentimientos que los de él hicieron un giro inesperado, ya no la veía como una hermana, sino que repasaba cada una de sus jóvenes curvas así como sus carnosos labios cuando le hablaba, era evidente que Pepe se estaba enamorando y no podía evitarlo.

Elvira noto ese cambio y dejó de hablarle de aquel chico de Garray, no quería hacerle daño así que empezó a hablarle del amor en general, para Pepe esas palabras que salían de su boca eran poesía y cada vez necesitaba estar más y más cerca de Elvira, hasta el punto de querer acercarse tanto que sus labios se encontraran con los de la chica.

Una mañana de verano mientras esperaban debajo de un árbol delante de la casa a que parase algún cliente, Pepe como su torpeza le permitía le comunicó a Elvira sus sentimientos hacía ella, y ella no se lo tomó nada mal, también tenía sentimientos hacia ese chico, allí mismo empezó lo que sería una historia de amor que duró mucho tiempo.

La relación duró hasta los veintitrés años de Pepe, cuando un día estando, trabajando en la cocina de la casa oyó un estruendo de caballos desbocados y en ese preciso instante salió corriendo al patio a ver qué pasaba, estando ya fuera pudo ver como un carruaje diligencia iba desbocado por delante de la casa, los caballos no obedecían las órdenes del carretero y pudo ver entre las ruedas de la diligencia el cuerpo de su amada Elvira.

Después del entierro Pepe no era el mismo, esa alegría en la cocina había desaparecido, ya no cantó nunca más mientras ponía las cazuelas en el horno de leña, la gente habitual de Tardesillas y Garray por no tener que dar el pésame ya no paraban en la Cuadra Antares, empezaron a pasar de largo, pocos eran los que paraban y los que lo hacían podían notar en el ambiente ese halo de tristeza.

-No puedo quedarme aquí Señor José, no es mi sitio sin Elvira.

-Lo entiendo Pepe, para mí también es muy doloroso, ya perdí a mi mujer cuando Elvira tenía quince años y la tuve que criar solo y ahora Dios me ha dejado sin nadie.

-Lo se Señor José, pero no hay día en que por mis mejillas no rebosen lagrimas pensando en Elvira, debo empezar otra vida lejos de aquí.

-Pepe, en Soria hay un destacamento militar y están reclutando soldados, estoy convencido que harán falta cocineros, y tu podrás tener tu sitio en el ejército.

-Mañana mismo me acercaré a Soria con algún carruaje que pase por aquí, y pediré información para alistarme.

Así fue como Pepe se alistó al ejército, podría continuar cocinando y estar lejos de donde perdió a su amada.

*

En Xerta ya se estaba terminando la recolección de las olivas, los dos tercios desertores estaban en su alcoba durmiendo ya que no había amanecido, cuando unos golpes en la puerta les alertaron de que algo no iba bien, Manuel se levantó y abrió, allí estaba José, el campesino que Cayetano y Goyo ayudaban en los campos, en un estado muy nervioso le dijo a Manuel que ya sabía que no tenía primos, pero algo importante sabía y se lo tenía que decir.

-No se Manuel de donde has sacado a esos hombres, lo único que sé es que son buenas personas y tengo la obligación de decirte de lo que me acabo de enterar en el molino.

- ¡Tu dirás José, me estas asustando!

-No es para menos, ayer unos hombres vestidos de militares se le presentaron al molino y estuvieron preguntando por dos hombres cuyas características se parecen a Goyo y a Cayetano.

El escamote de diez hombres que se dirigían desde Tortosa hacia el norte habían parado en Xerta, se habían alojado en el

destacamento de soldados que se mantenía en el pueblo, entre la población no habrían levantado sospechas si no fuera por sus insistentes preguntas acerca de los dos hombres desaparecidos. En el pueblo no consiguieron ninguna respuesta, al menos hasta ese momento, incluso sabiendo que esos dos hombres que buscaban eran los primos de Manuel.

-Voy a hablar con ellos, son buena gente y creo que deben irse a otro sitio.

-Al final alguien hablará Manuel, lo sabes.

Manuel les explico la situación, esa era compleja ya que en algún momento alguien hablaría más de la cuenta y todo el pueblo sabía dónde se alojaban esos dos hombres, en casa de Mercedes y Manuel.

-Ahora no es buen momento de partir, es de día y seguro que alguien os verá.

-Gracias Manuel, nos esconderemos aquí en tu casa hasta el anochecer y por la noche partiremos, así estaremos más seguros.

Ese día fue de despedida, Mercedes les agradeció todo lo que habían hecho por ellos y con que modales los habían tratado, les dijo que los echaría en falta, Manuel hizo lo mismo y José cumplió con su palabra y les dio los cincuenta maravedíes que habían acordado, Cayetano y Goyo por su parte también les agradecieron el trato dispensado y con ese dinero sabían que llegarían muy lejos, con un poco de suerte hasta Toledo.

Llego la noche, era hora de partir, después de tomarse un buen tazón de caldo que les había preparado Mercedes salieron de la casa sin levantar sospechas. Iban vestidos con la ropa del hijo de Manuel y llevaban un fardo con algo de comida, pan y trozos de cerdo en sal y frutos secos para el viaje, al menos hasta Arnes donde habitaba un primo de Mercedes, que con un poco de suerte les daría alcoba por un día.

Era principios de febrero y la noche era muy fría y encima no tenían luna llena para verse mejor, eso era un aliado y a la vez un contratiempo, todo estaba oscuro pero sabían que dirección tomar, primero coger el camino hacia Paüls para llegar a la Ermita de Sant Roc donde pasarían el día escondidos hasta la noche cuando reprendían el camino hacia Arnes bajando el torrente entre las montañas hasta llegar a la casa del primo de Mercedes, pero primero deberían llegar a la Ermita, y eso era una labor complicada ya que una vez pasados los campos de olivos de José ya no conocían nada.

Siguieron por un sendero que estaba bien delimitado e iba a desembocar al campo de otro campesino del pueblo, hasta allí todavía seguían una dirección correcta, pero a partir de ese momento deberían entrar en las montañas rocosas y espabilarse por sí solos ya que no conocían nada, lo único cierto es lo que les dijo José, que siguiendo el torrente llegarían a la cima de la montaña y después deberían hacer lo mismo de bajada hasta llegar a la Ermita, si una cosa tenían claro es que por aquella zona estarían libres de cualquier escamote, o eso es lo que pensaban.

-Cayetano, ¿cómo lo ves?

-Oscuro, todo muy oscuro, pero debemos continuar, nos va la vida.

La noche no tan solo era oscura, sino que fría y sus cuerpos lo sintieron como ninguna otra noche, la dirección que seguían se le suponía segura pero la oscuridad les desconcertaba, soñaban con una taza de caldo de Mercedes, caliente, humeante.

El frio calaba todos sus huesos, pero debían continuar y aceleraron el paso así tenían la sensación de estar más calientes, pasaron junto a una fuente donde salía el agua helada, empezaron a bajar el torrente, esa sensación era más placentera, sabían que todo lo que les quedaba era bajada y así lo aprovecharon, cada paso era

un camino realizado, en menos de una hora pudieron vislumbrar unas luces e imaginaron que era de Paüls, la ermita les quedaba cerca.

El pueblo lo pasaron por los huertos, sabían que a esa hora nadie estaría labrando, pero por el centro del pueblo les daba miedo pasar, no fuera que alguien los viese y denunciase.

Llegaron a la ermita de Sant Roc cuando amanecía, allí encontraron leña en la puerta y en la pared exterior había signos de haber hecho fuego, la tentación del fuego y poder calentarse iba en aumento, pero Goyo se interpuso entre Cayetano y la leña.

-No lo hagas, podemos alertar a la gente de Paüls y mandarnos un escamote para ver quien anda por aquí.

-Goyo, con el cuerpo helado no podremos ni dormir, hacemos un poco de fuego, nos calentamos y lo apagamos.

Así lo hicieron, encendieron un poco de fuego, solo con las ramas más delgadas, lo justo para calentarse y cocer un poco de tocino y pan que se comieron bien caliente, así que una vez habían comido cogieron tierra con las manos y apagaron el fuego, se sentaron dentro de la ermita conversando cual sería el mejor sitio para dormir, por si alguien pasaba y entraba no los descubriese.

Detrás del altar fue el sitio escogido, una piedra grande hacía de mesa y tres piedras más hacían de soporte, se acurrucaron bien juntos y se tiraron por encima las dos mantas que les había guardado Mercedes en la casa, estaban limpias, olían bien, a romero fresco, que después de lavarlas y secarlas Mercedes había frotado suavemente con flores secas de romero, así fue como conciliaron el sueño, con un aliado, la puerta de la ermita cerrada por dentro con la ayuda de un tronco de árbol.

El sueño fue conciliador ya que estaban agotados y el calor que desprendían los dos cuerpos junto con el calor de las mantas era reparador.

A media mañana pasó por delante de la ermita un campesino junto a su mula, pero no se percató que la puerta estaba bien cerrada y pasó de largo hacia su destino, dentro inmunes al paso del campesino descansaban inmersos en un sueño profundo los dos tercios abrazados.

*

En Xerta a primera hora de la mañana antes de que Manuel se fuera a labrar las tierras golpearon con fuerza la puerta, una voz grave de hombre les indicaba que abrieran, Mercedes abrazó a su marido con fuerza antes de que llegara a la puerta.

-Ten cuidado Manuel, no me gusta nada esto.

-No te preocupes, aquí dentro no hay rastro de Cayetano ni de Goyo, no nos pueden hacer nada.

Manuel abrió la puerta y se le presentaron los soldados de malas maneras, sin mediar palabra entraron en la casa gritando y preguntando donde se escondían los tercios.

No hubo respuesta por parte de ninguno de los dos, intentaban poner cara de asombro para despistar a los dos soldados que se quedaron enfrente de ellos, los soldados se esparcieron como polvo por todos los rincones de la casa, apartando y tirando al suelo todo lo que tenían delante, dejando la casa que tan solo mirarla daba miedo, pero Manuel y Mercedes se mantuvieron inmóviles y con la misma cara de asombro que cuando entraron los soldados.

-Señor, díganos donde están donde están sus primos y no les haremos nada.

-No tenemos primos, ni hijos, estamos solos.

Con esa pregunta era evidente que alguien del pueblo los había delatado.

Se ensancharon con Manuel a pesar de los gritos de Mercedes, hasta dejarlo en un rincón magullado por todas partes, él no dijo nada, tan solo que no sabía de qué les estaban hablando.

Los soldados se fueron de la casa sin mediar palabra, dejando todo tirado por los suelos y sin compasión.

Fue más tarde, sobre mediodía que Manuel volviendo de labrar, una mujer le explico que una familia del pueblo había sido ejecutada por mentirosos, le recriminó que el tuviera escondido en su casa a esos dos hombres que buscaban y no los hubiese delatado, en ese instante Manuel le dijo a la señora que no sabía de qué estaba hablando, que él nunca había tenido a nadie en casa y que le sabía mal que hubiesen ejecutado al señor y señora Prats, pero que sus motivos deberían tener para terminar como acabaron, a los delatores es lo mínimo que les podía pasar por irse de la lengua buscando el mal en otra casa.

Al llegar a casa Manuel explico lo sucedido a Mercedes, sin entrar en grandes detalles, y en ese momento ella pensó lo mismo que Manuel, que ya les estaba bien empleado, por delatores, también llegó José a casa de Manuel preocupado por las noticias que corrían por el pueblo y temiendo por la vida de ellos dos, al verlos sanos se alegró pero también se preocupó por el asesinato de los Prats, eran buena gente, desconocía el motivo por el cual habían delatado a Manuel y Mercedes, pero estaba claro que el tiro les había salido por la culata.

*

Cayetano y Goyo se despertaron entrada la tarde, pero aun había luz en el exterior y decidieron no salir de la ermita, sacaron el tronco que les hacía de balde y miraron por el exterior si había alguien, todo estaba tranquilo pero a lo lejos vieron al campesino de la mula labrando un campo de olivos, por la localización eran conscientes de que había pasado por delante de la ermita y eso

les preocupó, al caer el día debería pasar otra vez por el camino que tenían delante de la puerta y eso los tuvo en vilo toda la tarde, hasta que vieron que el campesino se dirigía al pueblo, cuando lo tuvieron cerca se escondieron detrás del altar sin hacer ningún ruido, y pasó por delante sin percatarse de la presencia de los dos soldados dentro de la ermita.

Cuando ya anochecía encendieron un fuego con ramas pequeñas, para calentarse y calentar el pan y tocino que les quedaba, a esas horas el humo ya no les delataba ya que quedaba disperso entre la oscuridad y gozaron de ese momento sin pensar en la noche que les quedaba, al terminar de comer y beber se pusieron en marcha siguiendo el camino que creían que los llevaría a Arnes antes de amanecer.

-Creo que vamos por buen camino Goyo, seguiremos el barranco hacia abajo y al llegar a la llanura deberíamos ver las luces del pueblo.

-Que haremos al llegar, preguntó Goyo, conocedor de que no sabían en que casa vivían los primos de Mercedes, ni si serían bien acogidos.

-Nos presentaremos como los primos de Manuel, el de Xerta y preguntaremos por Andrés, el primo de Mercedes a ver si tenemos suerte, no podemos hacer otra cosa Goyo, y Toledo nos queda muy lejos todavía, hay que poner valor cada día para llegar a buen puerto.

-Cada día tengo más claro que nos equivocamos al desertar, estaríamos más tranquilos en el campamento.

-No tengo ni la menor duda Goyo, pero ya está hecho y no hay vuelta atrás.

-Como tu digas Cayetano, yo a tu lado hasta que esto termine.

La fría noche se hizo muy larga, y la oscuridad un problema añadido, pero al amanecer vieron las casas de Arnes, sabían que ya habían conseguido pasar otra noche andando y cada vez estaban más lejos del peligro.

AL entrar en el pueblo se encontraron con una mujer de edad avanzada que les saludo y ellos aprovecharon para preguntar por Andrés, el primo de Mercedes, un simple gesto con la mano les indicó que iban por buen camino, la casa estaba en mitad de la calle cerca de la capilla del hospital.

Al llegar al destino llamaron a la puerta y una señora de mediana edad les abrió y preguntó que deseaban.

-Buenos días, señora, venimos de parte de Mercedes y Manuel de Xerta, vamos de camino hacia Toledo y nos dijeron que le podíamos pedir alcoba para pasar el día en su casa.

La mujer de Andrés no le gustaba esa situación, unos hombres vestidos con el ropaje del hijo de Manuel irrumpen en su casa y piden cobijo, les preguntó a que se debía el honor y empezaron a contar su historia hasta la llegada al pueblo, la mujer iba asintiendo con la cabeza a medida que iban contando con todo detalle lo realizado desde que esa noche decidieron marcharse del campamento dirección Xerta.

La mujer miró a lado y lado de la calle y con un gesto de aprobación les hizo entrar en la casa. La casa era humilde pero la cocina denotaba que trabajaban en el campo, no faltaba de nada, había pan, vino, trozos de cerdo colgado en forma de butifarras y por encima de todo el fuego encendido que daba calor al hogar, se les ofreció un tazón de caldo que estaba en una olla colgada encima del fuego y lo agradecieron de todo corazón, sus cuerpos estaban agotados por el esfuerzo de andar toda la noche con frio, se tomaron el caldo bien caliente y reconfortante, pidieron un lugar tranquilo donde acostarse, la mujer les indico una habitación

contigua a la cocina, donde la pared estaba caliente por estar justo detrás del fuego, agradecieron otra vez la hospitalidad se fueron a refugiar en esa habitación, la mujer de Andrés les dijo que por la tarde al llegar su marido en casa los despertaría y deberían contarle a él lo sucedido y el motivo por el cual estaban alojados en su casa, sabía muy bien la señora que cuando le dijesen a su marido que eran desertores de los tercios estos serían bien acogidos, recordaba cuando tuvieron que desplazarse a Xerta para enterrar a su sobrino muerto por estos.

El sueño fue más reparador que el día anterior, estaban más calientes y el tazón de caldo también los calentó, el cansancio todo y estar fuertes también hacía mella en sus cuerpos y así se sumieron en un profundo sueño sabedores de que estaban a buen recaudo.

Por la tarde oyeron voces que venían de la cocina, era la señora Inés y su marido Andrés que conversaban tranquilamente sobre lo sucedido, se levantaron y se dirigieron a la cocina a presentarse, Inés les había preparado lo mismo que había preparado para Andrés, un tazón de caldo repleto de carne de cerdo hervida con patatas hervidas también, mientras comían los tres Cayetano tomó la iniciativa y empezó con el discurso que ya empezaba a tenerlo interiorizado de tanto explicarlo, Andrés por su parte escuchaba como si fuese la primera vez que lo oía, pero su mujer había tenido tiempo de contarle todo y Andrés muy precavido escuchaba atento no fuese que cambiasen el discurso por otro, cosa que le llevaría a mal pensar de ellos, el discurso fue el mismo, así que Andrés les preguntó cuánto tiempo tenían pensado quedarse en la casa, esa pregunta les alivió mucho, le dijeron que en un par o tres de días estarían preparados para partir, que pagarían unos maravedíes por las molestias, Andrés lo aceptó pero les pidió que le ayudasen durante el día en la faena de la tierra, que le iría bien cuatro manos más para recoger rama y quemarla, ellos accedieron y mientras hablaban de este tema

llegó a casa el hijo de Inés, que tenía la misma edad que su primo si no lo hubiesen fusilado, delante de los dos hombres negaba a su padre que se pudiesen quedar, las heridas que aún tenía abiertas le impedían poder ayudar a esos hombres aun que hubiesen desertado.

Goyo y Cayetano vieron en aquel momento que la compañía no era grata y se disponían agradecer el trato y partir esa misma noche cuando Manuel cogió a su hijo y se lo llevó a otra habitación, desde la cocina se podían oír los gritos que despachaba el hijo, que poco a poco se fueron allanando hasta no poder distinguir ya lo que decían, Inés les dijo a los hombres que no se fueran que todo se solucionaría, era cosa de chicos, y lo consideraba normal, pero Goyo que tenía un sexto sentido le comentó a Cayetano que algo no iba bien, no le gustaba ese asunto y le pidió a su compañero partir.

Andrés convenció a regañadientes a su hijo y salió de la habitación para hablar con los dos hombres, lo vieron tan convencido que la cosa iba bien que aceptaron quedarse unos días, pero con algún recelo por parte de Goyo, que continuaba viendo un problema en el hijo de Andrés.

-Te digo que no lo veo claro, Cayetano, hay algo en su mirada que no me gusta.

-Andrés nos ha dicho que no hay problema en quedarnos en su casa, ¿que ves de malo en esas afirmaciones?

-Hay algo en su mirada que no me gusta, ya te lo he dicho, y tu sin querer hacer caso de mis inquietudes.

-No Goyo, no te lo tomes a mal, pero confío en la palabra de ese hombre al igual que confiamos en la palabra de Mercedes y Manuel y de momento no nos ha ido tan mal, llevamos más de un mes fuera del campamento y seguimos vivos, por algo será.

-Por nuestra intuición, y esta vez la mía me dice que algo no va bien.

Goyo accedió a la petición de Cayetano y se instalaron en la pequeña habitación contigua a la cocina, dieron de antemano cinco maravedíes como muestra de respeto y la familia los acogió como agua de mayo, era una moneda de curso legal hasta el momento y rápidamente compraron dos cerdos ya adultos para poder pasar el invierno y tener carne en verano.

Esa noche Goyo no durmió como las anteriores, estaba al acecho de cualquier ruido en la casa, no así Cayetano que con el cansancio y los nervios acumulados durmió mejor que las otras dos veces, esa noche no paso nada en casa de Inés.

Por la mañana se despertaron temprano con las voces suaves de Andrés e Inés conversando sobre los dos cerdos que habían podido comprar, estaban muy alegres, en esa casa la alegría podía llegar por un tema como ese o por algún chismorreo del pueblo, era una pareja que les gustaba vivir y asumían las desgracias como parte de la vida, no así su hijo que tenía muy mal humor siempre, y eso que faena en casa no le faltaba, en el campo su padre siempre le pedía que le ayudase pero él nunca quiso saber nada de las tierras, se ganaba la vida ayudando a un carretero que realizaba el trayecto por los pueblos de la zona trasportando todo tipo de enseres que iban y venían muchas veces sin más, pero que le daban vida tanto a él carretero como para el hijo de Inés.

Los dos hombres recogieron las dos mantas y las dejaron bien plegadas en un rincón de la habitación, entraron en la cocina con unos buenos días por delante y por respuesta tuvieron un que querían para desayunar, Inés había preparado pan tostado con lonjas de grasa de cerdo bien caliente por encima e incluso llevaban aceite de oliva, el olor y la presencia de ese manjar puso de buen humor a los dos hombres que se sumaron a la alegría de la pareja. Mientras desayunaban acordaron que se quedarían

hasta que Andrés tuviese toda la rama recogida y quemada, así que los dos hombres aceptaron de buen gusto ya que estaban lejos del frente y en una ruta que los soldados no se imaginarían nunca que hubiesen cogido.

Ese mismo día por la mañana se fueron siguiendo a Andrés hacia los campos y al llegar dos cortaban las ramas de los olivos y el otro las arrastraba hasta el principio del campo donde le prendía fuego, así transcurrió todo el día hasta bien entrada la tarde, Andrés no quiso cansarlos mucho el primer día no fuese que los dos hombres no quisieran volver el siguiente, así que con una voz suave les indicó que ya podían ir todos a casa, que allí les esperaba una buena comida, así que cuando llegaron la alegría que desprendía Inés era reconfortante, muy lejos de la timidez y miedo de Mercedes.

Los tres hombres se pusieron delante del fuego a conversar mientras Inés terminaba de preparar una suculenta comida, en la mesa había cinco platos así que Goyo se imaginó lo peor, llegó el hijo de estos y sin mediar palabra se sentó en la mesa, no sin antes recibir por parte de su madre una recriminación por falta de modales, el ambiente era tenso y eso no gustaba a nadie, al sentarse todos en la mesa Cayetano con unos modales exquisitos le preguntó al hijo como había ido el día y por donde habían transitado, este le contó con un tono un poco más suave que habían recorrido los pueblos del valle desde Horta de Sant Joan hasta Beceite pasando por Valderrobres donde habían parado a comer en el hostal de Baudilio y de vuelta llevaban el carro lleno de botas de vino, Pere se levantó y salió de la cocina ante el asombro de los cuatro, entró al cabo de poco con dos botellas llenas de vino tinto e invitó a los presentes, se podía leer entre líneas como un primer paso hacia la aceptación de este hacia los dos hombres, pero Goyo todavía estaba receloso, cuando después de comer los dos tercios presentaron su gratitud hacia la familia y se dirigieron hacia la habitación para dejar un poco de intimidad

Cayetano le preguntó a Goyo si todavía veía en su mirada algo que no le gustase, la respuesta de este fue que un poco mejor sí que lo veía pero que ese chico llevaba en su interior rabia acumulada y que esa rabia tarde o temprano la dirigiría hacia ellos, Cayetano le dio un golpe cariñoso en la cabeza y le invitó a dormir a su lado, mañana será otro día.

Esa noche goyo durmió de tirón, el cansancio acumulado y la noche en vela hacían mella en su cuerpo, Cayetano hizo lo mismo, se sentían bien acogidos a pesar de la reacción de Pere y seguros lejos del escamote del ejército.

*

El escamote dejó Xerta para dirigirse hacía Mora de Ebro, con la intención de atrapar a los dos sublevados, continuaban siendo diez hombres, el capitán al cargo de los hombres establecidos en el puesto de Xerta les ofreció dos hombres más para la persecución, pero el capitán al mando del escamote lo rechazo, creía que con nueve hombres más él serían suficientes para atraparlos si estaban en la dirección que ellos creían, lo que si le pidió a su colega es si podía mandar un escamote de cinco hombres hasta Paüls por si habían travesado la montaña en dirección Arnes y que a ser posible no se detuvieran hasta haber recorrido al menos tres días de viaje, y que interrogasen a todos los que se encontrasen por el camino, él estaba convencido que habían partido hacia Lleida dirección Mora pero tenían que intentar cubrir todas las opciones y la de Arnes a través del torrente no era descabellado, hasta el momento los dos tercios se habían escondido bien pero estaban convencidos que tarde o temprano les darían caza.

Así fue como el escamote de diez hombres cogieron dirección a Mora y otros cinco salieron dirección a Arnes, salieron a primera hora de la mañana con la ayuda de guía de José, a quien lo detuvieron para semejante empresa emprendiendo el viaje hasta

la ermita de Sant Roc donde deberían hacer noche, llegaron a mediados de tarde y el sargento al mando le pidió que caminasen un rato más hasta llegar al pueblo de Paüls y allí ya tomarían una casa por la fuerza para dormir, comer algo y con un poco de suerte poder beber buen vino, era tanta la intensidad del sargento que no se percataron del fuego apagado con tierra, José si se dio cuenta como buen rastreador pero no dijo nada, era evidente que los tenían cerca, José se preocupó y aceptó ir hasta el pueblo de Paüls sin rechistar, de esta manera creía que Goyo y Cayetano tendrían un día más de ventaja, eso si no se quedaban más tiempo de lo necesario en Arnes.

Por la mañana los dos tercios se dirigieron hacia el campo de olivos de Andrés como hicieron el día anterior, nada presagiaba que el escamote estuviera a un solo día de camino de ellos, recogieron toda la rama de un campo y encendieron varios fuegos pudiéndose calentar en todo momento. Andrés se le veía feliz, una ayuda así nunca la había tenido y adelantaban la faena como nunca, si eso continuaba de esa manera en cinco días tendría acabado todos los campos de su propiedad, los tercios podrían irse sin problemas y el ofrecerse como peón a otro campesino a cambio de dinero o algo de comida.

Al llegar por la tarde a casa, Inés les tenía preparada una suculenta comida a base de verduras cocidas con caldo, garbanzos y una mezcla de carne picada con ajo y perejil también cocida en el caldo, algo que los tres hombres agradecieron sobremanera, la comida iba acompañada de un buen vino tinto de Valderrobres, despacharon amistosamente y hablaron también de la actitud de su hijo Pere, estaban muy agradecidos a Andrés por haberles facilitado la relación, hablaron también que en cinco o seis días a mucho estirar Andrés ya no los necesitaría y podrían partir tranquilamente hacia Toledo, lo que no sabían es que el escamote mañana por la mañana se encontraría en Arnes también.

Después de conversar un buen rato delante del fuego se despidieron y dirigieron a su habitación, era extraño, pero Pere el hijo no había vuelto a casa todavía, decidieron acostarse y dejar un poco de intimidad al matrimonio. Se durmieron rápidamente, el cansancio podía más que su voluntad de estar despiertos para conversar los dos.

La noche fue plácida, solo el ruido de la puerta al llegar el hijo de Inés despertó a Goyo, que después de oír como hablaba con su madre se volvió a quedar dormido.

Por la mañana todavía no había salido el sol y ya se levantaron y se dirigieron a la cocina, al no haber nadie despierto encendieron el fuego así cuando el matrimonio se levantó la cocina estaba caliente, desayunaron pan tostado con aceite de oliva, Inés sacó del armario un embutido que nunca habían probado y les pareció delicioso, así que después del desayuno partieron los tres hombres hacia el terreno para recoger rama y volver a quemar los restos, el hijo de Inés había salido de noche para acompañar al carretero en sus menesteres y no habían coincidido en la casa.

Inés se presentó a mediodía en el terreno donde estaban trabajando y fue toda una sorpresa para los hombres ya que nunca iba al campo, Andrés se fue corriendo hasta donde estaba ella ya que algo malo presagiaba, en ese momento la señora le comentó a su marido que unos cinco soldados acompañados por José de Xerta buscaban a los dos tercios por todo el pueblo, llamaban casa por casa por si alguien los había visto, en su casa también llamaron y les dijo que estaba sola, el marido en el campo y su hijo con el carretero, por lo que pudo intuir nadie les había delatado, José fuera de la casa miraba cabizbajo a Inés y esta hizo lo mismo con José, sabía que si lo tenían allí era contra su voluntad ya que los dos tercios durante una cena le comentaron que contento quedó José con su trabajo, no era hora de ir para el pueblo si no quedarse en el terreno y esconderse en una cabaña de piedra donde se

escondía el pastor en caso de lluvia, así lo hicieron y quedaron con Andrés hasta mañana por la mañana, este les dijo que no les llevaría comida ni mantas para no levantar las sospechas de los soldados y que al día siguiente les informaría de cómo estaba todo, que por su parte no se preocupasen, les esperaba una tarde y una noche larga y fría, estaban mentalizados y en la cabaña escondidos se sentían seguros.

El escamote de soldados no quiso continuar hasta Valderrobres ya que les quedaba lejos y decidieron quedarse en una casa del pueblo, por suerte no fue la de Inés si no otra un poco separada de ellos, pero tenían miedo que alguien del pueblo les delatase, Andrés llegó ese día más temprano y Pere el hijo también, cenaron los tres sin que se hubiese hecho de noche, durante la cena Pere increpó a sus padres y les animó a denunciar, no tenían nada que perder y si los descubrían tenían nada a ganar y mucho a perder. Sus padres le convencieron de que era absurdo e iba contra su manera de ser, la filosofía de vida que tenían no pasaba por ayudar a los soldados del reino ni mucho menos. Se marcharon todos a dormir, pero esa noche ni Inés ni Andrés durmieron tranquilos, oían por la calle los gritos de los soldados con un elevado grado de vino en sus cuerpos, como golpeaban las puertas y hacían abrir a todos los vecinos preguntando a gritos donde estaban los dos tercios escondidos, incluso en una noche fría de febrero el sudor corría por sus sienes, sabían que en un momento podrían llamar a su puerta mosquetón en mano ya que algún vecino por miedo les delatase.

Pasaron las horas muy lentamente, dejaron de oír gritos en la calle, se imaginaron que los soldados ya se lo habían pasado bien causando miedo a medio pueblo y el silencio se apoderó de las calles, en ese momento el matrimonio se relajó un poco y se durmieron, al día siguiente al despertarse vieron como su hijo Pere no había ido a trabajar, eso les alertó de que algo no iba bien, cuando Pere se levantó les dijo que era casualidad, que el

carretero el día anterior le había dado fiesta ya que no tenían nada que transportar, eso tranquilizó al matrimonio ya que la mirada de Pere cuando le comentaron que había un escamote por el pueblo no les gusto nada.

Andrés salió de casa después de amanecer, con una bolsa en la mano con comida, se encontró en mitad del pueblo con unos soldados, tres solamente, que le increparon y preguntaron si sabía dónde estaban los desertores.

-Mirad a ese campesino, seguro que lleva comida para los desertores.

-Donde vas tan apresurado, ¿no nos has oído?

-Te estamos hablando a ti, campesino, enséñanos la bolsa que llevas y que llevas dentro.

-Llevo la comida del día, voy al campo a recoger rama.

Dijo Andrés con el corazón en un puño

-Comida para el día, será mentiroso.

-Danos la bolsa y no te pasará nada, esta comida es para los soldados del Rey

Andrés obedeció las órdenes y no quería problemas, si Goyo y Cayetano no comían hoy no pasaba nada, lo importante era su seguridad.

Les dio todo lo que llevaba encima y partió hacia el campo a través del camino, al llegar delante de la cabaña del pastor miró hacia un lado y hacia otro y sin levantar sospechas se introdujo dentro de ella, en un rincón y sin hablar estaban los dos tercios abrazados como si el que había entrado fuesen los soldados.

-Andrés, que alegría verte, pensábamos que nos habían encontrado.

-No cantéis victoria, los soldados están por el pueblo preguntando por vosotros, de momento nadie ha dicho nada, pero no nos podemos fiar, os traía comida, pero me la han requisado, por la tarde lo intentaré de nuevo.

-Déjalo Andrés, lo importante es que no nos encuentren, podemos estar unos días sin comer y aquí al lado hay un recipiente con agua, con eso nos bastamos.

-No os pondré en peligro, pero si puedo os traeré comida, espero que marchen pronto del pueblo.

-Gracias Andrés le susurró Goyo que hasta el momento no había abierto la boca.

El cielo estaba tranquilo, un blanco gris amenazaba nieve, era como si el cielo se hubiese puesto en contra de los dos hombres, en Arnes los soldados dieron por acabada la búsqueda y se planteaban salir para Valderrobres cuando se les presentó Pere, el hijo de Andrés para hablar con ellos, les comentó que era carretero y que durante el día se encontraron con dos personas que se ajustaban a lo que buscaban los tercios, les indicó que hacía dos días los había visto merodear por Valderrobres y que si no se habían parado seguro que ya les llevaban más de cuatro días de ventaja, con este mensaje el sargento dio órdenes de partir rápidamente, sino se entretenían en ningún pueblo seguro que les darían alcance en cinco días , o eso es lo que creían, la jugada de Pere les daba a los dos hombres a poder regresar a casa y estar tranquilos hasta que los soldados decidieran dar por acabada la búsqueda, con el cuidado de que deberían pasar por Arnes para volver al campamento de Xerta, unos diez días según sus cálculos.

Pere se fue en dirección al campo de su padre donde lo encontró cortando ramas de los olivos, le explico lo que había dicho a los soldados y su reacción, Andrés le agradeció el gesto y le dijo que no se había equivocado, que esos hombres eran de buena fe y él

contaba con ellos para los trabajos del campo, Andrés se fue hasta la cabaña para explicar a Cayetano y Goyo lo que había pasado y que previa inspección del pueblo podrían volver para pasar unos días tranquilos.

Los soldados iban caminando por el camino que va de Arnes a Valderrobres cuando se encontraron a un carretero que iba en dirección contraria, lo pararon e interrogaron pero no le sacaron ninguna información, era evidente que no había visto a los hombres pero tampoco les hubiese ayudado si los hubiese visto, esos soldados no eran del agrado de los campesinos de la zona, los soldados se percataron y le desbalijaron todos los enseres que llevaba en el carro, dejaron libres a las gallinas, tiraron por el suelo una maderas que eran para una construcción y se bebieron todo el vino que su cuerpo podía aguantar, incluso desobedeciendo las órdenes del sargento que les pedía que no bebiesen, una vez borrachos como cubas se ensancharon con el carretero acusándolo de anti Felipe, la paliza fue tal que lo dejaron inconsciente en la cuneta y continuaron la marcha entonando cánticos castrenses dirección Valderrobres donde lo tenían a una hora de camino, al llegar al pueblo el sargento les quería hacer continuar pero los hombres hambrientos desobedecieron haciendo enfadar al sargento, pero por más enfadado que estuviera los hombres le pedían comida y descanso, era evidente que no podría revertir la situación y pensó que era mejor dejar las cosas como estaban, una revuelta en esos momentos no era su mejor aliado, pero tomó nota de quienes lo habían propiciado y al llegar al campamento daría parte a sus superiores para tomar las medidas necesarias, así fue como se instalaron en una casa de la calle principal a espaldas del rio, donde encontraron suficiente comida para los seis.

Pere se extrañó mucho al ver que el carretero no llegaba al pueblo y cogió dirección Valderrobres, a dos horas de camino se lo encontró en la cuneta mal herido y el carro con la mula a su lado,

sacó las cosas que llevaba en la carreta para poder tumbarlo y así llevarlo al pueblo, continuaba inconsciente pero vivo, lo llevó a su casa donde estaba Inés con los tres hombres, lo tumbaron en la cama de Pere y lo lavaron suavemente, intentando que bebiese algo de caldo ya que su cuerpo estaba muy frio, poco a poco fue reaccionando hasta abrir los ojos, Cayetano con sus pocos conocimientos de auxilio le fue tocando hueso por hueso preguntando si le dolía o notaba calambres, era evidente que había tenido mucha suerte ya que no tenía ningún hueso roto, el carretero bebió el caldo que le había preparado Inés y eso le reconfortó, Andrés le pidió que se quedara en su casa al menos un día y que no pasara la noche solo, accedió encantado ya que se encontraba magullado por todo el cuerpo, Inés le trajo una manta para tapar y calentar el cuerpo y el carretero se durmió, Pere se quedó sin manta y sin cama, los dos tercios le ofrecieron una de suya, que ellos ya compartirían una, después de cenar los cinco se fueron a dormir, Andrés con su mujer y Pere en la habitación contigua a la cocina con los dos tercios, prepararon un buen fuego y Pere tuvo la idea de dormir los tres en la cocina, frente al fuego, así se durmieron los tres hombres, Goyo y Cayetano compartiendo manta y preocupaciones, sabían que si al carretero lo habían dejado de esa manera que no les podría pasar a ellos si los encontraban, lo comentaban en voz baja pero Pere lo oía todo, a él también le dejo preocupado que sin más hubiesen dejado al carretero de esa forma, si sospechaban que les había mentido estaba convencido de que irían por él, a Pere también le costó conciliar el sueño esa noche.

A primera hora de la mañana Andrés les despertó a todos mientras avivaba el fuego, le pidió que hoy fueran los tres al campo a quemar rama, que Pere cogiera el carro y realizaría la faena pendiente del carretero y ese se quedaría en cama todo el día para recuperarse, por el bien de todos debían hacer vida normal para no levantar sospechas, a Pere le dio instrucciones de

que si preguntaban por el carretero debía decir que una indisposición no le permitía realizar la faena por unos días.

Así que los cuatro hombres salieron antes de que saliera el sol hacia el trabajo, al travesar el pueblo no levantaron sospechas a esa hora, ya que era muy temprano y no había nadie por la calle, Pere cogió la mula y el carro y se dirigió dirección Valderrobres para recoger en el camino todo lo que había escondido detrás de unos matorrales y así volver al pueblo con toda la mercancía que quedaba, el tema del vino no era problema alegando que se había encontrado al escamote de seis tercios y le habían saqueado lo que faltaba, pero las maderas para la construcción de un cobertizo las debía recuperar y entregar, así lo hizo, no tuvo problemas en encontrarlas y volver a cargarlas, luego se dirigió a Horta de Sant Joan para entregar la mercancía, por su parte todo solucionado, al llegar al destinatario y este preguntar por el carretero su respuesta fue convincente.

Por otro lado, Andrés estuvo todo el día cortando rama y entregándola para que la quemasen, era consciente que un buen día a no muy tardar los dos tercios partirían hacia Toledo y debía avanzar todo lo posible en la faena, una ayuda así solo pasa una vez en la vida, el ritmo era bueno ya que los dos hombres también querían dejar los campos terminados como muestra de agradecimiento por como los habían tratado y hospedado.

El escamote de seis hombres establecidos en Valderrobres preguntaban a uno y a otro sin recibir respuesta alguna, nadie había visto a un par de hombres por el pueblo, el sargento empezó a sospechar de ese joven que les dio una pista e hizo partir a todos los soldados hacia Arnes otra vez, tenía claro que quería llegar al campamento de Xerta para dar a conocer al capitán los saboteadores del escamote, pero también tenía claro que no podía volver con las manos vacías, así que por intuición volvió otra vez al pueblo de Arnes para hablar con aquel jovenzuelo que les

había indicado una cosa que no era cierta, o al menos eso creía según su intuición.

El sargento dio órdenes de dirigirse otra vez a Arnes para hacer noche en la misma casa que se hospedaron, recorrieron el trayecto a paso ligero como castigo por no haber acatado las ordenes, en menos de tres horas ya se encontraban en el pueblo y después de acomodarse el sargento les hizo agrupar de dos en dos para ir en busca de ese muchacho, los soldados obedecieron pero sin darle credibilidad, los resultados del mando no les animaban en su cometido, hasta el momento no habían conseguido nada, solo buen vino y buena comida allí donde se alojaban.

Andrés, Goyo y Cayetano volvían del campo sin preocupaciones hasta que uno de ellos vio a lo lejos la silueta de dos soldados entrando en una casa, rápidamente dieron media vuelta y volvieron los tres hacia la cabaña de pastor, asustados se escondieron en su interior, Andrés les dijo que volvía al pueblo y que mañana volvería para tenerlos informados, se quedaron en su interior a sabiendas que ese día ya no comerían ni tendrían mantas para dormir, la tarde noche se presentaba fría pero no podían arriesgarse a que detuvieran a Andrés con mantas y comida en su haber.

Al llegar al pueblo Andrés se cruzó con dos soldados que fueron saludados con la cabeza agachada y sin mirarles a los ojos, al llegar a casa Inés le dio un abrazo, le explico como dos soldados habían golpeado la puerta con insistencia hasta que los abrió y preguntaron por un joven que por las características era el hijo de ellos dos, Andrés no se lo pensó dos veces y salió andando deprisa en dirección a la salida del pueblo donde cogería el camino que llevaba a Horta de Sant Joan, cuando llevaba un buen trecho vio de lejos el carro con la mula y su hijo, en ese momento empezó a correr sin gritar hasta que llegó a su altura.

-No puedes volver al pueblo Pere, creo que te están buscando los soldados.

-Por qué motivo padre, no he hecho nada.

-Por la descripción que daban eres tú, el motivo lo desconozco.

-Padre, creo que sé el motivo, les indiqué que había visto a los dos hombres que buscaban cerca de Valderrobres.

-Sea este el motivo u otro no puedes volver al pueblo, no podemos arriesgarnos a que te detengan, da media vuelta y escóndete en casa del carretero, ya sabes donde esconde la llave de la casa.

Y así fue como dio media vuelta y se dirigió a Horta, haciendo cabalgar a la mula y el carro.

Andrés volvió al pueblo, ya había dado indicaciones a su hijo que no saliese de casa del carretero hasta que no lo fuese a buscar, temía por la vida de su hijo, mientras pensaba en el problema que se encontraba por culpa de esos dos hombres que tan solo le habían aportado ayuda en el campo. Pensó en la posibilidad de denunciarlos.

-Ya tenemos a Pere a buen recaudo, ¿han vuelto los hombres del ejército?

-Una vez más y les he dicho que estábamos cuidando al carretero que había tenido un accidente ayer.

- ¿No han desconfiado de nosotros?

-Si Andrés, han entrado en casa y lo han revuelto todo, les he dicho que tu estabas trabajando, al no encontrar a nadie se han ido.

-Mejor así, los dos hombres están escondidos en la cabaña de pastor que hay en el campo que tenemos más lejos del pueblo, no creo que les descubran allí si no hay alguien del pueblo que hable más de la cuenta.

-No creo, a nadie les gusta la presencia de esos soldados, están establecidos en casa de Perot y por lo que se cuenta les han desbalijado todo lo que tenían, alimentos y vino incluido, cuando se vayan iré a verlos por si necesitan algo.

-De momento encerrados en casa estamos bien, ¿cómo se encuentra el carretero?

-Bien, hoy se ha levantado un rato y ya no le cruje todo el cuerpo.

-Pues vamos a preparar algo de cenar para los tres y a ver si mañana se largan los malditos soldados.

- ¿Crees que hacemos bien?

-Ya no lo sé, pero estamos bien liados, Pere los engaño y los mando a toda prisa a Valderrobres, están enfadados por lo que se ve, no podemos hacer otra cosa que esperar que se cansen y se vayan.

Goyo y Cayetano no estaban tranquilos del todo en la cabaña, no acababan de tener confianza en Andrés, pero no podían hacer otra cosa que esperar, el hambre y el frio no ayudaban en nada a soportar las horas, así que decidieron acurrucarse el uno con el otro e intentar dormir.

Pere que se encontraba en el otro pueblo encerrado en casa del carretero no tenía nada que comer y estaba tentado de ir a casa unos vecinos y clientes a ver si le podían dar algo de comer, el creía que no era tensar la suerte, pensaba que estaba lejos de Arnes y allí no lo encontrarían, así que se puso en marcha y se fue a casa los vecinos del carretero, por la hora que era no se asustaron ya que el carretero siempre llegaba de noche, pero se sorprendieron de que fuera Pere y no él el que llamase a la puerta a estas horas.

- ¿Qué se te ha perdido a estas horas Pere? Y el carretero donde lo tienes.

-Buenas noches tengan, el carretero ayer se cayó y está en mi casa, pero está bien, a mí se me ha hecho de noche y me quedo a dormir en su casa, así lo tenemos acordado.

Pere pidió un poco de comida a cambio de medio maravedí, los Perot no les quisieron cobrar nada, lo hicieron entrar y comer en su cocina, alegando que estaría más caliente, así lo hizo ya que no había nada que le hiciese presagiar nada malo.

Por la mañana Pere se quedó encerrado en la casa esperando que viniese su padre para poder salir, pero este no llegaba, vio desde la ventana como Perot salía a trabajar el campo y volvió a meterse en la cama.

Perot cogió rumbo hacia Arnes para ver cómo se encontraba su vecino, había algo que no le gustaba y José el carretero era amigo de la infancia, cuando a media mañana llegó a casa de Inés llamó con suavidad la puerta, la cual abrió con ojos de temor Inés que lo hizo pasar rápidamente para dentro de la casa mientras le preguntaba por su hijo, lo hizo sentar en la cocina, al lado del fuego cuando por las escaleras apareció José el carretero.

-Me tenías preocupado José, esta noche tu no estabas y Pere se ha quedado a dormir en tu casa, ya me comentó lo del accidente.

-No fue un accidente Perot, me apalizaron unos soldados que me robaron parte de la mercancía.

-He visto unos cuantos por el pueblo al llegar. ¿Qué les trae por aquí?

-Buscan a dos desertores según me ha comentado Andrés, no sabemos nada más.

Se quedaron los tres en la cocina delante del fuego mientras conversaban tranquilamente, y fue Perot quien pregunto por Andrés.

- ¿Lo tienes en el campo quemando rama?, preguntó a Inés.

-Si, se ha ido temprano, pero volverá a la hora de la comida me ha dicho, por la tarde no se quedará en el campo.

-Y tú José, ¿volverás al pueblo o te quedarás unos días más por aquí?

-Tengo intención de volver mañana, sé que Pere cuida de la mula y eso me tiene tranquilo.

A esa hora llegó Andrés del campo, salió temprano de la casa para poder llevar algo de comida a los dos hombres, los encontró bien, habían pasado frio, pero no hambre, los nervios en el estómago hicieron que se olvidaran de la comida, pero la recibieron encantados, sabían por Andrés que los soldados todavía merodeaban por el pueblo y en la cabaña ya se sentían seguros, Andrés ya les había demostrado que podían confiar en él.

-Buenos días Perot, ¿qué te trae por el pueblo, has visto a mi hijo por Horta?

-Ayer vino a casa a cenar y nos contó lo del accidente de José.

-Sí, ya es mala suerte, pero ahora va recuperando bien.

-Yo creo que hoy mismo podría volver al pueblo, dijo José, pero Inés me ha pedido que me quede un día más.

-Ya te han contado el tema de los soldados, preguntó Andrés a Perot.

-Lo de la paliza y el robo sí, y que están buscando a unos desertores también.

-Lástima que no los hubiese visto, dijo Perot, que los habría denunciado y a ver si así se largan de una vez por todas.

Andrés no tenía intención de decirle nada a Perot, ni tan solo al carretero le había mencionado que tenía a los desertores escondidos en la cabaña de pastor, era un secreto de la familia y estaba convencido que debía mantenerlo así, a esas alturas ellos

también recibirían venganza por parte de los soldados por el hecho de haberles encubierto.

Inés invitó a Perot a quedarse a comer, hacía años que se conocían y tenían una muy buena relación, este no pudo decir que no, se sentía en buena compañía y su señora no lo esperaba hasta bien entrada la tarde, así que accedió a quedarse a comer.

Inés les preparó una sopa de pan con un sofrito de ajos y tomate acompañado por unas lonchas de cerdo a la brasa, con la bota de vino en mitad de la mesa.

En Horta de Sant Joan Pere ya estaba ansioso de tanto esperar a su padre, y su estómago todavía más, a lo que en un impulso fue a dar de comer a la mula, cerciorarse de que el establo estuviera bien cerrado, dejó la llave en el sitio de siempre y se fue en dirección Arnes, con ganas de llegar a su casa para poder comer.

Al llegar a Arnes se dirigió a su casa, iba por la calle atento a todo lo que ocurría a su alrededor, pero al girar la calle mayor para entrar ya en su casa se encontró de cara a dos soldados.

- ¡alto ahí! Donde te diriges.

-Voy a mi casa a comer algo.

-Este se parece al chiquillo que anda buscando el sargento.

-Parece que sí, que es él.

-Pues no te resistas y acompáñanos, el sargento quiere hacerte unas preguntas.

Pere custodiado por los dos soldados se dirigió a la casa que se encontraba el sargento y este al verlo no daba crédito a sus ojos, tenía delante suyo al chiquillo que le había engañado.

Le preguntó otra vez por los dos desertores y Pere asustado les dijo que estaban en su casa, pidió que no le hicieran daño.

Lo ataron de manos y lo dejaron en la habitación custodiado por dos soldados, el sargento cogió a dos hombres que se encontraban con él en ese momento y les ordenó seguirlo.

Le volvió a preguntar cuál era la casa, no quería más errores y Pere le indicó a conciencia el lugar, el sargento con los cuatro soldados se dirigieron hacia ella sin mediar palabra.

Al llegar puso en la parte trasera a un hombre para que vigilara una posible fuga por esa parte, puso a un hombre en la parte delantera con los mosquetones preparados y llamó a la puerta.

Inés no daba crédito a lo que estaba viendo, ella estaba sola en casa con el carretero, su hijo en Horta, su marido en el campo y los dos soldados escondidos en la cabaña de pastor.

-Donde están los desertores gritaba como un poseso.

-Aquí no hay nadie, solo el carretero recuperándose de un accidente.

El sargento entró sin pedir permiso, fue abriendo las estancias sin encontrar a nadie hasta que dio con la habitación en que se encontraba recuperándose el carretero.

-Qué casualidad, a ti te conozco, veo que te tratan bien aquí, ¿dónde están los hombres que busco? No me salgas con que no sabes nada, el chiquillo ha confesado.

Al oír esas palabras el corazón de Inés le dio un vuelco, sabía que habían encontrado a Pere, y preguntó dónde estaba y como se encontraba, el sargento le dijo que se pusiera tranquila, el chiquillo se encontraba bien pero custodiado, y que no lo devolverían hasta que no encontrasen a los desertores.

Inés echaba en falta tener a su lado a Andrés, no sabía si delatar a esos hombres sería la solución o por el contrario les traerían más problemas. Optó por no decir nada y esperar a su marido.

-Mi marido está en el campo trabajando el solo, cuando regrese le pueden preguntar a él si ha visto a alguien.

-Señora no me está entendiendo, tenemos sospechas infundadas de que esos hombres se esconden en su casa, o me dice dónde están en estos momentos o la quemaremos entera.

Inés al oír esas palabras se asustó mucho y les indicó el campo donde se encontraba su marido y la cabaña donde se escondían los desertores, el sargento como acto de castigo mandó sacar al carretero y a la señora y prender fuego a las estancias de la casa mientras ardía cogió a sus hombres y se dirigieron al campo donde Inés les había indicado.

Los vecinos empezaron a sacar cubos de agua para intentar sofocar el fuego, salieron mujeres de todas las casas y se iban alternando para lanzar cubos en el interior mientras Inés paralizada no podía hacer nada viendo cómo se quemaba su casa, hasta que una vecina la cogió por el brazo y se la llevó al interior de su casa. Empezaron a llegar los hombres que estaban en los campos más cercanos del pueblo, que viendo el humo desde donde se encontraban ya presagiaban algo malo, se unieron a las mujeres para sofocar el incendio, hasta José el carretero incluso con las dolencias que le acechaban contribuyo a tirar cubos de agua, pudieron entre todos apagar el fuego y observar que la casa no había sufrido daños irreparables, tan solo tizne por todas las habitaciones de la planta baja.

Andrés que desde el campo también vio el humo presagió un mal mayor, fue corriendo hasta la cabaña de pastor para alertar a los dos hombres que asustados salieron corriendo campo a través, Andrés se fue corriendo hacia el pueblo, por el camino se encontró a los cinco soldados que le preguntaron donde se encontraba el campo de Andrés, era evidente que no le conocían, les dijo que estaban hablando con él y lo detuvieron preso, le preguntaron por la cabaña de pastor, y Andrés les acompañó, les dijo la verdad, que

unos hombres le habían pedido cobijo y les había indicado una cabaña donde poder pasar unas noches.

El sargento acompañado de los soldados y de Andrés se dirigieron a la cabaña y allí pudieron comprobar que había signos de haber estado ocupada, pero no había nadie.

- ¿Cuánto hace que se han ido? Preguntó el sargento

-No sé cuánto hace que se han ido, desde ayer que no los he visto.

-Creo que tenemos a tu hijo bajo custodia, ¿no querrás que le ocurra nada malo?

-Le juro que no los he visto partir, no sé dónde pueden estar en estos momentos.

-Yo tampoco lo sé, pero no tardaremos en saberlo, marchad dos de vosotros al pueblo, ejecutad al chico.

Andrés en ese momento la tensión pudo más que él y confesó que habían partido hacia poco, les indicó la dirección que habían cogido, el sargento cogió a dos hombres más y les ordenó que les siguieran el rastro, él iría al pueblo y dejaría detenido al padre con el hijo y un retén de vigilancia y los otros hombres con el sargento les darían alcance en unas horas, les mando dirigirse hacia Valderrobres.

Goyo y Cayetano se habían escondido en una cueva de piedra caliza no muy lejos de la cabaña, dudaban si mantenerse allí o salir en dirección Valderrobres, pensaron en la mentalidad castrense y que harían ellos si estuvieran en la misma situación, esa mentalidad les libró de ser descubiertos en pocas horas ya que el escamote se dirigía con celeridad hacia el otro pueblo y los hubiesen atrapado sino ese mismo día al siguiente, sabían bien cómo actuar, como seguir un rastro, se habían especializado en esos temas y lo dominaban a la perfección, por eso cuando llegaron a Valderrobres y no habían encontrado ninguna pista no

dudaron ni un instante en dar media vuelta y seguir por el camino que ya habían realizado, a mitad del camino se encontraron con el sargento y dos soldados más, le indicaron que no había rastro del paso de los dos hombres y el sargento les creyó, dieron todos media vuelta y regresaron a la cabaña para encontrar algún rastro desde ese punto.

Allí empezaron hacer una búsqueda en circulo para encontrar el rastro, no les costó nada encontrar huellas de cuatro pies a la punta del campo y en esa dirección se dirigieron todos sin hablar, sabían que el ruido iba contra sus intereses, más adelante volvieron a encontrar más huellas y ya prepararon sus mosquetones, los querían vivos pero si no había alternativa los devolverían muertos, a más de uno el corazón le latía con fuerza, sentían que los tenían cerca y eso aumentaba su alegría, cuando pasaron cerca de la cueva los dos hombres allí escondidos oyeron los pasos, eran conscientes que se habían equivocado en su decisión, cuando los soldados avisaron al sargento que habían encontrado una cueva con huellas en la entrada este empuñó su mosquetón y dirigiéndolo hacia la entrada de la cueva les gritó que salieran.

-Salir de ahí dentro, estáis rodeados, este viaje se ha terminado.

-No disparen, se oyó desde dentro, saldremos con las manos en alto.

Los dos tercios salieron con las manos en alto y el sargento los hizo tumbarse en el suelo, comprobó que eran los soldados que buscaban y les ató las manos por detrás con una cuerda, estaba claro que el viaje se había terminado, ya los tenían y para el sargento fue un motivo de orgullo, los llevaron hacia el pueblo y los introdujeron en la casa en que estaban alojados, allí se encontraron con Andrés y Pere que se miraron a los ojos y no se dijeron nada.

Los mantuvieron encerrados en una habitación bien custodiados, el sargento junto a los soldados se puso en la cocina, le pidieron a la casera que les hiciese algo de comer y que sacase el vino de la bodega, celebrando así la detención de los dos desertores.

Tenían detenidos a Andrés y a su hijo que los llevaron a la cocina para hablar con ellos, no tenían claro que hacer con ellos, no querían dejarlos como si no hubiese pasado nada, pero también sabían que era gracias a ellos que habían podido dar con los dos hombres, se presentó Inés para hablar con el sargento, pero no consiguió que los dejase libres, se fue para casa con el corazón pequeño, sufriendo por su familia, por su marido y por su hijo, al llegar a casa no pudo hacer nada más que esperar, y la espera fue tremenda en esa cocina negrizca por el fuego, todavía olía a quemado y la imagen de esa cocina familiar era desastrosa, Inés intentó poner en orden la casa, esperando que saliera su familia de ese maldito calabozo para poder poner una capa de cal.

En la casa donde se encontraban los soldados el sargento miraba fijamente al hombre y al chiquillo, quería dar una lección y que al llegar a Xerta fuera convincente con sus superiores. No sabía que hacer, dudaba, se levantó y se dirigió a los dos con un tono suave.

-Tu, chiquillo me engañaste, me mandaste a Valderrobres a sabiendas de que esos desertores los tenías en la cabaña.

-Y tú, Andrés, en primer lugar, nos engañaste y al final bajo presión nos dijiste la verdad y gracias a eso pudimos detener a esos hombres.

-No puedo aplicar un castigo igual a cada uno de vosotros, debe ser diferente, lo tengo claro, pero no sé cómo aplicarlo, id a la habitación custodiada y mañana lo aclaramos.

Los soldados los metieron a empujones a la habitación junto a los otros dos hombres, el sargento dio órdenes de que escuchasen todo lo que hablaban y le tuvieran informado, era una faena que

se iban doblando de dos en dos así el sargento de esa manera castigaba a los insurrectos de Valderrobres. Dentro de la habitación no se oía hablar, así que los soldados de guardia bajaron la intensidad y ya no prestaban atención, sin saberlo los cuatro hombres que estaban dentro empezaron a susurrar, por contra de lo que se hubiese imaginado cualquiera no se recriminaron nada, estaban todos unidos y asustados.

Vosotros dos podéis estar tranquilos, que no harán nada, no habéis hecho nada, mañana os dejarán tranquilos.

-Eso espero, Inés debe estar muy preocupada, no sabe nada de nosotros.

-Hoy me ha parecido oír su voz, estaba hablando con el sargento.

-Así todavía debe estar más preocupada sabiendo que nos tienen retenidos.

Goyo, Cayetano, Andrés y Pere se tumbaron uno al lado de otro mirando hacia el techo de la habitación y permanecieron así sin mediar palabra hasta que se fueron durmiendo uno tras otro, no podían hacer nada más, sabían que no les traerían comida ni agua, en esa postura y despertándose de vez en cuando pasaron la noche.

Por la mañana se abrió la puerta y ya estaban los cuatro despiertos, cogieron primero a Pere.

-El sargento quiere hablar contigo primero, vamos.

-Chaval, ¿porque me engañaste?

-Señor, estaba asustado, no sabía que nos podría pasar.

-Sabes que te has puesto en una grave situación, tú y a tu padre.

-Señor, no era mi intención hacerles pasar un mal momento, el miedo me superó.

-Sabes que tendría que hacer contigo ahora, pegarte un tiro y dejarte aquí mismo, a ti y a tu padre, pero no lo haré, quiero que tu padre se acuerde toda su vida del Sargento López.

El sargento dio órdenes a los soldados que cogieran al chico y se lo llevasen a las afueras del pueblo, los soldados sabían perfectamente que quería decir eso y así lo hicieron, se llevaron al chico arrastras mientras se podía oír las suplicas de Andrés desde dentro la habitación, pero las suplicas no sirvieron para nada, el silencio se apoderó de la casa y solo se rompió con un estruendo seco, un tiro en la nuca mientras Pere estaba arrodillado delante de una acequia, la sangre corrió por el agua a la misma velocidad que Inés corría hacia la casa donde se encontraba su marido, en la habitación los tres hombres no daban crédito a lo que sus oídos habían escuchado, en ese momento entró un soldado a buscar a Andrés y lo llevó delante del sargento que inmóvil a lo sucedido le espetó.

-Muy bien Andrés, sepas que acabo de justiciar a tu hijo por las mentidas que nos dijo y a ti te tendría que hacer lo mismo por esconder a esos hombres, pero no lo haré, te dejaré vivir para que recuerdes este momento cada día hasta el final de tus días, quiero y deseo que te acuerdes de mi cara toda la vida, nadie intenta engañar al sargento López.

En ese momento se oyó golpear la puerta y un soldado fue abrir, era Inés desesperada, a gritos preguntó dónde se encontraba su hijo, su desesperación se veía reflejada en su cara, su rostro demacrado no quería oír lo que se imaginaba, al final el sargento la detuvo con determinación.

-Tu hijo ha muerto, deja ya de gritar.

-Asesino, gritó ella, mirando después la cara de su marido, dijo:

-No has hecho nada para impedirlo, han matado a nuestro Pere, Andrés, sabes que quiere decir esto, por Dios Andrés, está muerto.

Por la cara empezaron a salir las primeras lágrimas, fruto de la compresión de la desesperación, empezó a asimilar que nunca más vería a su hijo en vida, Andrés por su lado empezó a llorar y a gritar que la culpa era de esos dos hombres, que antes de llegar ellos vivían tranquilamente, desde la habitación Cayetano y Goyo no daban crédito a lo que estaban viviendo, todo ese dolor por culpa de ellos.

El silencio se apodero de la habitación, habían llegado muy lejos pero el precio que habían pagado era muy alto y estaban detenidos por los tercios, eso significaba que los llevarían al campamento y les harían un consejo de guerra por desertores.

El sargento mandó a Andrés y a su mujer que se fueran de la casa, allí ya no tenían nada que hacer y los dos cabizbajos y apenados salieron, al pasar junto al sargento Andrés no pudo más y le espetó:

-Te juro que no pararé hasta vengar la muerte de mi hijo, soy un labrador, no un soldado y no sé cómo vengarme, pero esto no quedará así.

-Cállate campesino y vete para casa antes de que cambie de opinión, le dijo con voz grave.

Cayetano y Goyo estaban preparados para partir hacia Xerta, sabían que sería un viaje duro, estaban convencidos que irían atados de manos y así fue, salieron a primera hora de la mañana con la mano derecha de uno atada a la mano izquierda del otro, las otras manos las tenían libres para poder aguantar el equilibrio mientras iban andando, mientras duró el trayecto hasta Xerta su pensamiento solo estaba en escarparse y cómo hacerlo, pero había demasiados hombres custodiándolos y desistieron de ese proyecto, no lo hablaron pero con las miradas ya se entendían y se pusieron de acuerdo, escapar no era posible, al menos por el momento.

*

Llegaron al anochecer al campamento de Xerta donde quedaron custodiados por otros soldados, un escamote de tres hombres se dirigieron hacia el norte en busca de los tercios que los estaban buscando para darles la noticia y abortar su búsqueda, a los dos hombres los encerraron en una habitación atados de manos y sin comida, un poco de agua tan solo les ofrecieron y la tuvieron que compartir a partes iguales, se tumbaron en el suelo mirando el techo, esa postura era la única cómoda dadas las circunstancias y así se durmieron.

-Goyo, has visto como nos ha cambiado la vida en un instante.

-Si Cayetano, creo que debíamos salir más rápido de la zona de peligro, pero que le vamos a hacer, hemos hecho lo más apropiado en cada momento y no hemos cometido errores, han tenido un golpe de suerte al encontrarnos.

- ¿Qué crees que nos espera en Tortosa?

-Un tribunal de guerra seguramente, no creo que nos condenen a muerte, pero si a trabajos forzados.

-Sabes que el único camino que nos queda es intentar escapar cuanto antes, no podemos llegar a Tortosa.

-Será difícil, visto como nos vigilan los soldados, tenían ganas de encontrarnos y lo han conseguido.

Los dos hombres se durmieron, de esa forma engañaban al hambre, sabían que no les llevarían nada de comer, dejarían que las fuerzas fueran desvaneciéndose, de esa forma sería más difícil poder hacer un intento de escaparse.

Los despertaron a gritos, todavía era de noche y no entendían nada, había llegado el escamote con el capitán y quería verlos, en la habitación entraron unos soldados con unos candiles de aceite y después de ellos entro el capitán muy enfadado, era lógico, no

los había encontrado él sino otros y eso lo irritó muchísimo, les saludo a base de patadas por todo el cuerpo, los dos hombres no podían hacer nada más que aguantar ya que estaban atados el uno con el otro con la cuerda en sus muñecas, el capitán no cesaba con sus golpes y se protegían la cabeza con la mano libre, parecía no tener fin ese desahogo cuando de repente el capitán ceso con las patadas y pudieron respirar tranquilos.

-Que les den algo de agua y de comida, no quiero que mueran antes de llegar a Tortosa, dijo el capitán.

-A sus órdenes mi capitán, ahora les traigo algo de comida.

Pero el soldado se fue a la cocina y en un cuenco puso algo de agua, lo llevo a los dos desertores y les dijo:

-Que os aproveche el agua, de comida no hay nada, para seguir viviendo con un poco de agua es suficiente.

Los dos cuerpos maltrechos sólo les faltaba esto, llevaban ya dos días sin comer nada y bebiendo muy poco, oyeron fuera de la habitación las carcajadas del sargento y el capitán, estaban de celebración, una gran fuente con conejo asado y vino es lo que les preparó la señora de la casa ocupada, llevaban varios días instalados en esa casa, por suerte los soldados allí instalados salían a cazar cada día y les traían aves y conejos, por lo demás nunca habían tenido tanta comida en la despensa, de eso se encargaba cada día un escamote que iba por las casas a saquear lo que podían, la gente del pueblo no les habían dado la espalda ya que eran conscientes que les tocó a ellos tenerlos en su casa como hubiese podido ser otra.

Cayetano y Goyo se durmieron con sus manos entrelazadas por culpa de la cuerda, no cogieron un sueño profundo ya que la incomodidad de la postura y la falta de comida eran un problema, sabían que cada día que pasaban sin comer era un día perdido para intentar escapar, cada día tenían menos fuerzas, así de esta

forma se durmieron, la noche fue larga, parecía que el sol no quisiese salir nunca.

A primera hora de la mañana todos los soldados dormían, la gran cantidad de vino que se habían tomado la noche anterior les pasaba factura, fuera en la calle paseaba Andrés cabizbajo, tenía claro que quería vengar la muerte de su hijo, lo que no tenía tan claro era si esa venganza pasaba por asesinar a sangre fría al sargento, sabía que acto seguido el que moriría después sería él, y no tendría tiempo de saborear la venganza, mientras daba vueltas al asunto se le ocurrió que lo más importante para el sargento era la detención de esos dos hombres y empezó a planear como podía sacarlos de ahí dentro, sabía que eso enfurecería mucho al sargento y pondría en evidencia su labor.

Andrés se fue a casa de Manuel, el parentesco que les unía se mantenía vivo a pesar de la distancia, al llegar a su casa estuvieron hablando con Mercedes sobre el tema de los dos soldados, sin duda eso les unía un poco más.

Andrés se quedó a cenar y a dormir en casa de Mercedes y Manuel, sus primos de Xerta, en un principio no dijo nada a los propietarios de la casa del verdadero motivo por el cual se encontraba en el pueblo y ellos poco se lo imaginaban, una vez sentados delante del fuego en la cocina fue explicando con todo detalle el motivo de la visita, cuando explico que le habían asesinado a su hijo los soldados un mar de lágrimas rebosó de forma suave por la cara de Manuel y Mercedes que se encontraban a su lado, Manuel le puso la mano encima de la rodilla tiernamente, así pasaron unos minutos que se hicieron eternos hasta que Mercedes reanudo la conversación.

- ¿Andrés, como se encuentra Inés?

Preguntó Mercedes en voz baja.

-Encerrada en casa sin querer salir

- ¿y cómo es que has venido hasta Xerta?

-No lo sé, tenía que hacer algo, no podía quedarme encerrado en casa, y en el campo lo tengo todo adelantado gracias a Goyo y a Cayetano. ¿Por cierto, sabéis que los han arrestado por desertores?

-Qué lástima, les tengo un buen recuerdo, a nosotros nos ayudaron mucho en el campo, adelantando mucha faena en la cosecha antes de que llegara el primer escamote de soldados, tuvieron que huir rápidamente hacia vuestra casa.

-Ya me contaron como los ayudasteis, ellos estaban muy contentos con vuestra hospitalidad.

- ¿Creéis que podríamos ayudarles en alguna cosa?

Preguntó Andrés.

-No Andrés, los soldados van armados y hay muchos ahora.

Respondió Mercedes.

Así fueron pasando la tarde mientras el sol se ponía detrás de las montañas, llegó un momento en que Mercedes se puso en pie y dijo a los dos hombres que les preparaba algo de comida, al darse la vuelta se puso a llorar, junto a su hijo y al hijo de Andrés e Inés ya eran dos de la familia asesinados por los soldados del reino y eso la hizo pensar.

Mientras sacaba de la olla que estaba encima del fuego las patatas, los garbanzos, las judías blancas y algo de carne miró fijamente a Andrés y ante el asomo de su marido dijo.

-No podemos quedarnos cruzados de brazos, alguna cosa debemos hacer, se lo debemos a nuestros hijos.

- ¿Pero que se te ocurre Mercedes?

Preguntó Manuel sorprendido.

-Nada por el momento, ahora es momento de cenar, ya tendremos tiempo de pensar en algo. ¿Tienes que volver pronto a Arnes o dispones de tiempo?

-Tengo tiempo, le dije a Inés que iba a Tortosa a mirar una mula y que no sabía el tiempo que me ocuparía.

-Pues ahora te necesitamos aquí, esta noche pensaré en alguna cosa, algo haremos.

Y fue de esta manera que empezaron a comer cada uno de su cuenco, sin decirse nada ni tan solo mirarse a los ojos, el silencio solo era roto por el sonido de sus bocas al masticar ese delicioso manjar que había preparado Mercedes. Después de cenar se pusieron otra vez delante del fuego, no hacía mucho frio, pero las llamas eran una distracción.

Andrés salió a la calle para hacer sus necesidades, justo al final de la calle había un campo que utilizaban los vecinos para tal fin, al terminar entró en la casa y la cerró por dentro con una madera, en ese momento pensó en la pérdida de su hijo y que poco tenía que perder, como mucho me mataran, pero merece la pena intentarlo, pensó, y con ese pensamiento entró en la cocina y se sentó al lado del fuego junto a los demás.

Mercedes le preparó una manta en la cama de su hijo y le dijo que podía utilizar esa habitación, Andrés agradecido entró en ella y se despidió de sus primos con unas buenas noches y un abrazo a los dos.

-No pienses más por hoy y mira de descansar, tu cuerpo lo necesita, llevas muchas horas de camino y el cuerpo debe recuperarse. Andrés se tumbó en la cama, se tiró la manta por encima y se quedó dormido al instante, los propietarios de la casa hicieron lo mismo, se fueron a su alcoba y con un dulce beso se desearon las buenas noches.

*

En Arnes ese preciso momento estaba Inés delante del fuego, sin haber cenado nada y mirando las llamas, estaba pensativa, pensaba en su hijo y no paraba de darle vueltas en que habían hecho mal para terminar así, pensaba en su marido, sabía que estaba en Xerta, que no llegaría a Tortosa para comprar la mula, ni tan siquiera había cogido el dinero, unos maravedís en curso legal que tenían guardados en la alcoba, solo deseaba que no hiciera nada que le pusiera en peligro, pensó que con un muerto en la familia había suficiente, no quería que fuera él el próximo y con ese pensamiento se fue a la cama a descansar.

En Xerta, en la casa donde estaban los soldados todos estaban despiertos todavía, todos menos Goyo y Cayetano, la falta de alimentos lo suplían intentando dormir, si gastaban pocas energías seguro que podrían sobrevivir, lo tenían muy claro y eso intentaban hacer a pesar de los gritos de los soldados, parecía que quien más alto gritaba más razón tenía, hasta el punto de que el capitán ordenó al sargento que bajaran el tono ya que empezaban a dolerle los tímpanos.

Por la mañana amaneció nublado, una fina capa de nubes eran más que suficientes para no dejar pasar los rayos del sol, esa mañana gris hacía más tenue el pueblo, y los ánimos de la gente, que en cuenta gotas iban saliendo de sus casas para dirigirse al campo, unos con el animal, otros sin, pero todos llevaban algo de pan y carne cocida dentro del bolso que servía para tal fin, en esa época en las zonas rurales no les sobraba nada pero podían comer cada día, con los productos que ellos mismos elaboraban de sus tierras y animales.

En casa de Manuel todos dormían, Mercedes también a esa hora, el día iba transcurriendo como una jornada normal, el capitán había cogido un caballo y partió hacia Tortosa para recibir órdenes de cómo actuar con los reos, iba acompañado de un escamote de soldados que siempre le acompañaban en sus salidas, sería un

viaje rápido, llegar a comandancia exponer la situación y por la tarde volver a Xerta. Tal y como lo había previsto a media mañana estaba en comandancia de Tortosa, mando a sus hombres que fueran a dar de comer y beber a los animales y les prohibió que bebieran vino, quería mantener la compostura de su escamote a ojos de sus superiores, expuso al coronel jefe como se había desarrollado la detención , los días que tardaron y las estrategias que utilizaron, como si hubiese sido él el que había mandado a sus hombres en aquel cometido, no apeló en ningún momento al sargento, el coronel estaba contento, no había conseguido detener a todos los desertores pero si un buen número, una mayoría que tenía encerrados en una tienda de campaña que utilizaba de prisión, el trato a los reos era correcto, les daban comida y agua una vez al día, no tenían la misma suerte los que estaban en Xerta que todavía no habían probado bocado en los últimos días, para ser más exactos desde la detención.

El capitán expuso con todo detalle cómo eran tratados, pero hizo omisión del tema de la comida, incluso llegó a decir a sus superiores que les daban de comer una vez al día y dos veces agua, sus mandos consideraban que con esa cantidad tendrían suficiente para mantenerlos vivos y lo suficientemente débiles para no intentar escaparse, los quería a todos en Tortosa, no tenían claro todavía el escarmiento debido a las otras labores de campo, pero sí que tenían claro que deberían ser ejemplares, creían que en poco tiempo deberían enfrentarse al ejército francés o a los rebeldes catalanes y tenían que frenar cualquier acto de desacato o deserción, que de buena tinta sabían que existían y esperaban estar en combate para desaparecer en medio del tumulto.

Con ese quebradero de cabeza el coronel dio órdenes al capitán que en un plazo máximo de cinco días deberían personarse en Tortosa con los dos reos, dejando el flanco oeste sin militares ya que no había motivo para mantenerlos en ese enclave.

Después de abrevar a los animales los soldados junto a su capitán salieron de Tortosa en dirección Xerta, al trote no tardaron mucho en llegar, en la casa estaba todo tranquilo y el sargento le preguntó al capitán por los hechos sin recibir respuesta alguna.

El capitán dio orden de poner un cuenco de comida para cada uno de los reos junto con una jarra de agua, los dos hombres al recibir la comida no daban crédito a lo que estaban viendo sus ojos, comieron con los dedos de una mano, la que tenían libre, todo lo que había dentro, Goyo se percató que un trozo más duro de lo habitual era una piedra puesta adrede pero no le dio importancia y la sacó del cuenco, Cayetano por el contrario se la comió como si nada delante de las risas de los soldados, a él le daba igual, ni la había notado, con el estómago lleno llegó la hora de hacer sus necesidades, no los desataron y tuvieron que ir juntos acompañados de dos soldados con su mosquetón, pasaron por delante de la casa de Mercedes donde habían estado escondidos al principio, eso les llevó buen recuerdo, mientras continuaban andando hasta el campo al final de la calle, allí mientras hacían sus miseras necesidades en una postura más que humillante y con los soldados mirándoles y haciendo mofa con sus mosquetones se abrió la puerta de la casa de Mercedes y Andrés se los quedó mirando, enseguida lo reconocieron y ese con una mirada de fortaleza asintiendo con la cabeza les estaba diciendo que no los dejarían solos, se levantaron los dos hombres a la vez para no caerse encima de sus heces y se dirigieron a la calle con las manos atadas, no se podían permitir grandes posturas de libertad. Al pasar otra vez por delante de la casa de Mercedes un soldado empujó a Andrés hacia dentro y le dijo que cerrara la puerta, mientras eso sucedía tuvieron tiempo de mirarse a la cara, a corta distancia y de Cayetano salió una ligera sonrisa de sus labios más que resecos, estaba claro que nadie sabía que hacer, lo que si quedaba claro es que con los brazos cruzados no se quedarían.

Entraron de nuevo en la habitación y los cerraron por fuera, en el momento de golpear la puerta un trozo grande de pan con carne frita volaba desde una ventana a dentro del recinto donde se encontraban los dos hombres, lo compartieron a partes iguales y no dejaron ni las migas, no fuese eso que los delatase y cerraran la ventana, sabían que Manuel, Mercedes y Andrés estaban detrás de todo eso y habían encontrado una manera de tenerlos alimentados.

Esa noche durmieron bien, comentaron que ese día no era el adecuado para darle vueltas a la cabeza, esa noche era para descansar como personas con el estómago lleno y así fue como conciliaron el sueño.

Por la mañana antes de que saliera el sol volvieron a escuchar el mismo ruido, Goyo se despertó y vio de nuevo un trozo de pan en el suelo y acto seguido cayo un trozo grande de carne de cerdo cocida, despertó a Cayetano ya que continuaban atados por las manos con una cuerda bien atada, habían intentado deshacerse de esta varias veces pero el nudo estaba tan bien hecho que cuanto más lo intentaban más se apretaba, tan solo con la ayuda de un cuchillo podían deshacerse de la cuerda, cuando Cayetano despertó Goyo le hizo el signo de silencio y le señaló la comida, se acercaron de rodillas hasta donde había caído y allí mismo se lo comieron a partes iguales. El capitán había dado órdenes de darles de comer una vez al día pero el sargento hizo caso omiso de sus órdenes, celebraba por sus adentros que esos dos desertores se estuvieran muriendo de hambre, en el fondo de su ser quería enterrarlos en Xerta, su odio hacia ellos y hacia el capitán era muy fuerte, sabía que si llegaban a Tortosa todos los méritos se los llevaría el capitán, que hubiese sido él el que encontró a esos hombres y todos los agradecimientos fueran para el capitán no le dejaban estar tranquilo y satisfecho, incluso llego a pensar que si el capitán sufría un accidente y moría a él lo ascenderían a capitán.

*

El sargento López ascendió como por casualidad, sus habilidades en el campo de batalla no eran su fuerte pero sabía mandar a la tropa, por su parte el capitán tenía habilidades castrenses y su punto débil era el mando a la tropa, motivo por el cual siempre daba las órdenes y con suma educación a sus subordinados, el capitán era una persona poco ambiciosa a diferencia del sargento, entrenado en la escuela castrense de Toledo y siendo el primero de su promoción, cosa que el sargento no ignoraba y su envidia era todavía mayor. Ese día y por orden directa del capitán que ya conocía bien al sargento entraron en la habitación dos soldados con dos cuencos y los restos de comida de la cena anterior para entregárselos a los reos, se lo comieron rápidamente y pidieron agua, aprovechando la presencia en la puerta del propio capitán, ese dio orden de llevarles agua que se la bebieron toda, la deshidratación empezaba hacer mella en sus debilitados cuerpos, piel reseca, ojos hundidos, labios cortados, con unas hendiduras que parecían surcos en un campo, los pies también padecían de esa deshidratación, hinchados y casi azules, el capitán al ver que ya habían bebido se fue dejando a los dos hombres solos con los soldados, uno de ellos les preguntó si querían más agua a lo que respondieron que sí, fue entonces que el soldado volvió con dos cuencos llenos de agua y se puso delante de los dos hombres que estaban arrodillados como si pidiesen limosna, en ese momento el soldado vertió el agua de los cuencos encima de la cabeza de cada uno de los reos junto a una palabras.

-Estáis casi muertos, dejadme que os bautice antes de morir, en nombre del padre, del hijo y del espíritu santo.

Esas palabras las decía lentamente mientras el otro soldado empezó a reírse a carcajadas, no podía parar de reír viendo esa estampa, al oír ese ruido se acercó el sargento a la habitación a ver qué pasaba, se acababa de despedir del capitán que salió con

los hombres para reconocer el terreno, cuando vio el panorama se puso a reír él también.

- ¿Qué ha pasado aquí dentro?

Preguntó el sargento entre risas y el soldado que tenía los dos cuencos en la mano le explico mientras el otro soldado no paraba de reír.

-Los he bautizado mi sargento, que no mueran sin estarlo y empezó a reír como un poseso.

El sargento riéndose se acercó a los dos hombres y pegando una patada en la cabeza de Goyo dijo.

-Pues ahora que ya están bautizados les daré los últimos sacramentos.

Empezó a reír como un poseso mientras acercaba un dedo de la mano derecha a la sien de Cayetano, cuando lo tuvieron tan cerca se miraron los dos a la cara, el sargento con tantas risas no se percató de esa mirada y en un acto casi reflejo levantaron Cayetano el brazo izquierdo y Goyo el derecho y con la cuerda rodearon el cuello del sargento, que paso de reír acaloradamente a abrir los ojos como dos soles de incredulidad, en ese momento los dos reos se pusieron en posición fetal con el sargento de por medio, las patadas no se hicieron esperar y cuando tuvieron un momento Goyo alcanzó a decir.

-Parad o lo estrangulamos.

Momento en que los dos hombres apretaron los brazos un poco más y ya se podía oír la respiración contraída del sargento.

-De acuerdo, paramos, pero no matéis al sargento.

Los dos hombres aflojaron un poco la cuerda y se pudo oír al sargento.

-Haced lo que os dicen, cojones.

Los dos soldados se separaron unos metros, mientras una calma tensa inundó la habitación.

-Mi sargento, con su permiso voy a buscar el mosquetón y los mato ahora mismo.

-Ni se te ocurra, que en el primer disparo nos matas a los tres.

En ese momento aflojaron un poco más los brazos y el sargento les pregunto que querían hacer, cuál sería el próximo paso, los dos hombres se miraron y descubrieron que estaban solos en la casa, ya que no vino nadie más con todo el estruendo que habían realizado, Goyo intervino primero.

-Sargento, díganos donde está el capitán y su escamote.

-Han salido a montar sus caballos, no tardaran en llegar, soltadme y no le contaré lo sucedido.

-No creo que le pueda explicar nada, como usted dice, por qué ahora nos levantaremos sin prisas, ordene a sus hombres que se pongan en un rincón de la habitación.

El sargento obedeció no sin antes notar una fuerte presión en su nuca, sabía que si apretaban un poco más lo desnucarían allí mismo, los soldados se pusieron juntos en un rincón de la habitación y con una voz tranquila Goyo ordenó al sargento que fuera andando hasta la puerta de la habitación.

-Si intentáis hacer alguna cosa extraña lo estrangulamos aquí mismo.

Los dos soldados se mantuvieron en un rincón juntos mientras los dos hombres junto al sargento andaban muy lentamente hacia la puerta, al traspasarla Goyo ordeno a Cayetano y al sargento que fueran girando muy lentamente hacia su derecha hasta quedarse los tres frente a la puerta, en ese momento Cayetano que estaba más cerca la cerró y puso la madera que hacía de cierre, ante su

asombro pudieron ver que los dos soldados no la golpeaban ni gritaban. Goyo al ver la nueva situación se atrevió a decir.

-No gritéis ni hagáis ruido por qué mataremos al sargento, esperaremos en la cocina hasta que llegue el capitán y luego negociaremos un rescate. ¿Queda claro?

-Sí, señor.

Se oyó al otro lado de la puerta, Goyo le guiñó un ojo a Cayetano y en voz baja le dijo al sargento.

-Andando hacia la puerta de la calle, y si intentas algo.

En ese momento apretaron los dos fuertemente de la cuerda dejando sin respiración al sargento, pasados unos segundos aflojaron los brazos y el sargento volvió a respirar.

-De acuerdo, vamos.

Espetó Goyo decididamente y se dirigieron hacia la puerta de entrada de la casa, comprobando con sus ojos que el sargento no los había mentido, no había nadie en la casa, abrieron la puerta con mucha precaución, Goyo se puso primero para sacar la cabeza para mirar a un lado y a otro y comprobar que no había nadie en la calle, también tenía claro que si alguien los veía con el sargento detenido no harían nada, el odio hacia los soldados por todo lo que habían hecho podía con todo, y así fue como empezaron andar rápidamente por la calle en dirección al campo más cercano, repitiendo al sargento que no intentase nada o lo matarían allí mismo.

-Ahora iremos al bosque que hay detrás del campo y allí te soltaremos.

Le dijo Goyo mientras le enseñaba el cuchillo que le había aprehendido de su cinto momentos antes en la habitación.

-No os saldréis con la vuestra, el capitán está al llegar y vendrá a por vosotros.

-Usted vele por su vida y deje al capitán tranquilo.

Así fueron pasando toda la calle hasta que llegaron al campo que utilizaban los vecinos como retrete, no era un campo muy grande, de unos cincuenta metros de ancho por unos cien de largo, lo bordearon por la derecha que se veía más limpio y no tardaron en alcanzar el bosque, allí cogieron un camino y empezaron a andar más lentamente, ya no estaban campo a través y las heridas que tenían en las muñecas fruto de los esfuerzos les dolía mucho, fue en ese momento cuando realmente se dieron cuenta de que eso iba en serio y tenían opciones de conseguir la libertad, aceleraron el paso despreocupándose del dolor en sus muñecas.

Andrés que los vio pasar por la calle sacó la cabeza por la puerta y pudo observar que los árboles y la maleza ya los había cubierto y no se veía a nadie, salió entonces a la calle haciendo caso omiso de los consejos de Mercedes y de Manuel que le indicaban que se quedara dentro de la casa, Andrés se dirigió hasta la casa que tenían ocupada los soldados vio la puerta abierta y la cerró por fuera, como si allí no pasara nada, debía hacer algo para que sus amigos tuvieran tiempo para alejarse del pueblo, no sabía cómo lo habían conseguido pero estaba claro que se habían escapado, tomó una silla de la cocina y la puso en la calle, al lado de la puerta, esperando a ver si veía regresar al sargento o llegaban los soldados con caballo que habían salido hacía un rato, ni unos ni otros, la calle bien tranquila, respiró profundamente, allí estuvo sentado hasta que lo llamó Mercedes para ir a comer, la comida estaba lista y él preparado para explicar todo lo que había visto.

No se sabe el motivo pero en casa de Mercedes ese día se respiraba alegría y la comida era más rica de lo habitual, una extraña sensación corría por los cuerpos de las tres personas, Mercedes también sacó una jarra de vino, el día se lo merecía, sobre la mesa trozos de pan tostado al fuego con aceite de oliva, un cuenco con patatas, verduras y cerdo cocido, ese día no

comieron en silencio, cerraron la puerta de la casa por dentro, como si fuera de noche, también la puerta de la cocina, así podían hablar sin miedo a ser escuchados por nadie.

-No sé si los volveremos a ver nunca más, pero creo que ya nos han hecho justicia.

Dijo Andrés, las otras dos personas asintieron con la cabeza mientras iban masticando y riendo, después de comer Mercedes y Manuel se fueron a la cama a estirarse un rato, Manuel no tenía faena en el campo y se podía permitir ese lujo, Andrés por su parte volvió a sacar la silla en la calle a ver si pasaba alguien.

Cuando llevaban casi una hora andando por el camino el sargento pidió a los hombres cuando tenían intención de liberarlo, en ese momento se pararon los tres y Goyo decidió que era un buen momento para entrar en el bosque, se miraron a los ojos y con un gesto de cabeza asintiendo Cayetano intuyo lo que deberían hacer, la presión fue tan fuerte que la agonía del sargento fue muy rápida, una vez el cuerpo cayó en el suelo se liberaron de la cuerda alrededor de su cuello, Goyo le cogió la cabeza y con un giro muy rápido oyó como se acababa de desnucar el sargento, al no tener los brazos alrededor del cuello del sargento se sentaron a su lado y Cayetano le cogió el cuchillo con su mano libre y le dijo a su amigo que él se encargaba de cortar las ataduras, así lo hizo, con sumo cuidado fue cortando la gruesa cuerda que los tenía atados, cuando se liberaron pudieron ver como de maltrechas estaban sus muñecas, hasta el punto de verse la carne del interior, azul morado y rojo era el color de su piel, a pesar del dolor cuando el aire toco por primera vez sus brazos sin ataduras un profundo respiro salió de cada boca.

Arrastraron el cuerpo del sargento hasta un hoyo cercano y fueron a buscar ramas para tapar el cuerpo, si lo cubrían bien tardarían muchos días en encontrarlo, ahora lo que debían pensar es en su fuga, allí no se podían quedar.

*

En Xerta Andrés seguía sentado en la puerta cuando oyó llegar los caballos, los vio descabalgar y entrar por la puerta de la casa, al poco rato oyó los gritos de los soldados y carreras de aquí para allá dentro de la casa, finalmente salieron a la calle, se le acercaron dos soldados y le preguntaron.

- ¿Has visto alguien por la calle?

-No señor, desde que estoy aquí fuera sentado no ha pasado nadie.

Le pegaron una patada a la silla y Andrés se fue al suelo, espero que se fueran los soldados y se levantó, cogió la silla y entró en la casa, una vez dentro, Mercedes que lo escuchaba todo le recrimino su acto y lo mandó a la cocina.

-Ya te dije que no salieras a la calle Andrés, esta gente tienen malas pulgas.

-No te preocupes Mercedes, no há sido nada.

Mercedes cerró la puerta por dentro para estar más seguros, fuera los soldados golpeaban con fuerza las puertas de las otras casas, cuando abrían entraban con muy malos modales registrando cada habitación, al llegar a casa de Mercedes golpearon la puerta con fuerza, Manuel sacó la madera de detrás y al momento las dos portaladas se abrieron de par en par entrando a bocajarro no menos de seis hombres, Manuel fue por los suelos y pisoteado por los hombres, entraron cinco directos a la cocina y a las dos alcobas, el que se quedó en la puerta preguntó.

- ¿Cómo es señora que tiene a dos hombres en la casa?

-Uno es mi marido, el otro es su hermano que enviudó hace poco y está aquí con nosotros un tiempo.

- ¿Y tú a que te dedicas pordiosero?

Le espetó a Andrés a unos centímetros de su cara.

-Ayudo en el campo a mi hermano y a cambio me dan comida y cobijo.

El soldado le pegó un empujón y lo mandó por el suelo, Andrés por su parte no se movió, los soldados salieron a la calle gritando a su capitán que esa zona estaba limpia, habían entrado ya en todas las casas de la calle así que el capitán los reunió a todos y continuaron por el pueblo, dejando tranquilos a los residentes de esa calle. Andrés y Manuel sacaron la cabeza por la puerta para cerciorarse de que se habían ido y cerraron por dentro, en ese momento se dieron un abrazo de alegría, por su parte Mercedes también sonriente se los llevó a la cocina donde había puesto encima de la mesa tres vasos llenos de vino.

-Esto hay que celebrarlo.

-Hoy es un gran día, por lo visto se está haciendo justicia.

Dijo Manuel, los tres brindaron y empezaron a beber, ese vino le sabía a gloria.

Dentro de la casa oían los gritos de los soldados por todo el pueblo, que permanecía en silencio y todas las casas cerradas, casa por casa fueron buscando a los desertores y al sargento, la cara del capitán era todo un poema, había dejado al sargento al mando y se le habían escapado los reos, en ese momento pensó que pediría a comandancia que lo rebajasen a soldado una vez solucionado todo ese embrollo, estaba muy enfadado, pero primero debía encontrarlos, estaba convencido que en un momento u otro aparecería el sargento por el pueblo.

Cayetano y Goyo por su parte empezaron a andar por el camino en dirección contraria al pueblo, sabían que el margen que tenían era muy pequeño y eran conscientes que los soldados tenían caballos, lo que les permitía avanzar con suma rapidez por los caminos, ¿pero en qué dirección?, esa ventaja también la tenían

presente, pero deberían alejarse y pronto lo más lejos posible del pueblo. El cielo había despejado, ya no estaba nublado, pero no hacia calor, la primera idea que tuvieron fue pasar al otro lado del rio e ir a la otra orilla, los caballos no podrían traspasarlo, pero había un problema, no sabían nadar. Conocían de palabra unas cuevas al otro lado, Manuel un día trabajando les explico, Cuevas Meravellas, se acordaban del nombre, pero debían pasar al otro lado, se acercaron a la orilla del rio para beber y a lo lejos vislumbraron un pueblo que debía ser Benifallet, pero al pueblo no querían acercarse, al menos durante unos días, cerca del rio agua no les faltaría pero comida sí, y ese era un problema que en esos momentos no les preocupaba, la tarde avanzaba rápidamente y debían encontrar algún sitio para pasar la noche, mientras buscaban el mejor rincón para dormir vieron un barranco no muy pronunciado, pensaron que en su interior estarían camuflados y cubiertos de las inclemencias del tiempo, sobre todo del viento que a esa hora ya empezaba a soplar con fuerza.

La noche transcurrió con normalidad, habían tenido una buena idea ya que el viento no paró en toda la noche hasta entrada la madrugada, en el fondo del barranco no sufrían las inclemencias del tiempo, un poco la baja temperatura, pero ya se habían acostumbrado a dormir sin mantas, también fue la primera noche que no durmieron maniatados con la cuerda y con esa libertad de movimientos consiguieron dormir un poco. Al amanecer se propusieron andar hasta llegar al congosto de Pinell de Brai, también mencionado por Manuel en un día de trabajo, el pueblo estaba a unas cuatro horas andando y allí buscarían la manera de conseguir algo de comida, descartaban entrar en el pueblo ya que los soldados con caballo lo tenían a poco más de una hora y estaban convencidos que cepillarían todos los pueblos del alrededor de Xerta, intentarían conseguir algo de comida para pasar unos días escondidos en la Sierra de Pándols, si alcanzaban

ese objetivo estaban convencidos que los soldados ya no los encontrarían.

En Xerta ya no se oían los gritos de los soldados, habían peinado todo el pueblo y se disponían en silencio a montar los caballos para ir a otro pueblo, no sabían por dónde empezar pero el rio ya les indicaba tres posibles direcciones, al norte hacia Mora, al sud hacia Tortosa o al oeste hacia Arnes, el capitán descarto la opción de Tortosa ya que en esa dirección se encontraba la comandancia y el campamento de los soldados, debía elegir y descartó Arnes ya que es donde los hicieron presos, pues empezó la búsqueda dirección Mora parando en Benifallet, los desertores habían elegido una buena ruta ya que debían desviarse del camino principal para llegar a Pinell de Brai, eso les daba una pequeña ventaja respecto a los soldados.

Manuel observó como salían al galope dirección Benifallet, quería hacer algo, parar a esos soldados y asesinarlos a todos, la rabia le corría por sus venas, pero era consciente que nada podía hacer, tan sólo esperar a que los soldados no encontraran a esos dos hombres.

El capitán era una persona muy recta y castrense por lo que no se desvió ni un palmo de la ruta que tenía en mente, a diferencia de lo que hubiese hecho el sargento que se movía más por intuición, en menos de una hora estaban en la entrada de Benifallet, descabalgaron y empezaron casa por casa a preguntar si alguien había visto a esos dos pordioseros como les llamaba el capitán, no obtuvieron respuesta en ninguna de las casas que preguntaron y se creyeron a esa gente ya que con la cara de sorprendidos no daba lugar a dudas, por allí no había pasado nadie, así que reprendieron rápidamente el camino hacía Mora, no querían darles ventaja a los reos, sabían que Mora era una población más grande y tendrían más oportunidades de encontrarlos, a media tarde llegaron a su destino, irrumpieron en la primera casa que

hay a la entrada del pueblo al lado mismo del rio, pidieron en nombre del rey comida para ellos y para los animales más aposentos para todos los soldados, el propietario estaba tan asustado que no se negó, dejaron los caballos bebiendo en el rio y entraron todos en la casa, la señora de la casa tuvo que recurrir a su despensa para poder dar de comer a tanta gente, lo que el capitán al ver tanta miseria mandó a unos cuantos hombres a caballo a por comida en las casas del pueblo, el terror había llegado a Mora.

Goyo y Cayetano tenían Pinell de Brai a la vista, pero no habían encontrado por el camino ningún huerto así que no disponían de nada para alimentarse, ni tampoco ningún maravedí en el bolsillo, se habían quedado dentro de un trapo que servía para tal fin en casa de Inés en Arnes, vieron pasar a un hombre con su mula dirección al pueblo y se preguntaron si podría ser una buena idea, desistieron al momento y buscaron refugio en una zona rocosa que hay justo antes de entrar en el pueblo, desde allí disponían de una amplia visión del valle, se pusieron a descansar, no era la primera vez que pasaban todo el día sin comer nada, sus cuerpos y ropajes no daba lugar a dudas que serían tratados como pordioseros, estaban sentados encima de una roca en la entrada de una cueva, el sol se ponía por detrás de ellos lo que daba al valle una luz tenue, empezaron hablar y salieron ideas sobre su futuro, incluso teniendo a los soldados persiguiéndoles se sentían libres.

*

En Xerta Manuel, Mercedes y Andrés estaban sentados en el portal de la casa conversando tranquilamente, Andrés les comunicó que mañana mismo partiría hacia Arnes a primera hora de la mañana para estar a medianoche en su casa, estaba convencido de que Inés estaba muy preocupada por él y ya no quería demorar más el viaje, acordaron cenar pronto, pimientos y

berenjenas asadas con leña y pan tostado con aceite fue su manjar, acompañado de un buen vaso de vino, antes de anochecer ya estaban acostados.

Todavía era de noche cuando se levantaron, Mercedes, cauta como siempre, preparó un pan redondo y en su interior puso las berenjenas y los pimientos que habían sobrado de la cena junto a trozos de tocino que había asado la noche anterior mientras cenaban, los desmenuzó y sacó todos los huesos dejando en el interior del pan sólo la carne, Manuel por su parte le aconsejó que dejara el arma allí en la casa, no era buena idea ir por el mundo armado con la que se había liado en el pueblo, tenía miedo si era interceptado por los soldados del capitán y al verle armado le pudiesen hacer algo, Andrés lo aceptó como buena idea y le dejó el arma en custodia, quedaron que si no ocurría algo en unos días, antes de empezar la recolección de las almendras viajarían los dos a Arnes para ver a Inés y aprovecharían para devolverle el arma.

Todavía de noche Andrés se puso en marcha, conocía bien el entorno del pueblo y aunque no había luna llena en la oscuridad se movía muy bien, anduvo toda la mañana sin parar, sólo hacía paradas al encontrar una fuente para beber agua y cuando el sol alcanzó la perpendicular se sentó encima de una piedra, sacó del bolso el trozo de pan con carne y aliñado con aceite de oliva, con un cuchillo bien afilado fue cortando trozos, los iba masticando lentamente, sin prisa, le sabían a gloria y no se apresuraba ya que llevaba buena hora, había adelantado mucho camino, la ilusión de volver a ver a su mujer lo apresuraba, si continuaba a ese ritmo antes de anochecer estaría ya en su casa, termino toda la comida que tenía y de un botijo de piel de cordero bebió un buen trago de vino, el botijo fue un regalo de Manuel, lo que hizo que tuviera más energía que por la mañana.

*

Cayetano y Goyo por su parte habían dormido bien esa noche en el interior de la cueva, estaban fuera de la ruta y desde la cueva situada en mitad de la pared rocosa se sentían a buen recaudo, al anochecer acordaron hacer turnos para vigilar pero después de turnarse varias veces vieron que eso no les servía de nada, allí nunca irían los soldados a caballo por lo que decidieron que era mejor dormir los dos tranquilamente, al amanecer se pusieron a vigilar la entrada del pueblo, nada parecía indicar que los soldados estuvieran por allí, comentaron la posibilidad de adentrarse en el pueblo y pedir comida como limosna, no tenían claro que nadie les abriese las puertas con esas pintas pero tenían que intentarlo, el hambre empezaba a pasarles factura, después de un buen rato de conversaciones acordaron que uno se quedaría en la cueva y el otro iría a por comida, así si llegaban los soldados al menos uno sobreviviría, lo hicieron a suertes, con unas piedras, el que acertaba las que había en el interior de la mano derecha ganaba. Goyo, pícaro como él solo ganó la jugada y fue Cayetano el que tuvo que bajar al pueblo a probar suerte, se dieron un sincero abrazo y se desearon lo mejor, esperaban encontrarse en breve en la cueva, Goyo vio la silueta de su amigo como descendía por la rocosa montaña hasta que lo perdió de vista cuando se metió de lleno en el torrente, suspiró un par de veces y rezó para que su amigo no tuviera problemas, Cayetano por su parte no tuvo ningún problema en superar el barranco y situarse en el camino que le llevaba al pueblo, fue en ese momento que Goyo volvió a ver la silueta en el camino.

Al entrar en el pueblo pudo observar que no había gente por las calles, la población estaba dispersa por los campos y por los huertos, al azar y sin pensar demasiado escogió una casa donde salía humo de la chimenea, llamó tres veces con el puño cerrado en la puerta a lo que en pocos instantes una voz de señora no muy mayor preguntaba desde el interior quien era, a Cayetano se le ocurrió la idea de gritar que era un soldado del reino, al momento

se abrió la puerta y una mujer de mediana edad se quedó asombrada al ver a ese pordiosero, la reacción de Cayetano fue rápida y antes que le cerrara la puerta le asintió un empujón que llevó a la mujer a caerse dentro de la casa, por su parte Cayetano entró rápidamente y cerró por dentro.

-No se asuste señora, no quiero hacerle daño, pero necesito algo de comida urgente.

La señora asintió sin mediar palabra y se puso en pie, con una mano le indicó que se esperase allí y se dirigió a la cocina, después de un buen rato, demasiado para Cayetano, salió con un pan en las manos, Cayetano le pidió también algo de carne a lo que la mujer le susurró que no tenía.

-Señora, somos unos cuantos soldados que hemos sido atacados por los franceses que nos despojaron de ropa y alimentos, si no colabora hare entrar los soldados en el pueblo y será peor.

-No tengo carne, se lo juro, si usted quiere podemos ir a la casa de aquí al lado que tienen más tierras que nosotros y seguro que tendrán más comida.

Cayetano aceptó la oferta y cogiendo del brazo a la señora salieron de casa, justo antes de salir la cogió por el cuello como si la estrangulara y le susurro que no quería ninguna jugada, que si pasaba algo la mataría sin contemplaciones, una vez fuera de la casa la señora le indicó con un dedo de la mano derecha la casa contigua a la suya, llamaron a la puerta y salió un hombre de edad avanzada.

- ¿Qué quieres Juana?

Dijo el hombre que les abrió la puerta.

-Por favor, Diego, tienes algo de comida para este soldado, ha sido atacado por los franceses y no tiene nada.

-Aquí no hay nada de comer, iros por donde habéis venido.

-Se lo pido por favor.

Argumentó con poca esperanza Cayetano, que ya empezaba a ponerse nervioso.

-Le digo que aquí no hay nada, váyase y déjenos tranquilos

Le espetó el propietario de la casa.

Cayetano que había hablado hace tiempo con los soldados que iban a saquear las casas tenía puesta la mirada en la primera biga de madera que se encontraba en la puerta de entrada, sabía que mucha gente escondía el puñal en ese sitio.

-Por favor, ni que sea un mendrugo, con esto tengo suficiente.

El hombre accedió y les indicó que no se moviesen de ahí donde estaban.

-Ahora le saco un trozo de pan.

Fue en ese momento, cuando el hombre entró en la casa para dirigirse a la cocina, Cayetano aprovecho para introducirse un poco más para adentro y con el brazo derecho estirado pudo comprobar que en la linda había un puñal de más de un palmo de hoja bien afilada, lo cogió con firmeza y cuando el hombre salió de la cocina la recriminó porque no se había quedado en la puerta, en ese momento Cayetano le puso el puñal en el cuello.

-Vamos a la cocina y quiero que me des algo de comida, Juana, así te llamas no, pues entra con nosotros.

Y los tres entraron en la casa, Cayetano cerró por dentro y sin dejar el cuello del propietario entraron en la cocina, fue allí donde indicó a Juana que pusiera todas las conservas en un capazo, Diego vio el desespero de Cayetano e indicó a Juana que hiciese lo que le mandaban, empezó a poner el pan que estaba a la vista, unos cuencos con carne conservada en el aceite de la cocción, algunas hortalizas frescas que también recogió de la cocina y al terminar de colocarlo todo Diego le espetó.

-Ahora deja en paz a la señora, ya tienes todo lo que querías.

Cayetano en un acto casi reflejo le clavó el puñal en el estómago del hombre, justo en el lado derecho donde estaban los órganos vitales del hombre.

-Esto por quererme engañar.

Y acto seguido le hundió el puñal en el cuello realizando un corte de tres dedos de profundidad ante el asombro de Juana.

-Tú te lo has buscado, a mí nadie me trata como un pordiosero y menos alguien como tú.

El hombre perdió la vida en unos segundos, dejando el suelo lleno de sangre.

Juana que lo había presenciado todo quedó atónita y sin mediar palabra ni gesto alguno se puso a llorar.

-No llores mujer y no hagas ruido sino serás tú la siguiente, vámonos.

Le espetó como si nada hubiese ocurrido, Cayetano cogió el capazo y el puñal ensangrentado y le indicó que salieran de la casa, entraron rápidamente en casa de ella sin que ningún vecino se percatase de la situación, en ese momento Juana le suplicó clemencia y le dijo otra vez que no tenía nada más para darle, que esperaba a su marido para que le trajese algunas hortalizas del huerto para preparar algo de comida, Cayetano se la creyó y le dijo que ahora se iría por donde había venido, y si quería salvar su vida ella no había visto nada, ni oído nada, de esta forma salvaría su vida y la de su marido.

Cayetano cogió el capazo lleno de comida y se fue por el camino por donde había llegado, andando rápidamente, casi ahogándose. Desde lo alto Goyo vio a su amigo subir con un capazo lleno de comida y se alegró muchísimo, desconocía como lo había conseguido, pero estaba claro que traía comida, al llegar a la cueva

Cayetano dejó el capazo en el suelo y abrazó a su amigo, Goyo no entendía nada, pero era evidente que en el pueblo algo había sucedido.

-Tenemos que irnos de aquí Goyo, no sé qué me ha pasado, pero he matado a un hombre.

-Tranquilízate Cayetano y cuéntame cómo ha pasado todo.

Su respiración empezó a calmarse, entre lo sucedido y el ritmo que había subido la cuesta casi no podía hablar, una vez sosegado empezó a contarle todo lo sucedido a Goyo y este no daba crédito a lo que sus oídos oían, no era necesario matar a nadie para conseguir comida, pero ya estaba hecho, ahora deberían desaparecer de la zona ya que sus vidas corrían peligro.

El capitán dio órdenes de organizar tres escamotes de tres personas cada uno, él y su soldado de confianza se quedaron en la casa supervisando la comida que tenían en logística, al observar que no tenían suficiente para alimentar a todos los soldados cogió al soldado y al propietario de la casa y se adentraron dentro del pueblo, los dos hombres a caballo y el propietario de la casa con un carro tirado de una mula, con la intención de almacenar comida y algo de vino para sus subalternos, al llegar a la primera casa del pueblo se iban cerrando todas las puertas, algo presagiaban los ciudadanos de ese pueblo que las cosas no irían bien, al capitán eso no le preocupaba ya que tan solo mencionar de que abriesen en nombre del rey sabía que podía conseguir lo que quisiese, y así lo hizo, llamaron con fuerza en la primera puerta gritando y al momento se abrió, nadie oponía resistencia. Poco a poco, casa por casa fueron almacenando alimentos frescos y en conserva, junto con alguna bota repleta de vino.

-Los soldados estarán contentos, dijo el capitán al soldado.

Cuando tuvieron el carro bien lleno dieron por terminada la operación, el propietario de la casa no daba crédito a lo que veían

sus ojos, nunca había visto tanta comida y vino juntos, el capitán que observaba al carretero le dijo.

-Tu ponte tranquilo que no lo gastaremos todo y lo que sobre irá a tu despensa, es el sueldo que te pagaremos por el alojamiento.

Al hombre se le hicieron más grandes todavía los ojos, tan sólo que gastasen una cuarta parte de lo que llevaba en el carro él y su familia tendrían comida para más de un año, y así de contento regreso junto al capitán y el soldado para su casa.

Empezaron a llegar los escamotes uno a uno, sin noticias de los reos, el capitán no se puso nervioso, lo más probable es que no estuviesen por allí, había hecho sus cálculos y sabía que con los caballos habían avanzado mucho, lo que le preocupaba es que los hubiesen adelantado y los reos se hubiesen percatado, cosa que hubiese hecho cambiarles la ruta, se sentó en la mesa de la cocina junto a un buen vaso de vino, los soldados estaban charloteando fuera de la casa también con una buena jarra de vino, empezó a mirar un mapa de la zona en un papel apergaminado, el hecho de tener un mapa ya indicaba la superioridad del personaje, pensó que hubiese hecho él en el sitio de los reos y eso le dio una idea, después de Benifallet dirigirse a Pinell de Brai para esconderse en las abruptas montañas, eso era demasiado evidente pero era una opción a tener en cuenta, también pensó en que les costaría menos esfuerzo conseguir algo de comida en un pueblo tan grande como Mora que en un rincón de mundo alejado de los pueblos, analizó y no descartó nada, ahora era el momento de preparar una gran cena y que los hombres beban y se diviertan un rato, que ya se lo merecían, pensó y así fue como le pidió a la señora de la casa comida para once personas sin que les faltase de nada y les indicó que ya podían hornear el pan que habían preparado previamente con la harina requisada.

Pan recién horneado, hortalizas cocidas en el horno, carne magra de cerdo recién cocida en las brasas y un buen vino de

acompañamiento, los soldados estaban pletóricos y así lo festejaron, el capitán les raciono el vino, al día siguiente los quería en plena forma ya que les esperaba una buena jornada a caballo, partir de Mora hacia Benifallet y desde allí dirigirse a Arnes, punto donde pensaba que los desertores podían estar escondidos, en casa de Inés, tal y como en su día le comentó el sargento, en ese momento pensó en él y su destino, tenía claro que había sido asesinado.

Después de cenar oyó los gritos de una mujer que venían de las estancias superiores, ya que la casa tenía dos pisos a diferencia de la mayoría de las casas de aquel entorno, era la señora de la casa que la estaban amenazando dos soldados, el capitán cogió por el brazo a propietario de la casa y le indicó que subiera poco a poco, sin prisas.

-Si es lo que me imagino deberá aguantar, en estos temas prefiero no meterme y le aconsejo que usted no se meta, son muy agresivos.

-Por favor ayúdeme, se lo pido por Dios, mi señora es muy devota y este sacrilegio no lo aguantara.

-Veré que puedo hacer, sígame.

Al entrar en la habitación tenían a la señora desnuda y los dos soldados manoseándola por todas partes.

-Mi capitán, nos lo merecemos.

-Está bien, está bien, pero que sea rápido, la señora no está por la labor y es posible que mañana no podamos comer tan bien como hoy.

El capitán cogió al señor de la casa por el brazo y le indicó que saliesen de la habitación, una vez fuera le dijo que no hiciese nada, que se mantuviese callado e inmóvil, en ese momento el capitán

volvió a entrar a la habitación y con voz de mando ordenó que se separasen de la mujer.

-Ya está bien por hoy, ya os habéis divertido lo suficiente, que se vista y me la traéis a mi habitación, yo también me lo merezco.

Los soldados obedecieron la orden y salieron de la habitación con la mujer desnuda, desobedeciendo las órdenes del capitán de vestirla, entró a la habitación del capitán y el propietario también obedeció las órdenes y no dijo nada ni se movió.

-Señora, dijo el capitán, vístase y vaya a la cocina dentro de un rato, prepare vino para todos los soldados y como se nada hubiese ocurrido, si alguien le pregunta algo le dice que la he repudiado por estar enferma, eso los calmará.

Los soldados aceptaron muy contentos ese extra de vino y en contra de lo esperado se calmaron todos, el capitán los conocía bien y sabía cómo tratarlos, esa noche se fueron a dormir tranquilos y contentos.

Por la mañana cuando despertaron el capitán dio orden de realizar un buen desayuno, el día sería largo, quería llegar a Arnes por la tarde, después de desayunar montaron todos sus caballos y pusieron rumbo a Benifallet para desde ahí desviarse dirección a Arnes.

En el campamento de Tortosa los mandos empezaron a preocuparse, llevaban dos días esperando que llegara el escamote con los reos, el general de campo ordeno a un nuevo escamote que realizara una incursión hasta Xerta para averiguar el motivo de la tardanza, dos soldados y un sargento montaron a tres caballos frescos y pusieron rumbo a Xerta, a media mañana llegaron al pueblo y preguntaron en la primera casa por los soldados, la respuesta fue que no sabían nada, lo último que recordaban es que pasaron casa por casa buscando a dos hombres y a un sargento y que habían desaparecido hacia dos días, eso

preocupó al sargento al mando, presagiaba lo peor, pero, donde habían ido los soldados y el capitán se preguntaba.

Llamaron a otra casa, justo contigua a la de Mercedes y una mujer ya anciana, de unos cincuenta años, les informó que había visto a los dos hombres con un soldado cogido por el cuello en dirección al campo situado a las afueras del pueblo, el sargento ordenó a los dos soldados seguirle hasta el camino que había al final del campo, cabalgaron a buen ritmo hasta que un fuerte hedor a animal muerto los hizo parar, desmontaron y ataron a los caballos a unas ramas bajas de un arbusto y siguieron el rastro del hedor, llegaron a un sitio cerca del camino y bajo unas ramas observaron el cuerpo inerte de alguien, levantaron las ramas con cuidado ya que no querían alterar el sitio, y las arcadas empezaron a salir de sus bocas rápidamente, cuando habían sacado una gran parte de las ramas pudieron observar el ropaje militar, del sargento en cuestión, dieron por hecho que el sargento fue asesinado sin ninguna duda, por el morado de su cara y cuello asfixiado. Volvieron a tapar el cuerpo con las ramas y lo dejaron en el mismo sitio, no llevaban pala ni otro objeto para darle una dina sepultura, estaban convencidos de que nadie tocaría el cuerpo y al llegar a Tortosa mandarían un cuerpo especializado en dar una sepultura cristiana, se dirigieron otra vez al pueblo de Xerta, esta vez con cara de pocos amigos, hasta llegar a una casa de la salida del pueblo dirección a Benifallet donde preguntaron la misma pregunta que en la otra casa, que si habían visto pasar por allí a unos sodados a caballo, la respuesta fue afirmativa y la dirección la correcta, el sargento ordenó a los dos soldados a salir al galope en esa dirección, el sargento salió a paso de caballo dando a entender su mando, después de un buen rato vislumbraron a lo lejos una cortina de polvo e imaginaron que se trataría de ellos, el escamote que andaban buscando, pararon en mitad del camino observando la polvareda por si iban en una dirección u otra, al poco rato pudo observar que la columna se dirigía hacia ellos,

decidió que mejor descabalgar y esperar a que llegaran, cosa que ocurrió en menos de una hora.

-A sus órdenes mi capitán, se presenta el sargento Yañez del campamento de Tortosa.

-Buenos días sargento, ¿a qué se debe su presencia?

-Por orden del general hemos salido a buscarlos, tiene dudas infundidas de su retraso al campamento.

-Así es sargento, estamos buscando a los reos y al sargento López.

-Pues al sargento ya lo hemos encontrado y por lo visto ya lleva dos o tres días muerto, está en las afueras de la población, no lo hemos enterrado por falta de material, pero al llegar a Tortosa mandaremos a alguien para que le dé sepultura.

- ¿Y de los reos, alguna pista?

-No señor, sólo al sargento, todo parece indicar que lo asesinaron y se fugaron.

-Nosotros hemos estado en el pueblo de Mora y por allí no hay indicios de que hayan pasado, ahora nos dirigíamos a Arnes que es donde los apresaron la primera vez.

-Mi capitán nos ponemos a sus órdenes a partir de este momento.

-Está bien sargento Yañez, vuelvan al campamento y comunique al general como están las cosas y hacia donde nos dirigimos, dígale que no pararemos hasta encontrarlos y llevarlos arrestados hasta el campamento.

-A sus órdenes mi capitán y mucha suerte.

Cabalgaron un rato los dos escamotes juntos hasta llegar al desvío que llevaba hacia Arnes, allí se separaron y unos continuaron hacia el campamento de Tortosa. Los soldados junto con el capitán llegaron a Arnes casi al anochecer y llamaron a la puerta de la primera casa del pueblo y allí en nombre del rey se hospedaron.

Andrés que regresaba del campo vio al escamote en el pueblo y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, fue rápidamente a su casa para comunicárselo a Inés.

*

Mientras, Cayetano y Goyo se disponían a dormir en la cueva, habían quedado que por la mañana partirían hacia las montañas para pasar unos días escondidos, Goyo concilió el sueño rápidamente pero Cayetano estando incluso más agotado no lograba conciliar el sueño, al final se durmió pero las constantes pesadillas lo despertaban, una de ellas la que lo despertó sobresaltado fue una en que tenían dos lobos al final de la cueva, hambrientos y rabiosos, mientras que en la entrada estaban los soldados con los mosquetones cargados y apuntando hacia dentro la cueva, Cayetano intentaba despertar a su amigo pero no podía, al final un lobo se acercó y empezó a morder a Goyo, primero un brazo y luego pasó a la cabeza y Cayetano desde un rincón de la cueva veía como mataban a su amigo, el ruido de los lobos hizo entrar a los soldados mientras que con un disparo acababan con la vida del lobo con otro remataban a su amigo, él escondido en la oscuridad lo vio todo y nada podía hacer, era un sueño recurrente que cada vez lo hacía despertar todo empapado.

Todo esto en la penumbra, podía observar a su amigo dormir tranquilamente ajeno a sus pesadillas, era evidente que los remordimientos de conciencia le impedían tener un sueño reparador y una vez despierto se preguntaba por qué había asesinado a sangre fría aquel hombre, se sentía culpable, se sentía mal en su seno, si pudiese volver atrás aquello no lo hubiera hecho. Así se pasó toda la noche y ya de madrugada se levantó y salió de la cueva, el aire fresco con un ligero olor de romero fue un bálsamo para su consciencia, que bella es la vida cuando no tenemos problemas, pensó.

Inspiró ese aire varias veces antes de volver a entrar en la cueva, allí sacó del capazo algo de comida que preparó a consciencia y en ese momento Goyo despertó.

- ¿Qué no has dormido bien esta noche?

Preguntó Goyo al verle la cara.

-No, las pesadillas me lo han impedido.

Contestó Cayetano con la mirada cabizbaja.

-No te preocupes, hoy nos espera un largo camino y debemos encontrar otra cueva para poder escondernos, debe ser una cueva alejada de cualquier camino, así estaremos más seguros.

Pusieron rumbo una vez habían comido algo, Cayetano se hizo cargo del capazo y el puñal se lo dio a Goyo, esa arma le daba escalofríos, y de esta forma con Goyo al frente y Cayetano siguiéndole a tres pasos empezaron a andar hacia la sierra de Pándols, entre el pueblo de Pinell de Brai y Gandesa, para ganar tiempo iban por un camino de carro, en silencio por si oían algún caballo o carruaje y tener tiempo de esconderse, en pocas horas estaban en la ermita de Pinell, lugar donde aprovecharon para comer algo, un trozo de pan y un arenque salado con mucha agua de una fuente cercana que salía agua muy fresca, por esa zona no habían huertos ni nada por el estilo y debían racionar bien la comida para que les aguantase algunos días.

Después de comer algo y saciarse la sed se pusieron en marcha otra vez, a media tarde llegaron a una sima alejada un poco del camino, la del Carxano, se llamaba, era vertical pero la dolina que lo albergaba era lo suficiente profunda y accesible para acogerlos, el problema volvía a ser el agua, cada día y con un recipiente que Cayetano cogió de la cocina de Diego, el hombre que mató, deberían llegar a la fuente al lado de la ermita y regresar, al que le tocaba tenía la orden de saciarse bien en la fuente, así habría más agua para el otro, era una labor peligrosa ya que podían

encontrase alguien por el camino y delatarlos, pero era un viaje necesario, sin agua no se podrían mantener vivos muchos días y eran muy conscientes de esa necesidad. Esa tarde no hubo restricciones de agua ya que habían bebido todo lo que habían querido al pasar por la fuente, todo lo que el cuerpo les pedía y más, pero a la mañana siguiente seria Goyo el primero en realizar el viaje, saliendo a primera hora de la mañana a medio día debería estar de vuelta, si no llegaba a medio día el otro tenía orden de coger el capazo de la comida y huir, era una señal inequívoca que el otro había sido detenido, otra consigna que se habían puesto era que el hombre que iba a la fuente podía comer algo a primera hora de la mañana y el otro esperaría al mediodía para comer algo, calcularon que así podían alargar algún día más escondidos.

Así pasaron cuatro días escondidos hasta que la comida que tenían se les acabó, en ese momento tenían que tomar una decisión, estaban cerca de Gandesa, Horta de Sant Joan y de Arnes, la primera opción por proximidad fue Gandesa pero Arnes era tentador ya que era donde se habían alojado unos meses en casa de Andrés, decidieron probar suerte en Gandesa y sino encontraban nada se dirigirían a Arnes.

Llegaron a medio día al pueblo y un escalofrío recorrió sus cuerpos, no sabían que se encontrarían en el pueblo, Gandesa había sido uno de los pueblos que sufrió el peso de las milicias, la deficiente intendencia militar del ejército cuando la tesorería se dilataba en la paga de los soldados estos se abastecían de alimentos básicos entre la población, la explotación de los recursos locales junto al alojamiento estaba repleta de coacciones y amenazas, el saqueo y el pillaje eran conductas habituales por ese motivo Goyo y Cayetano iban vestidos con el ropaje habitual entre los campesinos de la época, pero la suciedad y dejadez los convertía en pordioseros y ya no sabían que era mejor, si con ropaje militar o de civil, ante esa duda decidieron entrar en el pueblo a pedir limosna, la respuesta que obtuvieron les dejó una

grata sorpresa, en la segunda casa que pedían algo de comida les entregaron un trozo de pan y una fruta para cada uno, se lo comieron y continuaron andando por el pueblo, probaron suerte en otras casas sin resultado, era evidente que con un trozo de pan y una fruta en el estómago no llegarían muy lejos, por lo que optaron por probar otra estrategia, se dirigirían a una casa en las afueras del pueblo y usarían la fuerza en nombre del rey.

Salieron del pueblo en dirección Calaceite y tal y como habían previsto había una casa desolada, no se veía nadie por el alrededor ni se oían perros por lo que decidieron llamar a la puerta, una señora de edad avanzada les abrió la puerta, tan solo un palmo, y pregunto que querían, al pedir algo de comida la señora se relajó un poco, temía por el dinero que tenía guardado en la casa, les dijo que esperasen fuera y volvió a cerrar la puerta, cuando les volvió a abrir les sacó un pan entero y algo de fruta, Goyo con voz autoritaria le pidió sino tenían algo de carne, enseñándole el puñal en su mano derecha, la mujer asustada intentó cerrar la puerta pero Goyo fue más rápido y de un empujón la abrió, con la consiguiente caída al suelo de la señora, entraron y cerraron por dentro ayudando a la señora a levantarse.

-Señora, no es nuestra intención hacerle daño, ni queremos saquear la casa, pero necesitamos comida en abundancia.

La mujer asustada les indicó que pasaran a la despensa de la casa, allí tenía conservas.

-Está bien señora, no se preocupe por su vida, nos iremos por donde hemos venido y la dejaremos en paz.

Cayetano que llevaba el capazo se lo entrego y le pidió que lo llenase hasta arriba, la despensa estaba repleta de conservas, frutas y panes, llenaron con orden todo lo que pudieron en el capazo y cuando se disponían a salir la mujer con voz temblorosa les preguntó que quien le garantizaba que no volverían otro día.

-Le damos nuestra palabra de honor.

Respondió Goyo con seguridad, esa seguridad de las personas con palabra, Cayetano cogió el capazo y como última cosa le pidió un botijo con vino de la bota, lo que la pobre mujer accedió, una vez el botijo estuvo lleno se lo colgó con una cinta alrededor de la cintura, no sin antes beber un buen sorbo directo de la bota, Goyo hizo lo mismo antes de salir, una vez fuera Goyo le comentó a Cayetano que la sima donde se alojaban les quedaba lejos y que era en dirección a los soldados.

-Yo por mi parte creo que en esa dirección no se nos ha perdido nada.

Dijo Goyo mientras se pasaba el antebrazo por la boca para secarse el resto de vino que tenía en la descuidada barba.

-Podemos dirigirnos hacia esas montañas que se ven a lo lejos, por allí seguro que encontraremos otro pueblo, y más alejado de Tortosa.

El pueblo al que aludían era Calaceite, y sin saberlo ya quedaba un poco lejos del escamote que se dirigía a Arnes, la distancia jugaba un papel fundamental para los desertores.

*

En el campamento de Tortosa el general ya estaba alertado de la situación en la zona de Xerta, otros quebraderos de cabeza tenía ya el hombre como preocuparse de los dos soldados desertores, y como no habían entrado en batalla no necesitaba el escamote del capitán, pero si lo echaba en falta, era el oficial de confianza del general y su actitud castrense con sus buenos consejos aliviaban un poco los quehaceres diarios del general, así pues dejó ese tema para más adelante y mandó a cuatro soldados a caballo con dos palas para ir a enterrar como se merece cualquier persona, incluso ese sargento que tanto odiaba, ese fue el motivo por el cual en

primera instancia lo mandó a él y unos cuantos hombres más en busca de los dos desertores.

La situación en el campamento era tensa, llevaban desde octubre allí instalados y la intendencia no funcionaba como debiera, las monedas de plata con que pagar a los soldados no llegaban, al igual que los carros repletos de comida que por carta les habían garantizado, la comida escaseaba cada día y los soldados no estando contentos por la tarde se dedicaban a saquear las casas cercanas, pero con el tiempo que llevaban saqueando ya no quedaba casa que no hubiesen pasado y cada vez tenían que ir más lejos lo que les suponía llegar después de que la corneta les avisara de que era hora de cenar, al empezar a llegar tarde el general arrestaba a los soldados y ese era otro motivo de descontento, el general, castrense como pocos estaba al día de los saqueos que se producían y no le gustaba pero en esa situación poco les podía pedir a los soldados ya que tenía en juego una revuelta interna o más deserciones.

Pepe el cocinero, llevaba la intendencia de manera eficiente y honesta, lo llevaba tan bien que el general empezó a fijarse en su trabajo, con lo poco que tenía daba de comer a más de mil personas y nunca se quejaba, esa manera de hacer le había dado una buena reputación entre la tropa así que un día por la tarde, aprovechando que el campamento estaba tranquilo y con pocos soldados el general lo llamó a su tienda.

-Pepe, ¿cómo va todo?

-Bien mi general, con lo poco que disponemos todavía podemos alimentar a toda la tropa, bien es cierto que cada tarde me traen conejos y algún cerdo, pero en general hay carestía señor.

-Lo sé, lo sé José, pero no nos mandan nada más, he mandado cartas al general Sancho, mano derecha y persona de confianza del Conde Duque de Olivares y por respuesta, si me guardas el

secreto, en el frente que hay abierto en la frontera con Portugal están igual y el Rey Felipe no se decide que flanco hay que abandonar, según el general Sancho los dos frentes no se pueden mantener, si decide abandonar la campaña de Portugal nos mandaran más intendencia, supongo que la necesaria.

Dijo el general a Pepe con la cabeza bien alta y en voz baja, casi de complicidad.

-Pero José, te he mandado llamar por otro asunto, eres una persona que conoce bien la situación en que nos encontramos y el malestar de la tropa al no recibir la paga cuando toca, por ese motivo he pensado en ti para que ostentes la figura del asentista del campamento, para gestionar todos esos problemas, conoces bien a los soldados y ellos te conocen a ti, necesito a una persona que haga de puente entre la tropa y la comandancia, y tú por honestidad y por rango creo que la podrás realizar sin problemas, daré orden de que la cocina este al mando de otra persona, la que tú me digas.

Pepe estaba empezando a asustarse con el ofrecimiento que le aportaba el general, no sabía si podría realizar la faena con buenos resultados, era un momento crítico para todos y especialmente para él, continuó el general con su discurso ahora en voz más alta.

-Esta figura representa el orden y la buena comunicación entre la tropa y comandancia, es un puesto que te llevará quebraderos de cabeza, estoy convencido, pero tu retribución económica será más alta, podrías ir vestido de civil, pero te pido que mantengas el uniforme militar para ser más próximo con la tropa, tendrás una tienda para tu solo mientras estemos en campaña y al finalizar esta te propondré como teniente.

-Gracias mi general, espero estar a la altura, pero ¿cuál será mi faena exactamente?

-El asentista en jefe debe preocuparse del aprovisionamiento y conservación de los víveres, controlar su consumo para que sea eficiente y saber dirigir a los subordinados en su faena, por lo cual continuaras al cargo de todos los cocineros, pero sin tener necesidad de cocinar.

Pepe empezaba a relajarse, es lo que lleva tiempo haciendo.

-Debes tener una reputación fundada en los servicios reales, es lo que llevas tiempo haciendo Pepe, deberás redactar una carta semanalmente dirigida a mi persona.

-No se escribir mi general, solo cocinar.

-No te preocupes Pepe por la escritura, te pondré a un escribiente a tus órdenes un rato cada día que lo hará por ti, y tienes que mantenerme informado si hay alguna posible alteración entre la tropa, nos reuniremos de forma extraordinaria semanalmente para despachar todos y cada uno de los problemas que vayas observando, pero todo, absolutamente todo lo quiero por escrito, y por las formas del contenido no te preocupes, el escribiente también lo irá adaptando a un lenguaje castrense según necesidad, pero antes de que firmes el informe deberá leértelo para que des tu visto bueno.

Continuaba el general sentado en su silla y Pepe inmóvil delante suyo iba asintiendo.

-Es muy importante que me mandes cada semana por escrito la situación real, es la única arma que tengo para que el general Sancho nos tenga en consideración, el escribiente tiene orden de hacer un duplicado de cada informe, uno lo mandaremos por carta y otro me lo quedaré yo.

Pepe empezó a verlo todo claro, debería continuar haciendo todo lo que había hecho hasta entonces, pero sin tener la necesidad de cocinar y dejar todo por escrito lo que necesitaba la tropa para ser alimentados correctamente. En ese momento pensó en el grano

para realizar el pan y las sopas, estaba convencido que haciendo bien su faena podrían alimentar bien a toda la tropa.

-Lo he entendido bien mi general, y gracias por ascenderme a teniente.

Lo que pasó por alto el general es que esta figura normalmente es un notario civil y que por estos servicios se pagaban cien veces más de lo que iba a recibir Pepe, pero este estaba contento, iría siempre limpio, con una tienda de campaña para el solo, mejor que los otros oficiales que compartían tienda de cuatro en cuatro y con un escribiente para él, lo que le ofrecía la posibilidad de aprender a leer y a escribir.

*

Después de un día y una noche de camino Cayetano y Goyo llegaron a las afueras de Calaceite, después de remontar una larga cuesta que les llevaba desde el rio hasta el pueblo vislumbraron las primeras casas, no era un pueblo muy grande, con pequeñas casas a un lado y otro del pedregoso camino que la travesaba, y fue allí justo debajo de una frondosa encina donde se pararon a observar los movimientos de la gente del pueblo, aprovecharon para comer alguna cosa que les quedaba en el capazo, mientras comían Cayetano empezó a contar a Goyo su malestar, no sabía que le pasaba, pero era evidente que Cayetano no se encontraba bien, mantuvieron una larga charla en la que Goyo intentaba animar a su compañero, pero este negaba constantemente con la cabeza cualquier atisbo de bienestar. Dejaron este tema para más adelante, si es que el tiempo se lo permitía, algo se estaba gestando en la cabeza de Cayetano, pero no sabía explicarlo.

Empezaron andar en dirección al pueblo, tenían una estrategia bien definida, buscarían una casa donde poder trabajar la tierra a cambio de alojamiento y comida, el pueblo se veía tranquilo, no se observaba ni rastro de los soldados del reino, estaban todavía

cerca de los escamotes pero consideraron que la distancia era prudencial y que en ese pueblo no se acercarían los soldados, pasaron a preguntar en diversas casas con resultado negativo, nadie les ofrecía faena y mucho menos alojamiento, no desistían en su intento hasta que al final del pueblo se les acercó un hombre de edad avanzada, había oído por el pueblo que dos hombres buscaban faena a cambio de alojamiento y les ofreció la posibilidad de pasar una noche en su casa con cena incluida, ese hombre de nombre Jimeno intuyó que esas dos personas podían ser desertores del ejército, él había prestado servicios en el ejército y desertó en una campaña en Portugal, travesó toda la península ibérica andando hasta llegar a Calaceite donde encontró la paz que deseaba.

-Pueden esconderse en mi casa esta noche, para que puedan asearse y descansar un poco.

-Muchas gracias, señor, nos irá muy bien poder dormir a cubierto.

-Ya me contaran durante la cena sus intenciones, ahora vamos a mi casa que les calentaré un poca de agua y tengo una navaja bien afilada que utilizo para rasurarme la cara, también les irá bien un cambio de imagen.

Mientras se estaban aseando el hombre les entregó dos pantalones y dos camisas de lana, no podían creer lo que les estaba pasando, estaban tan bien que no se preocuparon si podía ser una emboscada, necesitaban aseo, ropa limpia, comer caliente y descansar como personas.

La cena fue sencilla, un cuenco de sopa y un trozo de pan, cuando Jimeno vio con el hambre que comían les ofreció un poco de carne de cerdo que tenía en conserva, a lo que los hombres accedieron gustosamente, después de cenar se sentaron delante del fuego, no hacía mucho frio, pero ese fuego daba calor en la estancia.

-Díganme la verdad señores, que les ha pasado para estar en este pueblo alejado de toda civilización.

Goyo tomó la palabra y en señal de agradecimiento le explicó como habían desertado del ejército, en ese momento Jimeno se puso a reír y les explico que él hacia muchísimos años hizo lo mismo, lo que tranquilizó a los dos hombres, que empezaron a explicar sus historias y como habían llegado a Calaceite. Ya bien entrada la noche Jimeno les enseño una alcoba que utilizaba para guardar las herramientas del campo para que pudiesen dormir esa noche allí, la noche fue muy tranquila y descansaron como hacía tiempo que no descansaban, excepto Cayetano que en su cabeza no se le iban las imágenes de los dos muertos que llevaban a su espalda.

*

En Arnes el escamote con el capitán habían peinado todo el pueblo, incluida la casa de Andrés, que continuaba con la fachada ennegrecida a causa del fuego y no encontraron pista alguna, se alojaron en la misma casa que se había alojado el sargento con su escamote y después de cenar tomó una decisión, al día siguiente partirían hacia Tortosa, daba por finalizada la campaña, ya llevaban varios días de búsqueda sin ningún resultado y en definitiva al que se le habían escapado fue al sargento y este ya estaba enterrado, al capitán no le era de su agrado llegar con las manos vacías a Tortosa pero la decisión estaba tomada y no había vuelta atrás, reunió a todo el escamote y les comunicó su decisión, los hombres estaban pletóricos ya que en el campamento tendrían la tarde libre para hacer lo que quisieran, y ya llevaban bastantes días malviviendo por los pueblos, esa noche corrió el vino y la alegría, el capitán dio permiso a los soldados para que salieran a dar una vuelta por el pueblo, pero sin armas, a primera instancia los soldados le recriminaron al capitán su decisión pero este ya la había tomado y si querían salir era condición indiscutible

que fueran sin armas, el capitán no quería manchar la imagen del ejército, los soldados accedieron a regañadientes pero lo aceptaron, una noche de permiso hacía mucho tiempo que no la tenían y la aprovecharon, salieron en pequeños grupos de tres y cuatro soldados pero al ver todas las casas cerradas y sin nadie por la calle algunos optaron llamar por la fuerza la puerta de algunas casas en busca de vino y si podían de alguna mujer, los habitantes de Arnes que ya estaban escarmentados de la visita del escamote del sargento no abrían las puertas cosa que enfureció a los soldados que se reunieron en la plaza del pueblo y decidieron ir a por las armas, al llegar a la casa el capitán estaba sentado en la cocina tomando un vino y hablando tranquilamente con el propietario, se sobresaltaron por los gritos que hacían los soldados que entraron en la cocina sin pedir permiso y sin contemplaciones, a lo que el capitán se levantó y con voz de mando ordenó que se callasen todos, el capitán astuto como nadie dio la palabra al más veterano que a su vez era su mano derecha, el soldado al verse interpelado le explico de forma calmada que querían las armas para entrar a las casas, el capitán les expuso en voz calmada también que no quería muertos en el pueblo y las armas servían para su seguridad, no para saquear, se inició un barullo de fondo y se podía notar como los soldados no estaban de acuerdo, sería difícil hacerlos ir a dormir en esas condiciones, el capitán reacciono rápidamente y para su seguridad dejaría llevar una arma cada tres soldados y el portador era responsable de su uso, bajo amenaza de realizar un consejo de guerra al llegar a Tortosa si pasaba algo, los soldados accedieron y después de escoger quien llevaría las armas volvieron a salir a la calle, empezaron a llamar a las puertas y ante la negativa de abrir empezaron a pegar tiros con el mosquetón, la gente del pueblo asustados y sabedores de las malas intenciones de los soldados empezaron abrir las puertas de las casas, estos se abalanzaron sobre los propietarios a gritos, pedían vino, no encontraron

ninguna mujer en las casas, estas ante la superioridad de los soldados armados se escondieron en las buhardillas, debajo de todo lo que encontraron, los soldados con el cuerpo lleno de vino no las encontraban, sacaron a un hombre a rastras a la calle y ante el asomo de todo el pueblo le dispararon un tiro en la cabeza, mientras dos soldados enloquecidos le pedían donde estaban las mujeres, no hubo respuesta, era demasiado tarde.

El capitán salió de la casa a ver qué había pasado. Alertado por los disparos, cuando se encontró el cadáver del señor tirado en mitad de la calle ordeno juntar filas, era evidente que se le escapaba de las manos esa situación, los soldados obedecieron silenciosamente y cuando los tuvo a todos delante de él pidió quien había disparado. Un joven de no más de veinte años dio un paso adelante, el capitán le advirtió que quedaba detenido hasta llegar a Tortosa donde recibiría un juicio justo, mandó a cuatro hombres a coger una pala y dar sepultura al hombre a las afueras del pueblo, ante la presencia del capitán empezaron a salir gente de sus casas, asustados por lo que habían presenciado, el capitán con voz de mando les dijo que no se preocuparan que no habría más disparos y sabedores de su superioridad la gente se calmaron y empezaron los murmullos y corredizas.

Andrés, que desde la puerta de su casa oyó todo lo ocurrido alertó a su mujer que no saliera de esta, asustados por lo ocurrido con su hijo no se atrevieron a acercarse a la casa del finido, no se fiaban, desde lo lejos de la calle observaba aturdido de lo que eran capaces de hacer esos malditos soldados.

Los soldados escogidos obedecieron al capitán y cogieron el cuerpo de asesinado y se lo llevaron justo al finalizar la calle donde en un rincón del camino lo enterraron no muy profundamente, no tenían ganas de palear más de lo necesario.

Andrés entró en la casa, cerró por dentro y fue a buscar a su señora, se dirigieron a su alcoba para descansar, había oído las

palabras del capitán y lo había dejado tranquilo, ese hombre era diferente al sargento y eso lo tranquilizó a pesar de que uno de sus hombres había disparado a un vecino hacia pocos minutos.

*

Goyo y Cayetano estaban cenando una vez aseados en casa de Jimeno, sentados en una mesa los tres despachaban tranquilamente sobre cómo se había desarrollado todo desde que empezó su aventura, en un momento dado Cayetano empezó a explicar su malestar, y tanto Goyo como Jimeno no le hicieron caso, no era un tema que les preocupase, ajenos completamente a las consecuencias de tal malestar, las reacciones leves de Cayetano no les asustaban, al contrario, pensaban que ya le pasaría todo con unos días de tranquilidad, pero la verdad es que Cayetano no mejoraba con los días, al contrario, empeoraba cada día más y más, solo él lo notaba en su interior, pero era incapaz de comunicar bien a Goyo su malestar, solo él sabía que lo que le pasaba por dentro era algo grave, ya no le importaba su vida, había pensado incluso en terminar con ella de una manera elegante para que Goyo estuviera siempre orgulloso de él pero no se veía capaz de realizar tal acto.

Había una cosa en su interior que no le dejaba vivir tranquilo, intentaba convivir con esa cosa que se lo comía por dentro, pero era evidente que no podía, llegó incluso un día en que se planteó muy seriamente la posibilidad de abandonar este mundo, pero lo descartó, no quería abandonar a Goyo.

A la hora de irse a dormir después de la cena se despidieron de Jimeno, no sin antes haberle preguntado a que se dedicaba, de donde salía el dinero para vivir tan acomodadamente, Jimeno por su parte fue un poco reticente, no le gustaba hablar de sus negocios que realizaba en Alcañiz, les dio un poco de largas para que no le preguntasen más y se fueron a dormir.

*

En Tortosa ya había llegado el escamote del capitán sin los fugados, el general no estaba contento ya que hubiese preferido juzgarlos delante de toda la tropa, pero que le vamos a hacer se dijo, algún día ya detendrían a otros desertores y pagarían por todos los fugados no encontrados.

Pepe realizaba su quehacer de forma impoluta y la tropa estaban tranquilos con sus gestiones, la comandancia también estaba tranquila con la gestión que realizaba Pepe, todo continuaba como siempre en el destacamento, largas horas de espera para entrar en batalla, por la mañana continuaban con las maniobras y por la tarde los soldados tenían permiso para salir del destacamento hasta la hora de cenar que se anunciaba con una trompeta, los que llegaban tarde se quedaban sin cenar, pero eso no era inconveniente ya que muchos habían comido en las casas que entraban a saquear, era un tema que a comandancia no les gustaba ya que tenían a toda la población en contra pero poco podían hacer y prohibir las salidas creían que podría ser motivo de un amotinamiento por parte de los soldados, por ese motivo hacían la vista gorda y aguantaban las quejas que les llegaban desde las alcaldías de la zona.

*

Jimeno a media mañana cogió su caballo, lo ensilló y puso rumbo hacia Alcañiz, el camino nada más salir del pueblo hacia cuesta arriba hasta llegar al en cruzamiento de caminos, el que venía de Castellón, el que bajaba a Calaceite y el que se dirigía a Alcañiz, él cogió el que bajaba directamente a Alcañiz, justo en ese punto se encontraba un hostal donde podía abrevar al caballo y desayunar algo, era una costumbre que llevaba años realizando, allí desayuno un poco de pan tostado con un embutido de cerdo, siempre pedía lo mismo, el descenso hacia Alcañiz lo realizó al trote, así que en unas pocas horas ya estaba en la entrada del

pueblo, poco a poco fue callejeando hasta llegar al barrio judío, donde ató el caballo en una arandela que había a media altura de la pared de la casa, llamó tres veces al picaporte y se abrió la puerta, después de un cordial saludo entró en la casa.

Dentro la casa había un patio interior con escaleras en un lado que subían al primer piso con un pasillo exterior que daba la vuelta a la casa, allí arriba se encontraba un señor muy bien vestido que lo saludó de manera cordial.

-Buenos días, Jimeno, Dios te guarde, que te trae por aquí.

-Buenos días, Abraham, que Dios te guarde a ti también, tengo un negocio que podría ser de tu agrado.

Comentó Jimeno con una larga sonrisa.

-Tu dirás, aquí estas en una casa de negocios y todas las propuestas son bienvenidas, pasa que tomaremos un poco de te llegado de África hace pocos días, a la gente bien estante les gusta y lo compran en grandes cantidades.

-Muchas gracias por tu hospitalidad, no lo he probado nunca, pero estoy convencido que será una bebida deliciosa.

Se sentaron en una mesa grande de forma ovalada, la estancia se veía repleta de enseres joyeros y un candelabro de siete patas estaba encima de la mesa, se apreciaba a primera vista que esa familia era acaudalada, los judíos eran buenos negociantes y mejores mercaderes y gozaban de buena reputación entre la gente del pueblo.

- ¿Qué propuesta de negocio me traes Jimeno?

-Tengo a dos trabajadores que a cambio de alojamiento y comida pueden trabajar.

-Alcañiz está repleto de esa gente Jimeno.

-Si, pero estos tienen algo especial, son soldados del ejército del Rey, muy preparados con las armas y con la seguridad, y es precisamente el tema de seguridad que te los propongo.

-Eso ya es otro tema, tengo clientes que me piden este tipo de servicios y no les puedo ayudar.

-Si es de tu interés podemos hablarlo, deja primero que tus clientes se aseguren que quieren este tipo de servicio y luego hacemos tratos.

- ¿Cuándo volverás por Alcañiz?

-Dentro de una semana llega un carro con vino de Batea, ya lo tengo todo vendido, vendré para hacer el reparto por las casas y vendré a visitarte a ver cómo están las cosas.

-Toma esta bolsa llena de maravedíes como muestra de mi interés por el tema.

-Gracias Abraham, Dios te guarde.

-A ti también Jimeno, que tengas buen viaje de regreso.

Cuando salió de la casa cogió el caballo y puso rumbo a Calaceite, sabía que se le haría de noche antes de llegar al hostal, pero conocía bien el camino, decidió hacer noche en el hostal, llevaba suficiente dinero como para pasar un mes hospedado en el hostal.

Al llegar al en cruzamiento de caminos vio a lo lejos una luz tenue del hostal, estaba tranquilo ya que había avisado a Cayetano y a Goyo que no le esperasen ese día, ya que dormiría fuera y no llegaría hasta por la mañana del día siguiente.

El hostal era una casa no muy grande, con una cocina comedor en los bajos y cuatro habitaciones en la parte de arriba de la casa, no estaba muy bien iluminada ya que las lámparas de aceite eran pequeñas y escasas, suficiente para iluminar el interior de la estancia. Jimeno ató el caballo y entró a pedir hospedaje, el hostalero lo primero que hizo fue coger el caballo y entrarlo en el

establo, donde lo desensilló le puso un poco de paja y un cubo con agua y volvió a entrar en el hostal donde atendió a Jimeno, le sirvió un vaso de vino de Batea, tinto, dulce, con aromas de almendro que lo saboreó lentamente a la espera que le sirvieran la cena, carne de cordero a la brasa con pan tostado con aceite, esa era una zona donde se criaban muchos corderos y como manjar típico eran las calderetas de cabrito al horno o el cordero a la brasa, cenó tranquilamente como llevaba años haciendo, al terminar se llenó la jarra de vino y empezó a conversar con el hostalero, primero de temas banales y luego como estaba la situación en Alcañiz y las noticias que llegaban desde Cataluña sobre la guerra.

En Calaceite Cayetano y Goyo no daban crédito a lo que estaban viviendo, Jimeno les había dado permiso para coger lo que quisieran de la despensa para comer, para cenar y sin abusar de la cantidad se prepararon carne de cordero a la brasa con pan tostado y bebieron buen vino, cerraron la puerta por dentro y se pusieron a dormir tranquilamente.

Por la mañana en el hostal Jimeno ensilló su caballo y puso rumbo a Calaceite, el camino era de bajada lo que le permitió ir un poco más deprisa y en unas horas antes de medio día llegó al pueblo, puso el caballo en la cuadra, lo desensilló le dio agua y comida y una vez lo tuvo todo arreglado entró en su casa donde estaban Goyo y Cayetano que lo recibieron con un cordial saludo, se sentaron los tres en la mesa de la cocina delante del fuego y empezaron hablar.

-He estado hablando con un comerciante muy poderoso de Alcañiz y le he hecho una propuesta para vosotros.

-Somos todo oídos, dijo Goyo tomando la palabra.

-Hay en Alcañiz varias personas muy adineradas que hace tiempo que solicitan un servicio de vigilancia, la propuesta que os traigo es que he pensado en vosotros dos como vigilantes de sus

propiedades, de esta forma tendríais un sueldo, una casa donde vivir y estaréis alejados del frente.

-La idea parece muy atractiva, cuando podremos comenzar.

Dijo Cayetano todo alterado.

-No tan deprisa, estas cosas llevan tiempo hay que negociar bien las condiciones con Abraham y él os encontrará la mejor familia, el tempo lo marcará él, por ahora parece estar convencido de la propuesta que le he hecho pero debe negociar un precio con las familias interesadas y estas cosa llevan tiempo, mientras os podéis quedar en mi casa hasta que se solucione el tema que creo que en una o a más estirar dos semanas estará solucionado, mientras sólo os pediré que mantengáis la casa limpia y la comida preparada, yo me ausento muy a menudo por las mañanas y no tengo tiempo para estos menesteres, ¿os parece justo?

-Por supuesto Jimeno, tan solo tienes que pedirnos que quieres para comer y nosotros lo haremos.

Dijo Goyo con voz autoritaria.

-Lo que preparéis para mí también es lo que comeréis vosotros, en mi casa no hay distinción de clases.

Cenaron los tres juntos un caldo que prepararon a base de verduras y cerdo en conserva que tenía Jimeno en la despensa y después se fueron a dormir.

Por la mañana cuando se despertaron pudieron comprobar que Jimeno ya no estaba, no habían oído que se marchara, no sabían a que se dedicaba, pero lo cierto es que debería tener tratos con varios comerciantes y era muy madrugador.

Así pasaron los días los dos desertores escondidos en casa de Jimeno sin salir para nada, no querían levantar sospechas y cuando llegaba Jimeno ya le tenían preparada la comida tal y como habían quedado, eran gente de palabra, cuando había

pasado una semana justa Jimeno les informó que se iba a Alcañiz, que estaría dos días fuera como la otra vez, ese día le llegaba el encargo de un carro cargado con botas de vino de Batea y lo debería repartir y cobrar por las casas más adineradas de Alcañiz, era un negocio suculento, compraba cada bota de vino por veinte maravedíes y los vendía por cien, la gente de bien de Alcañiz contenta y él todavía más, era un negocio que realizaba una vez cada mes lo que le permitía tener suficiente dinero como para comprar las cosas más básicas que necesitaba en su casa y por encima de todo codearse con las familias bien estantes de la zona.

Realizó el mismo ritual que realizaba cada vez que iba a Alcañiz, desayunar en el hostal y a medio día llegar al pueblo, una vez en Alcañiz indicó al carretero las casas que debía dejar las botas y cobraba el servicio y la venta, el dinero lo depositaba en las alforjas del caballo, envuelto en unos trozos de tela para pasar desapercibido, pero no se separaba del caballo para nada, una vez el carretero tuvo el carro vacío de botas le dio veinte maravedíes por el transporte y se fue en dirección a Batea, no sin antes hacerle otro encargo para dentro de quince días.

Jimeno se dirigió a casa de Abraham, ató a su caballo en la arandela de siempre y saco todo el dinero que llevaba en las alforjas y se lo puso en una bolsa de mano que llevaba para tal menester, llamó a la puerta y entro en la casa, allí se encontró con Abraham.

-Dios te guarde Jimeno, dijo Abraham.

-Igualmente para ti Abraham, contesto Jimeno.

-Pasa que tenemos mucho de qué hablar.

Subieron al primer piso donde tenía el comedor con el candelabro de siete patas encima de la mesa y allí tomaron asiento.

Abraham pidió al servicio que les trajeran un poco de té, esta vez especiado y se pusieron a conversar de temas banales, cuando ya

llevaban un buen rato hablando Abraham se interesó por los dos hombres que le había comentado Jimeno. Este le contó que los tenía en su casa escondidos de momento, como motivo de precaución, le contó toda la historia que los dos hombres les había comentado, incluido que tenían las manos manchadas de sangre, cosa que no le preocupo en excesivo a Abraham, los clientes interesados en sus servicios no les preocupaba en absoluto el pasado de esos hombres, tan solo que tuvieran valor para proteger sus propiedades y la familia y en eso eran las personas ideales. Le contó que hablando con la gente ya eran cinco las familias interesadas en ese servicio pero una vez habían hablado de los precios solo eran tres las interesadas de verdad, todavía sobraba una familia y deberían escoger a dos tan solo, hablaron del precio que se les debería pagar a los desertores, cuanto se quedaría Abraham cada mes por los servicios y cuanto pagaría a Jimeno por el servicio, en este punto no tuvieron problemas mi malos entendidos, a Jimeno le tocaría cobrar mil maravedíes a cambio de que Abraham gestionase el cobro de las familias y el pago a Cayetano y Goyo, cosa que Jimeno no puso ningún reparo, quedaron que dentro de tres días Jimeno se presentaría a casa de Abraham con los hombres para conocerlos y si eran de su agrado quedaría con las dos familias que mejor pagasen, así lo acordaron y Jimeno puso rumbo hacia el hostal para pasar la noche.

Al día siguiente al llegar a casa les explico las condiciones a Cayetano y a Goyo, sin entrar en detalles del salario, tema que todavía no habían cerrado con Abraham, pero por poco que les pagasen tener una faena fija, con comida y alojamiento lejos del frente les parecía un milagro.

Jimeno que había pensado en todos los detalles les había comprado unos pantalones y dos camisas, enseres de higiene para que fueran bien afeitados, hicieron hervir agua en una olla y con jabón les hizo lavarse y después afeitarse, ya no recordaban lo que era ir limpios, en la cena les explico que había contratado un carro

que les llevaría a Alcañiz, irían a casa de Abraham i él les explicaría las condiciones, los dos hombres no pusieron ningún reparo, al contrario, estaban pletóricos , desconocían que con este trato tanto Jimeno como Abraham hacían un buen negocio.

Llego el día que debían ir a Alcañiz a encontrarse con Abraham, el carro iba más lento que con un caballo solo así que madrugaron y salieron de noche cerrada todavía, al llegar al hostal el carro paró y Jimeno que se había adelantado con su caballo ya les había pedido el almuerzo, los dos hombres más el carretero entraron en las estancias del hostal y se sentaron en una mesa los cuatro, caldereta de cabrito fue la comida que había pedido Jimeno para todos junto con una gran jarra de vino tinto de Batea, a los dos hombres se les veía inseguros, iban a un lugar desconocido para hablar de un posible trabajo, y desde que desertaron nunca habían estado tan bien atendidos, la comida resultó ser amena, el carretero no paraba de hablar de sus historias que se iba encontrando por los caminos, y ninguna de ellas hacía referencia a que se hubiera encontrado soldados del reino, eso tranquilizó a los dos hombres que se relajaron y pudieron comer tranquilos, después de la comida Jimeno les indicó que era hora de partir, quedaron con el hostalero que esa noche dormirían los cuatro en el hostal y que cenarían también, para tal fin Jimeno le dejo escoger la cena al hostalero.

El carro iba lento pero sin pausa y en poco tiempo ya vislumbraron a lo lejos Alcañiz, los tres hombres iban sentados en la banqueta del carro y Jimeno un poco más adelantado para no tener que sufrir el polvo que levantaba el carro, al llegar al pueblo Jimeno indicó donde se debería esperar el carretero para recogerlos más tarde, así que Goyo y Cayetano se bajaron y continuaron a pie detrás del caballo de Jimeno, al llegar a casa de Abraham sus ojos no daban crédito a lo que estaban viendo, una casa señorial como nunca antes habían visto, Jimeno tocó tres veces el picaporte y un señor de mediana edad los abrió.

-El señor Abraham les espera arriba.

Subieron por las escaleras del patio interior y salió a recibirlos Abraham, con un vestido para la ocasión, tenía ganas de mostrar a esos dos hombres que tanto les había hablado Jimeno su poder, les hizo entrar en el comedor y se sentaron alrededor de la mesa los cuatro, el anfitrión en una punta de la larga mesa, a su derecha hizo sentar a Jimeno y a su izquierda a los dos hombres.

-Dios os guarde a todos, ¿cómo ha ido el viaje?

-Muy bien Abraham, un poco más lento que de costumbre por el hecho de recorrerlo en carro, pero bien, te presento a Cayetano y a Goyo, los dos hombres que te había hablado.

-Mucho gusto de conocerles señores, veo que Jimeno les trata bien, van bien vestidos y mejor aseados, la imagen es muy importante y la primera impresión es muy positiva.

A lo que Jimeno no pudo evitar que le saliese una ligera sonrisa de su boca ante el comentario de Abraham.

-Señores estamos aquí reunidos por que Jimeno me pidió ayuda para ustedes, la relación que mantengo con él es muy cordial, a lo que acepté de buen agrado, tenemos a tres familias interesadas en que les presten sus servicios por lo cual deberemos descartar una, todo esto se lo cuento para que vean que hay interés en sus servicios, no hace falta decir que voy a depositar toda mi confianza en ustedes, espero y deseo que no me fallen.

Abraham continuo con su retórica que lo hacía más señor si se podía.

-Yo ya he elegido a dos de esas familias, ustedes trabajaran para mí, vivirán en una casa de mi propiedad los dos juntos no lejos de aquí junto con otra familia que trabaja en mi casa, su salario lo he puesto en veinticinco maravedíes al mes, de estos, cinco serán para pagar el alquiler de la casa, y con el resto pueden hacer lo

que les convenga, por supuesto que la comida irá a su cargo, pero tengo una tienda de alimentos de mi propiedad en el barrio donde podrán comprar lo que quieran a un precio reducido.

-Muy buenas condiciones, replicó Jimeno.

Lo que desconocían es que cada familia estaba dispuesta a pagar doscientos maravedíes cada mes a Abraham por sus servicios.

-Estamos muy satisfechos y llenos de generosidad, es usted muy amable acogiéndonos, ¿cuándo podríamos empezar?

-La próxima semana ya podría tenerlo todo atado, les mandaré un carro a Calaceite para recogerlos y traer para Alcañiz.

Se despidieron de manera cordial, para Abraham la educación de los dos hombres le pareció una buena manera de empezar, tenía otros trabajadores en su haber y no tenían esa educación tan ejemplar, pero el tiempo dirá y pondrá las cosas en su debido lugar, pensó.

Los tres hombres llegaron donde estaba el carro y el carretero y pusieron rumbo hacia el hostal, nada más salir del pueblo ya estaba oscureciendo lo que el carretero tiró un poco más fuerte de las correas del caballo para coger buen ritmo, llegaron al hostal bien entrada la noche y después de poner a los dos animales en la cuadra el hostalero les sirvió un poco de vino para los cuatro, y se dirigió al fuego a preparar unos trozos de carne de cerdo a la brasa junto con pan tostado y aceite, los cuatro hombres cenaron sin apenas dirigirse la palabra, el carretero no tenía por qué saber nada de los negocios que se cocieron en Alcañiz, al terminar de cenar el carretero se despidió para ir a dormir y así se quedaron los tres hombres solos para comentar la propuesta de Abraham, Jimeno estaba pletórico ya que con esa gestión ingresaba nada más y nada menos que mil maravedíes, lo que sumado a los negocios de compra venta de vino en Batea lo dejaba en una más que buena posición económica.

Por la mañana pudieron desayunar un vaso de leche con pan tostado, Jimeno los despertó temprano, todavía tenían un buen trecho hasta llegar a Calaceite, una vez desayunados se subieron encima del carro y como el día anterior Jimeno se puso delante marcando el ritmo, esta vez muy despacio para no cansar a los animales, al llegar a Calaceite él debería irse a Batea a negociar otro carro con botas de vino y quería llegar a su casa por la noche, nada más llegar a la casa los dos hombres bajaron del carro y Jimeno le pago lo acordado no sin antes recordarle que en una semana debería ir para Batea a por otra carga, dos días le llevaban al carretero ir desde Batea a Alcañiz, pero a diferencia de cuando iba con Jimeno él dormía debajo del carro con una manta, no se podía permitir parar a dormir en el hostal, suerte que el tiempo ya comenzaba a acompañar y no hacía mucho frio por las noches, en invierno sí que paraba en los hostales que encontraba por los caminos para dormir pero cuando la primavera empezaba a sacar la cabeza dormía debajo del carro y lo hacía así hasta que llegaba el invierno otra vez.

Una vez el carretero se despidió Jimeno comentó a los dos hombres su intención y si por la noche no había regresado que cerraran la puerta por dentro, señal que se había retrasado y se quedaría a dormir en Batea ya que por el camino no había ningún hostal donde alojarse, Jimeno entró un momento en la casa para guardar el dinero que llevaba encima escogió a Goyo y le indicó donde lo guardaba, lo dejaba a él como custodia, lo que no le comentó es que la gran mayoría del dinero lo llevaba en las alforjas del caballo, en la casa dejó una pequeña parte para poner a prueba la fidelidad de esos hombres que estaba ayudando, y fue así como se despidió de los dos hombres poniendo rumbo a Batea al trote con su caballo.

Al llegar la noche Jimeno no había regresado por lo cual los dos hombres pusieron una madera en la parte posterior de la puerta para cerrar bien la casa, por la calle no se veía ni una alma pero

tenían orden de cerrar la casa por dentro y así lo hicieron, luego se prepararon algo de comida delante del fuego, poca cosa, no querían abusar de la confianza de ese hombre así que con un trozo de pan y algo de embutido a base de carne de cerdo cenaron, bebieron agua ya que quedaba poco vino en la despensa y se pusieron a dormir delante del fuego compartiendo una manta que les había proporcionado Jimeno el día que llegaron, por su parte Jimeno se quedó a dormir en Batea, en casa de unos conocidos de hacía mucho tiempo y ya tenían confianza, él pagaba unos pocos maravedíes y tenía derecho a cenar y dormir en la habitación de los propietarios, estos por su parte dormían en la cocina delante del fuego.

Los negocios le iban bien, había conseguido comprar ocho botas de vino a un precio más reducido de lo normal ya que tenían excedente y por el contrario a las familias de Alcañiz se lo vendía al mismo precio de cuando iba caro, así que el negocio era rentable, a todo esto debía sumar la más que suculenta cifra de mil maravedíes de Abraham, las cosas no le podían ir mejor, antes de quedarse dormido pensó en comprar el día siguiente unos suculentos embutidos elaborados en una casa en las afueras de Batea y al llegar a Calaceite pasar a buscar el pan que lo tenía encargado de hacía unos días, por lo que al vino respecta ya había acordado con el carretero que al pasar por Calaceite le dejaría una bota llena de vino para pasar unos cuantos días, sabía que en su casa quedaba poco pero tenía confianza en esos dos hombres y estaba convencido que no tocarían nada de vino, y si no hubiese sido así informar a Abraham de los malos modales de ambos.

Por la mañana paró en el hostal de Batea a tomar un vaso de leche y para informarse de como estaban las cosas en el frente de la guerra que acechaba el sur de Cataluña, tuvo suerte ya que se encontró con un carretero que venía de Tortosa en dirección a Zaragoza pasando por Batea, la información que le daba era de primera mano por lo que decidió invitarle a desayunar, le

preguntó hasta donde había encontrado tercios del reino y como estaban los ánimos de la gente teniendo que soportar las incursiones que realizaban los tercios con las consecuencias que ello les llevaba, el carretero por su parte le comentó que solo había visto a soldados en un campamento muy grande al lado del rio de Tortosa y que por el camino estaba todo despejado, lo que le hacía pensar en que todavía no habían entrado en guerra, con esa información Jimeno puso rumbo a Calaceite para informar a los desertores que podían estar tranquilos lejos del conflicto.

*

Abraham por su parte se puso en contacto con las dos familias acaudaladas de Alcañiz, les explico cómo eran los hombres que les darían servicio, acordaron el sueldo mensual y las condiciones, trabajarían todos los días de la semana, irían armados con un mosquetón que les proporcionaría el mismo Abraham, vigilarían las fincas y si era necesario acompañarían a los señores cuando tuviesen que realizar una transacción acaudalada, una de las dos familias se dedicaba al comercio de pieles que traían de todas partes y las vendían en Zaragoza, la otra familia eran unos nobles con muchas fincas y muchos empleados, por lo cual le pidieron a Abraham que ya los acogerían ellos en sus casas, cosa que Abraham no cedió, él quería cobrarse el alquiler de la casa y asegurarse que comprarían la comida en su tienda, así lo acordaron y dieron el tema por zanjado, sabían que con Abraham había temas que eran una línea roja, pero lo probaron.

Llegó el día en que un carro mandado por Abraham recogería a los dos hombres, con las noticias que les había comentado Jimeno sobre la posición de los soldados y la nueva vida que les esperaba se sentían satisfechos y tranquilos a la vez, se montaron en el carro con la ropa nueva que les había comprado Jimeno en Alcañiz, se habían afeitado esa misma mañana y los pocos enseres que tenían los pusieron en dos bolsas pequeñas de piel colgadas

en el cuello, era un regalo de Jimeno por lo bien que lo habían cuidado y vigilado la casa, Jimeno por su parte también cogió el caballo y puso rumbo a Alcañiz para acompañar a los dos hombres y cobrar lo acordado con Abraham, aprovecharía para pasar por otras casas para ver se necesitaban más vino, antes de partir Jimeno dio orden al carretero de que debía parar en el hostal donde almorzarían los cuatro hombres, el carretero obedeció encantado ya que hacía días que solo comía un mendrugo de pan con algo de cerdo embutido, conocía el hostal y sabia como de bien se comía, así y sin más dilación se pusieron en marcha.

Al llegar al hostal comieron según lo acordado y sin más dilación se pusieron en marcha rumbo a Alcañiz, pasado un poco más de mediodía ya estaban en la entrada del pueblo, el carretero ató a su caballo y se fue andando con los tres hombres a casa de Abraham, una vez llegados el mismo protocolo y salió a recibirles el señor de mediana edad que trabajaba en la casa, llevaba consigo una bolsa de dónde sacó unos pocos maravedíes para entregar al carretero y este se fue por donde había venido, los tres hombres entraron en la casa y el mayordomo los hizo esperar en el patio sin dejarles subir a las estancias superiores, era orden de Abraham, este salió del piso superior y con la calma que lo caracterizaba bajó las escaleras y se puso hablar con ellos.

-Ya tengo preparada la casa para vosotros dos, el mayordomo os acompañará y os podréis instalar, hasta mañana por la mañana no tenemos la primera visita en una casa y por la tarde la otra visita, yo mismo os acompañaré en cada una de las visitas, podéis iros a vuestra casa, aquí tenéis un adelanto del salario para poder comprar algo de comida, recordad que no estaréis solos, esta noche llegará de trabajar una familia y tenéis que compartir las estancias, tu Jimeno acompáñame arriba, vamos a despachar nuestros asuntos.

-Gracias señor, dijo Goyo.

-Le estamos muy agradecidos, espetó con educación Cayetano.

Así que los dos hombres se despidieron de Jimeno con un saludo de manos y le agradecieron todo lo que había hecho por ellos, mientras el mayordomo les indicaba la puerta de salida, Jimeno por su parte ya estaba subiendo las escaleras detrás de Abraham hasta llegar al comedor donde recibía las visitas.

-Estarán bien Jimeno, las familias con las que he acordado el servicio son nobles y los trataran mejor que a sus vasallos.

-No tengo ninguna duda de tu palabra Abraham, es un placer hacer negocios contigo, por cierto, continuo con el negocio de compraventa de vino tal y como me aconsejaste y por el momento va bien.

-Ya sabes de buena mano que los soldados del reino no son de mi devoción al igual que el Rey de Castilla que no nos dispensa un buen trato, y tu al igual que esos dos hombres sois unos desertores de ese ejército y yo haré lo que pueda por satisfaceros, por cierto también, las familias con las que he hecho tratos encuentran muy caro los servicios por cada hombre, motivo por el cual en vez de mil maravedíes tan solo podré entregarte quinientos, ¿estás satisfecho?

-Ya me había hecho a la idea de tener esos mil maravedíes para comprar un carro y pagar un carretero para el transporte del vino, el negocio va bien y quería ahorrarme el precio de los portes, ¿no lo podríamos dejar en setecientos? Con ese importe ya podría adquirir un carro y un caballo.

- ¿El carro y el caballo donde tienes pensado comprarlos?

En Batea se vende un carro y hay un criador de caballos que los tiene a buena oferta.

-No me tomaré a mal este comentario, eres conocedor de que yo tengo criadero de caballos y el carro no sería problema encontrar

uno, por lo cual te hago una propuesta formal, por mil maravedíes te vendo el mejor caballo junto con un carro de carga, creo que es un buen trato, no te parece.

-Viniendo de ti Abraham estoy convencido que será el mejor caballo de la zona.

Pues no se hable más, mañana mismo empiezo a gestionar el tema y por los tres cientos maravedíes que me deberás los podrás ir pagando poco a poco, a medida que vayas vendiendo vino.

-Es un placer hacer negocios contigo, dijo Jimeno.

Pero sus pensamientos iban más allá de lo dicho, ese hombre cada paso que daba ingresaba dinero y ahora él estaría empeñado con Abraham al menos por medio año, Jimeno también se dedicaba a los negocios pero era evidente que Abraham era un lince, motivo por lo cual tenía la posición que tenía, con una sonrisa en la cara y un apretón de manos se despidieron y Jimeno cogió su caballo no sin antes quedar para la semana siguiente que Abraham ya tendría el caballo y el carro, también le comentó que mientras no encontraba un carretero podía dejar al caballo en su cuadra a pupilaje, por un módico precio, veinte cinco maravedíes por semana, ahora los problemas los tenía Jimeno que se veía obligado a encontrar una persona para hacerle el transporte de vino desde Batea a Alcañiz, lo primero que pensó para amortizar el carro fue ampliar la zona de venta de vino a otras ciudades, pero eso era otro tema de momento el próximo transporte lo realizaría el carretero que le presta los servicios desde hace varios años.

*

Goyo y Cayetano llegaron a lo que sería su vivienda habitual durante no sabían cuánto tiempo, la casa era acogedora, no muy grande, con una cocina y comedor en planta baja y dos habitaciones en la planta de arriba, incluso tenía una especie de retrete con un cubo al final de corto pasillo, abrieron la primera

puerta de la habitación y ya vieron que estaba ocupada ya que había unas mantas en el suelo con algo de ropa alrededor, antes de abrir la segunda habitación se temieron lo peor.

-Tú que dirías Cayetano, ¿tendremos una manta en el suelo o la tendremos que comprar?

Abre la puerta Goyo y enseguida lo descubriremos, ahora bien, viendo como hace negocios ese tal Abraham estoy convencido de que en su tienda tendrá mantas.

Abrieron la puerta y en efecto, en la habitación no había nada, no era muy grande, pero tenía una ventana que daba en el patio interior, justo al lado de una cuadra con lo que el olor a estiércol era más que evidente.

Nadie les había garantizado que vivirían en un palacio, pero esa miserable habitación para los dos era poca cosa y encima tenían que compartir cocina y comedor con una familia que todavía ni conocían. Salieron a la calle y a la primera persona que vieron le preguntaron por la tienda de Abraham, en el pueblo todo el mundo la conocía por tener unos precios muy asequibles y la gente menos adinerada iban allí a comprar, la indicación fue clara así que en poco rato los dos hombres se encontraban delante de la tienda, entraron con unos buenos días por delante, la respuesta fue la misma, en la estancia había una señora joven que estaba detrás de un mostrador, y en el fondo había un señor de mediana edad colocando una cajas en una estancia.

-Buenos días tengan, ¿Qué se les ofrece?

-Venimos de parte del señor Abraham para comprar una manta. Dijo Goyo pensando que si decían que venían de parte del señor el precio sería distinto, pero no era así, los precios eran para todo el mundo igual, como pudieron comprobar días más adelante con las compras que iban realizando.

-Tenemos una manta pequeña y una de grande, ¿Cuál prefieren?

-La más grande que tengan.

La señora se fue a la estancia donde estaba el hombre y le pidió la manta que en un momento ya se la habían entregado a los dos hombres.

- ¿Cuánto vale? Dijo Cayetano preocupado esperándose lo peor, ya que Abraham les había entregado quince maravedíes para hacer la primera compra.

-Son quince maravedíes justos, y no hay rebaja, aunque vengan de parte del señor Abraham, dijo la mujer en tono serio.

Los dos hombres se miraron a la cara y entendieron el porqué de ese adelanto, el problema es que se quedarían sin comer hasta el día siguiente si no había otro adelanto.

-Nos la quedamos, muchas gracias, dijo Goyo.

Se fueron para la casa a colocar la manta en el suelo y se fueron a dar un paseo por el pueblo, hacia muchos meses que vivían escondidos y pasear sin temer a los soldados les sabía a gloria, a libertad, así lo disfrutaban viendo el barrio judío, un paseo con casas adineradas, se preguntaron si en una de esas casas sería la que trabajarían, como les iría el nuevo trabajo después de tantos años en el ejército, mil y una preguntas sin respuesta mientras andaban por las calles con ropa nueva y bien afeitados. Por la tarde antes de que oscureciera se fueron para la casa, la encontraron cerrada por dentro y tuvieron que llamar al picaporte, abrió la mujer de la tienda preguntando que querían, su asombro fue mayúsculo, deberían compartir casa con la mujer de la tienda y su marido.

-Buenas tardes de nuevo, somos los nuevos inquilinos.

-Me lo imaginé cuando los vi en la tienda comprando una manta, el señor Abraham nos había informado que despejáramos una habitación ya que vendrían dos hombres a vivir aquí.

-Me presento señora, me llamo Goyo y mi compañero Cayetano.

-Yo me llamo María y mi esposo Manuel, pasen por favor, están en su casa.

-Muchas gracias por la hospitalidad María, nos iremos directos a la habitación para no molestarles.

-No hombre, no, pueden quedarse en la cocina y así nos conoceremos, pasen mi marido no tardará en llegar, está en la tienda ultimando un pedido para el señor Abraham.

-Es que no tenemos nada que poner a cocer, nos hemos quedado sin dinero para la comida.

-No se preocupen, seguro que no a muy tardar el mayordomo del señor les traerá algo, el señor Abraham es muy generoso y ya debe haber calculado que con la compra de la manta se quedarían sin nada, ocurre muy a menudo, son cosas del señor.

-Pues vaya con el señor, ya nos habíamos hecho a la idea de no comer nada hasta mañana que empezamos a trabajar para él.

Mientras estaban hablando sonó el picaporte de la casa y al abrir era el mayordomo que con malos modales les llevaba una cesta con pan y algo de cerdo en conserva.

-Ven, ya les había dicho que el señor tiene todos los detalles controlados, vamos a ver si hay cerdo para los cuatro y yo misma lo prepararé en el fuego, nosotros hoy para cenar teníamos arenques salados que lo podemos compartir.

-Es muy amable señora, aquí dentro la cesta hay comida para los cuatro de sobras.

-En esta casa no hay muchas cosas, pero de comida nunca ha faltado, lo que está a punto de hacerse malo lo cogemos nosotros con el permiso del señor y nos lo traemos para casa, los arenques por eso los tuvimos que pagar.

En ese momento entró Manuel, el marido de María, con una sonrisa en su cara.

-Vaya por Dios, ¿así que son ustedes los que van a vivir aquí con nosotros? Mi mujer tiene un don especial, cuando han salido por la puerta de la tienda me ha comentado que seguro que eran ustedes los que vendrían a vivir a casa.

-El mayordomo ha traído pan y cerdo, voy a preparar la cena que ya es tarde y estos señores mañana a primera hora deben estar en casa del Señor.

El mayordomo había comunicado a goyo y a Cayetano que al salir el sol deberían presentarse en la casa del señor, y que irían a conocer las casas con las que prestarían los servicios.

Esa noche después de cenar se despidieron del matrimonio y se fueron a la habitación, la manta era más grande de lo que parecía plegada, así que podían poner un trozo en el suelo y darle la vuelta para taparse, se acurrucaron como en viejos tiempos y se quedaron dormidos.

*

Con el cantar de un gallo se despertaron, todavía no había amanecido pero se levantaron, bajaron a la cocina sin hacer ruido, oían los ronquidos de Manuel en la otra habitación, por la noche no habían oído nada, habían descansado muy bien, en la cocina cogieron un trozo de pan que había sobrado de la cena y lo compartieron, continuaba estando tierno, bebieron un poco de vino de la despensa de María, cuando pudiesen ya se lo devolverían y partieron hacia la casa de Abraham, se sentaron delante de la puerta sin hacer ruido, justo en ese momento empezaba a clarear y cuando el sol salió en el horizonte llamaron tres veces al picaporte, en un momento el mayordomo abrió la puerta principal y los hizo pasar.

-Siéntense en este banco hasta que venga el señor, me ha dicho que no tardará en bajar. Dijo el mayordomo con unos modales mejores que los de la noche anterior, al quedarse solos Goyo le comentó a Cayetano que ese hombre, el mayordomo, no era de fiar.

-Has visto con que cara nos miraba ayer, y mira cómo ha cambiado su actitud estando en casa del señor Abraham.

-No te preocupes Goyo, ese hombre está muy bien colocado y a lo mejor se piensa que le quitaremos el sitio de trabajo.

Al cabo de un rato bajó por las escaleras el señor Abraham, con un vestido impecable, y con una capa por encima de los hombros que le daban un aspecto señorial, el mayordomo vino con un caballo que había sacado de la cuadra bien ensillado y abrió la puerta de entrada de par en par, el señor Abraham se montó en el caballo y con voz de mando les indicó que le siguieran a pie. Fueron callejeando hasta llegar al paseo de casas adineradas y Abraham desmontó enfrente de una que parecía un castillo, llamó al picaporte y abrió un mayordomo que le cogió el caballo y se lo llevó para adentro.

-Aquí viven los señores Nogales, serás tú Goyo quien les preste servicio, hoy tan solo vamos a conocerlos y a presentarte, tu Cayetano esperaras aquí en la calle.

Entraron los dos hombres en el interior del patio y desde arriba un señor muy bien vestido les indicó que subieran por favor, Goyo estaba nervioso ya que no se había separado de Cayetano en muchos años, siempre habían estado los dos juntos, al llegar arriba por unas escaleras de piedra entraron en una estancia que parecía una oficina, Goyo no había visto en su vida tantos libros juntos, en una mesa de nogal que presidia la sala se sentaron.

-Buenos días, Abraham, Dios te guarde.

-A ti también Gonzalo, te presento a Goyo, el nuevo vigilante de tu casa.

-Mucho gusto Goyo, espero de ti lo mejor.

Goyo en ese momento iba a hablar y Abraham con un gesto con la mano alzada le indicó que se callase.

-Esta tarde pasará por mi casa i le daré el arma con la munición tal y como quedamos, mañana a primera hora lo tendrás aquí para que le vayas indicando lo que debe hacer, a partir de este momento te paso el mando sobre él, y cualquier problema me lo comentas a mí, yo ya me encargaré de reconducir la situación si procede.

-Gracias Abraham, eso es todo, Goyo, mañana al salir el sol estate delante de mi casa que te iré a enseñar mis fincas, ¿sabes montar a caballo supongo?

-Si señor, no hay problema.

-Empezaras a patrullar mis fincas para que nadie robe nada, el arma espero que tan solo sea disuasoria, no me gustaría tener que ir al juez a defenderte.

Abraham y Gonzalo se dieron las manos en señal de aprobación y le indicaron a Goyo que podía irse, el mayordomo entregó el caballo a Abraham y abrió las puertas de par en par, fuera sentado en la calle se encontraba Cayetano que con un gesto del señor se levantó e hizo que los siguiese, se dirigieron a otra casa, no muy apartada del palacete del señor Nogales, la puerta se veía más pequeña que la del palacete del señor Nogales, pero también era grande, Abraham descabalgó y ató el caballo en una arandela, indicando a Goyo que lo vigilase mientras él y Cayetano entraban en la casa, tres llamadas al picaporte y la puerta se abrió.

-Dios te guarde Juan, ¿cómo está tu familia?

-Dios te guarde a ti también Abraham, la familia bien gracias, pero por favor entrad.

En esa casa no había patio interior, unas escaleras anchas de piedra llevaban a las estancias superiores, mientras iban subiendo los dos hombres iban comentando temas banales a modo de presentación y a Cayetano nadie le hacía caso, él subía detrás de ellos sin mediar palabra, entraron en un comedor que para Cayetano parecía inmenso, se sentaron en la mesa indicando a Cayetano que se colocara en una punta y en la otra parte de la mesa se sentaron juntos los dos señores.

-Juan, te presento a Cayetano, el que será tu vigilante a partir de ahora.

-Cayetano, te presento al señor Martín, peletero de gran renombre en todo el país, a partir de ahora él será tu dueño y deberás realizar lo que se te encomiende.

-Cayetano, sabes montar a caballo, preguntó el señor Martín.

-Por supuesto señor.

Bien, bien, dijo Abraham, de estos temas ya los podréis ir hablando a partir de mañana, ¿ahora lo que me interesa saber es si quieres que vaya armado o no?

-Por supuesto Abraham, tal y como habíamos quedado, siempre deberá ir armado, y dispuesto a viajar, ya que yo me muevo por muchos sitios, por supuesto que las dietas y el hostal irán a mi cargo, eso no hay problema.

-Pues mañana a primera hora lo tendrás aquí delante de tu casa, cualquier problema que haya me lo comunicas y ya seré yo quien le ponga solución.

Y así, sin más dilación salieron de la casa, se notaba en el ambiente que por muy acaudalado que fuera el señor Martín no era de la nobleza como el señor Nogales, Marqués de Calanda.

Fuera le esperaba Goyo al lado del caballo, no se había movido ni un palmo, era castrense y se notaba en su quehacer, Abraham montó y les indicó que les siguieran, los dos hombres obedecieron y en silencio lo siguieron detrás del caballo.

Cuando llegaron a casa de Abraham éste entró el caballo dentro de su patio e indicó a los dos hombres que ya se podían marchar, no sin antes decirles que confiaba mucho en ellos y estaba convencido de que todo saldría bien, los dos hombres le volvieron agradecer la oportunidad que les había dado y que no le defraudarían, siguieron en dirección a su casa, Abraham no les había dado nada de dinero adelantado y no sabían si el mayordomo se presentaría para llevarlos algo de comida, la duda estaba presente en aquel momento y el hambre también.

Llegaron antes de mediodía a su casa y se encontraron al mayordomo en la cocina, les había llevado algo de comida para pasar el día y dos bolsas con diez maravedíes en cada una, el mayordomo les dijo que era el resto del salario del mes, y que cada mes sería él el que les llevaría el salario a su casa y que no los quería ver merodear en las cercanías de casa del señor. El mayordomo una vez dado las indicaciones a los dos hombres se fue sin mediar palabra, había quedado claro que a partir de ese momento eran trabajadores del señor Abraham, con todo lo que ello conllevaba, estaban convencidos que si no pasaba algo a ese señor ya no lo verían más.

Se quedaron solos en la casa y miraron en el interior de la cesta que había, un trozo de pan y unos arenques salados para hacerlos al fuego de la brasa, hicieron un poco de fuego y se calentaron los arenques y el pan y comieron tranquilos.

- ¿Te has fijado que en cada bolsa hay diez maravedíes?

-Si Goyo, que sumados a los quince que nos dio por la manta hacen veinticinco, tal y como habíamos quedado.

-Cayetano, según mis cálculos faltan quince, eran veinticinco por cada uno.

-Si, pero también nos ha traído dos días comida, dalo por bueno, a ese señor no se le escapa nada.

Una vez habían comido se fueron a tumbar encima de la manta, tenían que aprovechar hoy ya que mañana no sabían lo que les depararía, a media tarde se despertaron y se fueron a ver a Manuel y María en la tienda, aprovecharían para comprar algo de cena con el dinero que habían recibido. En la tienda se encontraron a María en el mostrador y a Manuel en la trastienda, ese día les quedaba un poco de pollo, dos muslos para ser concretos y le pidieron a María que se los envolviera con un poco de papel.

-María, ¿que tenéis vosotros para cenar?

-Nosotros nos haremos un puchero con verduras, dentro de muy poco iré a casa y pondré a hervir las verduras.

-Toma, pon este pollo en la olla y así lo compartiremos.

-Eres muy amable Cayetano, de esta manera tendremos comida caliente para los cuatro.

Le dieron el pollo a María y entraron a ver a Manuel, allí en la trastienda estuvieron conversando un poco sobre temas banales hasta que Manuel se interesó por el trabajo de ambos.

-Mañana tengo que estar en casa del señor Gonzalo Nogales cuando salga el sol.

-Has ido a parar en una muy buena casa, los mayordomos y las damas son muy educados con todo el mundo, los señores son de casa noble, y tú Cayetano, ¿dónde te han mandado?

-Yo tengo que estar en casa del señor Juan Martín el peletero.

-Ten cuidado con este, se las dan de señores ricos y tienen alguna deuda por el pueblo, aquí se les conoce como los señores a medias.

-No me preocupa en absoluto, dijo Cayetano, a mí me paga el señor Abraham.

-Así no debes preocuparte por nada, él ya sabe cómo cobrar las deudas, dijo sonriendo Manuel.

-Esta noche cenaremos puchero de verduras con pollo que le hemos entregado a María, dijo Goyo para cambiar de tema.

-Pues volver a entrar en la tienda y comprar dos cuencos y dos cucharas que en casa sólo tenemos dos, ¿no os ha dicho nada María? Con un maravedí podréis comprar todo, el señor Abraham tiene los mejores precios de todo el pueblo y mucha gente viene a comprar aquí, yo me encargo de las comandas que nos hacen los mayordomos de las casas adineradas y se lo llevo a su casa, es un servicio nuevo que salió de la cabeza del señor Abraham, a cambio siempre me dan algún maravedí de propina, no se puede pedir más.

Goyo y Cayetano se despidieron de Manuel y volvieron a entrar en la tienda para comprar dos cuencos y dos cucharas, a María se le había olvidado este detalle, en esos momentos tenía cola en la tienda a lo que Goyo se adelantó y le pidió el pollo y las verduras, ya pondrían la olla al fuego ellos, María se lo agradeció. Los dos hombres se fueron para la casa a encender el fuego y poner la olla a hervir, se sentían muy afortunados y de regreso a casa empezaron a recordar esos días tan terribles en los que estaban presos, del hambre que habían pasado y del frio insoportable, también tuvieron un rato para comentar como estaría Pepe en el campamento, a ese hombre le debían muchas cosas y no habían tenido tiempo para agradecérselo, también comentaron que hubiera sido de ellos si Pepe hubiese accedido a irse, si dos

personas ya lo habían pasado muy mal no se imaginaban que hubiese pasado con tres, en ese momento empezaron a creer en el destino, y en la suerte que este les había deparado.

La cena fue sencilla pero el ambiente era agradable, Manuel les acabó de explicar todo lo que sabía sobre las casas donde mañana empezarían a trabajar, María, cansada iba asintiendo con la cabeza y así pasaron la velada delante del fuego, se sentían entre iguales y eso a los dos desertores los gratificaba.

Al día siguiente antes de que saliera el sol Goyo estaba delante de la casa del señor Nogales y Cayetano por su parte delante de casa del señor Martín, cuando abrieron las puertas les hicieron pasar para esperar a los señores, no tardaron en bajar, primero fue el Marqués de Calanda que le recriminó a Goyo que no llevase el arma colgada del cuello.

-Ya hablaré yo con el señor Abraham de este desliz, ahora vamos a la cuadra que te presentaré el caballo con el cual debes patrullar mis fincas.

Le hizo ensillar el caballo para ver su destreza, cosa que a Goyo no le costó en absoluto ya que en el ejército lo había realizado infinidad de veces, luego lo hizo montar, el señor Nogales montó a su caballo y le indicó que le siguiera, fuero de ruta a ver parte de sus propiedades, de esta forma el señor pudo entablar conversación con Goyo y conocer al que sería su guardia, en los días siguientes realizaron la misma operación pero ya no era el Marqués quien iba acompañando a Goyo sino un mozo que también conocía las fincas del señor.

En el otro lado del pueblo Cayetano hizo lo mismo, el señor Martín también le recriminó que no llevase el arma tal y como habían quedado con Abraham, pero a diferencia del Marqués, Martín no tenía tanta paciencia ni tanta nobleza así que se dirigieron a casa del señor Abraham a buscar el arma y la munición. Una vez

solventado este desliz, que no era tal si no que Abraham quería ver como reaccionaba cada uno partieron de viaje, iban a Zaragoza a cobrar una partida de pieles que había vendido unos días antes, así que cuando llegó el anochecer Goyo no sabía que había pasado a su compañero, pasó la noche solo y fue una sensación muy extraña, llevaban mucho tiempo durmiendo juntos y esa sensación le provocó extrañeza.

Al día siguiente Goyo se fue a patrullar por las fincas del Marqués acompañado de un mozo de cuadra, llevaban consigo una bolsa de piel colgada en el cuello donde llevaban la comida y llegaron hasta Calanda donde el Marqués tenía más tierras, allí estuvieron todo el día patrullando hasta que se hizo de noche, Goyo no tenía valor de decir nada, pero estaba claro que ese día no volverían a Alcañiz, y así fue, el mozo le indicó que esa noche la pasarían en una cabaña de la finca, una vez llegaron a la cabaña Goyo se extrañó ya que eso no se lo esperaba, pero lo cierto es que el salario prometido por el señor Nogales, Marqués de Calanda, no sería un regalo, desensillaron los caballos y los entraron en la cabaña, el mozo le dijo que así estarían más calientes, una vez dentro todo era oscuro y el mozo le deseó buenas noches.

Cayetano llegó a los dos días y dos noches, muerto de frio y de hambre, el señor Martín lo había hecho dormir en las cuadras con los animales y por comida le daba un mendrugo de pan al día, le decía a Cayetano que el señor Abraham ya le pagaba un sueldo y que él no tenía por qué hacerse cargo de sus gastos, todo esto se lo contaba a Goyo mientras se cocían un poco de pan en la brasa tan solo, ya no tenían dinero para comprar nada más y no se querían aprovechar de la confianza de Manuel y María, estaba claro que no era oro todo lo que reluce, pero al menos estaban un poco mejor que cuando huían de los tercios.

Al día siguiente cuando se despertaron fueron los dos a sus respectivos trabajos, goyo continuaba con el mozo de la cuadra

conociendo las fincas del Marqués, parecía otra persona, el señor Nogales le había comprado ropa adecuada para su trabajo y encima del caballo con el arma colgada al cuello parecía todo un señor, el Marqués también le había comprado una navaja de afeitar, lo quería bien aseado, la imagen era lo más importante le dijo el Marqués y lo quería impoluto, ese día no comieron pero sí que llegaron a Alcañiz y una vez dejado el caballo en la cuadra, bien desensillado y con agua y comida Goyo se fue para casa andando, allí no encontró a Cayetano, pero ya estaba acostumbrado a que no hiciera noche en Alcañiz, había veces que incluso debería ir hasta Medinacelli para cobrar una partida de pieles, Goyo por su parte esperó que llegara Manuel y María para conversar un rato, sabía que cuando viesen que no tenía comida le darían algo de la suya, pero en ese momento entró en la casa el mayordomo del señor Nogales con dos saquitos.

-Aquí tenéis un adelanto del mes, dice el señor Abraham que así no tendréis ni para comer y no quiere que os aprovechéis de los caseros que están en la tienda.

-Muchas gracias, ¿cómo te llamas?

-Abderraman y soy el mayordomo del señor Abraham, no soy judío como él, sino que soy musulmán y el señor me cuida mucho y me protege de la población cristiana que ataca a los musulmanes, es un gran hombre.

-Me lo imagino, a nosotros nos ha dado una gran oportunidad para vivir dignamente.

-Pues ser leales al señor, él está convencido de que un día desapareceréis con los caballos para iros a Toledo, sería una pena que después de tanta dedicación con vosotros no le fueseis leales.

-No te preocupes Abderraman, somos desertores, pero no somos ladrones.

-Que pases una buena noche Goyo y que Dios te acompañe.

Cuando se despidieron Goyo escondió el saquito que pertenecía a Cayetano debajo de la manta, cogió el suyo y se fue para la tienda a comprar algo para comer, por el camino paso por delante de una posada y entró para tomar un vino, tenía dinero suficiente para pasar un mes entero, una vez dentro de la posada pidió una jarra de vino y preguntó dónde estaba elaborado el vino, le dijeron que era de Batea y se imaginó que les suministraba Jimeno, pensó en él y que debería estar haciendo, se había portado muy bien con los dos hombres y pensaba en alguna manera de agradecérselo. Se sirvió una vasija de barro y lo saboreo lentamente, le parecía delicioso y empezó a entablar una conversación con el posadero, le dijo que era de Zaragoza y que en un viaje que realizó a Alcañiz se enamoró de la hija del posadero y ahora eran una familia feliz y regentaba él la posada.

Goyo salió de la posada y se dirigió a la tienda del señor Abraham, allí le compró a María un trozo de pollo y un mendrugo, suficiente para cenar y le dijo a María que se iba para casa a hacer fuego y preparar la cena, le preguntó si necesitaba que hiciese algo en la casa y María le dijo que pusiera una olla con agua a calentar que cuando llegase a casa se asearía.

Para asearse tenían un cuenco grande que servía para tal fin, no disponían de jabón que solo estaba al alcance de las personas ricas pero sí que se aseaba con agua caliente y ropa limpia, era una condición del señor Abraham, que en la tienda estuviesen limpios y con ropaje adecuado, motivo por el cual el señor Abraham les había comprado dos cambios de ropa, otra cosa que quería el señor era que llevasen las manos limpias y las uñas también, quería que diesen una imagen de limpieza y lo había conseguido, Manuel y María daban una buena imagen.

Al llegar a casa Goyo se encontró con Cayetano que acababa de llegar y se dieron un abrazo, encendieron el fuego y pusieron una olla a calentar, el agua la habían tenido que ir a buscar a la riera

que pasa por el lado de Alcañiz pero para Goyo aquello no era una faena pesada y María se lo agradecía siempre, a su marido Manuel no le gustaba en absoluto las miradas que se realizaban entre ambos cuando Goyo hacia un gesto hacia María, pero la convivencia era así y Manuel se resignó, lo que no permitía nunca es que su mujer se fuera a casa antes de la hora sin él, no se fiaba de Goyo. Una vez el agua estaba hirviendo con un trapo de saco sacaron la olla y la llevaron a la habitación de María quien acababa de llegar a la casa sin Manuel, y se fue a la habitación para desnudarse, en ese momento llamó a Goyo para que le ayudase a pasar el agua de la olla al barreño, Goyo se la encontró en camisón, era un camisón de lino que no transparentaba en absoluto pero para Goyo esa imagen lo hizo ruborizar, no pasó nada en absoluto, Goyo traspasó el agua de la olla al barreño y salió de la habitación después del agradecimiento de María, se fue a la cocina, avivó el fuego y se puso el trozo de pollo encima de la brasa, Cayetano por su parte había salido de casa y se fue corriendo a la tienda a ver si encontraba a Manuel para que le diese algo de comida para cenar y para comer el día siguiente, compró dos lonchas de tocino salado y un mendrugo, Manuel cerró la tienda y los dos hombres se fueron para casa, al llegar Manuel se encontró a Goyo sentado delante del fuego y a su mujer en el interior de la habitación, respiró tranquilo, a su mujer le tenía mucha confianza pero era diez años más joven que él y tenía más necesidades sexuales que Manuel, María salió de la habitación con ropa nueva y con la sucia en las manos, le pidió a Manuel que pasara el agua del barreño a la olla otra vez y que se sacasen la ropa los tres que la pondría a hervir, era una forma de desinfectar la ropa, los hombres obedecieron, Goyo y Cayetano se fueron a la habitación a cambiarse de ropa y la sucia la pusieron dentro de la olla mientras todos se pusieron a reír, esa situación les hizo gracia y un poco de risa entre tanta miseria lo agradecían.

Cayetano se comió la loncha de tocino a la brasa con un poco de pan, Goyo hizo lo mismo con el pollo y la familia se calentaron un poco de caldo que había sobrado del día antes y que tenían en una olla pequeña, se consideraban afortunados ya que la casa disponía de dos ollas, una de grande y otra de más pequeña, los cuencos se los compraron todos cuatro en la tienda de Abraham, ese hombre cada paso que daba hacia negocio, era admirado por muchos y odiado por otros, era un personaje que no dejaba indiferente a nadie, y su obsesión era aparte de ganar dinero pasar muy desapercibido entre la población, en ese punto iba muy delante de otras familias más pomposas.

*

Por su parte Jimeno ya había comprado a Abraham un carro y un caballo de tiro, lo que no había encontrado era un carretero todavía, y tenía el carro y el caballo en la cuadra de su casa, él iba dando viajes a Alcañiz para vender y a Batea a comprar vino, los viajes con la mercancía los realizaba el carretero de confianza que hacía muchos años que trabajaba para él, normalmente estaba acostumbrado a realizar negocios siempre favorables pero con el desliz que tuvo con Abraham se tuvo que quedar con el carro y un caballo, ahora estaba en la duda si no encontraba ningún carretero vender el carro y el caballo por separado, ese caballo en su casa tan solo le conllevaba gastos en comida y no le aportaba nada, no lo podía utilizar como caballo de repuesto ya que no era un animal de montar, Abraham por su parte y para agradecerle el negocio que había realizado con Jimeno se puso a vender vino en su tienda de Alcañiz y así Jimeno tuvo otro cliente, y muy bueno por cierto ya que se quedaba con un margen de negocio muy pequeño y podía vender así más vino, gracias a esos precios en la mayoría de casas de Alcañiz bebían vino y él se aseguraba una buena clientela ya que al entrar en la tienda siempre salían con algo más que vino gracias al saber hacer de María, patatas y legumbres era lo que más vendía y Abraham era lo que compraba

más barato y vendía más caro, el negocio iba viento en popa y compro algunas tierras más que se añadían a las que ya tenía, eran tierras donde se cultivaban melocotones que aparte de vender en su tienda venían carros y se los llevaban a Zaragoza, la venta de melocotones de Calanda también era un negocio rentable.

Jimeno tomó una decisión, se vendería el carro y el caballo, un día en que fue a Alcañiz se pasó por casa de Abraham para pedirle consejo, llegó a su casa e hizo el mismo ritual, Abraham sabía que cada vez que iba Jimeno a su casa era para hacer algún negocio y a él le gustaban las propuestas de Jimeno, dejó el caballo atado en la arandela de la puerta y llamó al picaporte tres veces, el mayordomo Abderraman le abrió la puerta y lo hizo esperar en el patio mientras avisaba a su señor.

-Dios te guarde Jimeno, ¿a qué se debe tu grata visita?

-Dios te guarde a ti también Abraham, vengo a pedirte consejo.

-Sube que despacharemos en el salón.

-Siéntate, y cuéntame, Jimeno, soy todo oídos.

-Recuerdas el carro y el caballo que me vendiste, pues no le doy salida y he pensado en venderlo, ¿podrías ayudarme tu con tus contactos a sacarle el máximo provecho?

-Por supuesto Jimeno, tú me traes el carro y el caballo que yo lo guardaré en mi cuadra e intentaré venderlo al mejor postor, los gastos de comida del caballo irán a tu cargo mientras no le encuentre comprador, no creo que tardemos mucho en encontrar alguien interesado.

-Gracias Abraham por tu ayuda, ¿por cierto quieres un carro con cuatro botas de vino para tu tienda?

-Para la semana que viene, a partir del martes ya me los puedes traer, pero tendrías que intentar comprarlo más barato que lo vendes muy caro y yo en mi tienda no tengo margen de beneficio.

-Intentaré comprarlo más barato, pero tengo mis dudas de que acepten esa opción la casa de venta de vino.

-Pues tendrás que rebajar tu margen de negocio, ya que yo a este precio no puedo pagarlo y no me gustaría que me lo vendiera otro marchante, tú y yo nos tenemos mucha confianza y años de negocio juntos, estoy convencido que puedes rebajar el precio del litro, ya sea en origen o en tu margen, pero hay que hacer algo al respecto.

-No dudes Abraham que encontraremos una solución a este tema, el próximo carro te vendrán las botas de vino más baratas.

De esta manera Jimeno se sacaba el carro y el caballo de encima, pensó en que otro día debería ir con mucho cuidado al comentarle alguna cosa a Abraham ya que él siempre estaba preparado para hacer negocio de todo lo que se le proponía y respecto al precio del vino ya no quiso preocuparse, Abraham siempre regateaba para realizar alguna compra, pero nunca para una venta.

*

Goyo y Cayetano después de cenar se fueron a dormir con la ropa limpia y la otra tendida en la cocina para que se secase, al día siguiente se fueron cada uno para su faena, pero por la noche antes de dormirse ya estaban planeando un plan para irse a Toledo con un caballo cada uno.

Abraham que ya se imaginaba una cosa así puso a Abderraman a vigilar los pasos que hacían esos hombres cuando estaban juntos, por el momento todos los informes que realizaba el mayordomo eran positivos para sus intereses, no olvidaba que por cada hombre recibía dos cientos maravedíes cada mes y eso era mucho dinero.

Cayetano que ya iba al trabajo con previsión llevaba encima el dinero y le fue muy bien ya que nada más llegar tuvo que ensillar su caballo para dirigirse a Zaragoza, esa noche dormiría en el

hostal junto al señor Martín, el señor juan Martín era muy precavido también y no dejaba a goyo ni un momento solo con el caballo, la montura y el caballo eran muy caros y no se podía permitir el lujo de que Cayetano se fuese con el animal, por su parte Goyo gozaba de más libertad, por la mañana cogía el animal y se iba a vigilar las tierras del Marqués, el señor Nogales le deposito la suficiente confianza para que pudiera trabajar con comodidad, los dos hombres por la noche comentaron como estaba la situación y ya habían calculado que en cinco meses tendrían guardados cien maravedíes, dinero suficiente como para escapar a caballo dirección Toledo, lo más difícil era conseguir que Cayetano tuviera la confianza del señor Martín.

Pasaron los días i las semanas y los dos hombres cada vez se sentían más a gusto con sus respectivos trabajos, llegaron a hablar de quedarse en Alcañiz de por vida, no les faltaba dinero, tenían casa, ropa limpia, un trabajo digno comparado con otros trabajadores, allí en Alcañiz podían realizar una buena campaña, ya no les venía de un año en llegar a casa.

Un día que a media tarde llegaron los dos hombres a la casa se dirigieron al hostal a tomar un poco de vino, iban a pie, ya que los caballos los dejaban en casa de los amos, llegaron al hostal y pidieron una jarra de vino i allí mismo empezaron a hablar de los trabajos que realizaban, en una punta de la barra se sentó Abderraman y pidió un poco de agua, cuando los hombres lo vieron le invitaron a sentarse con ellos, Abderraman no aceptó la invitación y les dijo que tan solo había entrado para tomar un vaso de agua, vio que estaban sentados en una mesa despachando tranquilamente sobre el trabajo y no vio nada que se pareciese a una conspiración, se fue tranquilamente a dar parte a su señor.

-Te has fijado Cayetano, el mayordomo nos sigue todas las tardes que estamos juntos, lo he visto merodear junto a la casa alguna tarde, creo que nos vigila.

-Goyo, no te diré que no, pero creo que son imaginaciones tuyas, Alcañiz no es tan grande y podría ser que coincidiéramos con él.

-El señor Abraham es muy precavido y creo que no se fía de nosotros.

-Pues deberemos trabajarnos su confianza, ahora no hacemos nada malo para sus intereses, no nos debemos preocupar.

-Si Cayetano, pero es un tema que debemos tener precaución,

¿otra jarra de vino?

-Vamos allá, que hoy es un buen día, pero tenemos que pasar por la tienda a comprar algo de comida para esta noche y para mañana.

-Hostalero, dijo Goyo, ¿que tienes hoy para cenar?

Pollo asado al horno, lo he puesto hoy en el horno del pan que hay a mitad de la calle.

-Pues no se hable más, otra jarra de vino y dos platos de pollo.

Los dos hombres se pusieron a cenar en el hostal, el vino y la cena les costó un maravedí entre los dos, precio que podían pagar tranquilamente con el sueldo que tenían, después de cenar se dirigieron a su casa, María y Manuel ya habían cenado y estaban delante del fuego conversando.

-Buenas noches, señores, dijo María, hoy no habéis venido a comprar nada de cenar, ¿no tenéis hambre?

-Hemos cenado en el hostal del pueblo, por la tarde nos hemos tomado una jarra de vino y ya nos hemos quedado allí, muchas gracias por el interés.

Los hombres en vez de quedarse delante del fuego dieron intimidad a la pareja y se fueron a su habitación, se taparon con la manta y empezaron a conversar tranquilamente, el motivo de la conversación no era otro que el tema que más les preocupaba, su

salida de Alcañiz para dirigirse a Toledo, sabían que necesitaban tiempo para dejar de albergar dudas al señor Martín y que Abderraman dejase de vigilarlos.

*

Por la mañana se dirigieron cada una a su trabajo, por el momento no podían hacer otra cosa, y no les iba tan mal, estaban bien vistos por sus señores y la faena que les habían mandado la cumplían con creces.

Pasaron unos meses y la pareja de soldados vivían tranquilamente junto a María y Manuel hasta que llego un día en que vieron la oportunidad de escapar, sabían que con este gesto dejarían en entredicho el honor del señor Abraham pero era ese día o nunca pensaron, a Cayetano le dejaron ir a casa con el caballo y Goyo al verlo le dijo que había llegado el día, él esa noche tenía que ir a patrullar por los campos de melocotones en Calanda, durante el día los estaban recolectando y por la noche tenían miedo a que les robasen mercancía, cogieron la bolsa con el dinero que tenían ahorrado y Goyo se dirigió a casa del Marqués para coger el caballo, allí lo ensilló y empezó a cabalgar en dirección a la salida del pueblo para dirigirse a Calanda, allí lo esperaba Cayetano con el otro caballo. Tenían intención de cabalgar toda la noche, pasar por Calanda y coger el camino real que los llevaría a Alcorisa y de allí partirían hasta Montalban, donde habían pensado en parar para abrevar a los animales y descansar un poco.

Pero al llegar a la entrada de Calanda un grupo de jinetes a caballo les dieron el alto, iban armados también, pero eran demasiados como para enfrentarse a ellos, así que obedecieron y pararon los caballos. Los jinetes eran trabajadores del señor Abraham que ante el informe de Abderraman se pusieron en marcha por un camino que llegaba a Calanda más rápido que por el camino real.

Les hicieron bajar de los caballos y tirar las armas, esos hombres sabían lo que se hacían, lo que Cayetano y Goyo no entendían era como los habían atrapado tan rápidamente y de donde habían salido tantos hombres que trabajaban para el señor Abraham, lo que era cierto es que los habían atrapado y no muy lejos de Alcañiz, los ataron con una cuerda, otra vez atados de manos pensaron, los hombres del señor cogieron a los caballos e hicieron andar a los dos hombres, no mediaron palabra y cuando llegaron a la altura de Castelserás pararon los caballos, los dos hombres estaban agotados de tanto andar pero por más que pidiesen subir a los caballos los hombres no les hacían caso, en mitad de Castelserás había una gran casa con cuadra, los hombres entraron en ella y desensillaron los caballos, los dos hombres no entendían nada, pero lo cierto era que allí se quedarían a pasar la noche.

De dentro la casa salió el señor Abraham, se los quedó mirando y con cara de enfado los mandó a la cuadra vigilados por alguno de sus hombres.

A medianoche bajo a la cuadra el señor Abraham, se los quedó mirando y esperó algún comentario por parte de ellos, tan solo Goyo se atrevió a decirle algo.

-Señor Abraham, lo sentimos, hemos sido unos estúpidos al menospreciar su capacidad de reacción.

-Matadlos y enterrar sus cuerpos aquí mismo.

El señor Abraham se dio media vuelta y se fue para arriba la casa, dos disparos le indicaron que debería encontrar a dos personas para realizar esa faena que tan buen resultado le estaba dando.